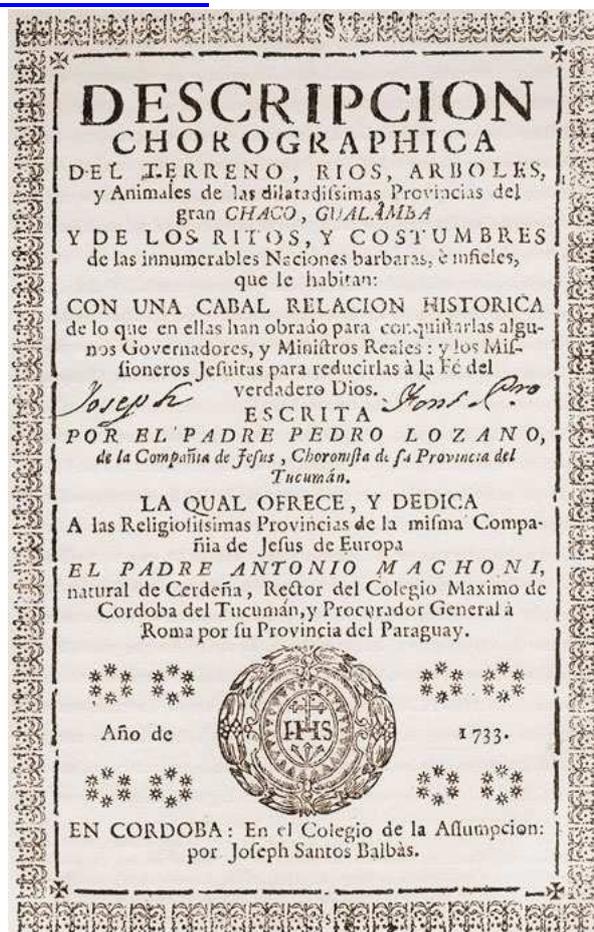


Pedro Lozano (Padre) ; **Descripción corográfica del terreno, ríos, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco Gualamaba y de los ritos y costumbres de las innumerables naciones bárbaras e infieles que la habitan** ; Córdoba ; 1733. 18 primeros capítulos (pero, sobre todo, posibilidades con la **mapa**, en) : http://pueblosoriginarios.com/textos/lozano/descripcion_corografica.html



El padre italiano Antonio Machoni acompañó la primera edición realizada en Córdoba (1733) con un detallado mapa de su autoría, posteriormente llevó el manuscrito a Europa donde lo editó. En 1941 el Instituto de Antropología de Tucumán realiza una nueva edición bajo la dirección de

Radamés A. Altieri. Es de ésta que tomamos el material para la presente digitalización, incluyendo solamente los primeros capítulos -hasta el XVIII- que refieren a los datos geográficos y etnográficos y dejando para otro momento la parte referente a las misiones religiosas.

Gran Chaco Gualamba

Pedro Lozano (1733)

Presentación

Prólogo de Radamés A. Altieri (1941)

Al Lector

I. Dase noticia en general de la provincia del Chaco y del origen de este nombre.

II. De los ríos que bañan las provincias del Chaco.

III. De otros ríos menores que entran al Chaco y del Paraná y Paraguay que bañan sus costas.

IV. Calidad de la tierra del Chaco. Arboles y plantas que produce.

V. De los animales y serpientes que hay en la provincia del Chaco.

VI. Dase razón por qué ha sido tan poblada la provincia del Chaco.

VII. Noticia de las naciones más retiradas del Español y costumbres comunes de todas las de la provincia del Chaco.

VIII. De las naciones y costumbres particulares y primeramente de los Chiriguanás.

IX. De los Guaycurús.

X. Del valor y costumbres para la guerra de estas naciones.

XI. De los Churumatas y Chichas

XII. De las costumbres de estas naciones dichas en el párrafo precedente

XIII. De la nación Malbalá

XIV. De las naciones Tequet, Chunipí, Guamalca, Yucunampa y Bilela.

XV. De la nación de los Abipones.

XVI. De la nación de los Lules.

XVII. Prosigue la materia del antecedente.

XVIII. Lo que han obrado algunos ministros reales para reducir estas naciones

Pedro Lozano (1687-1752)

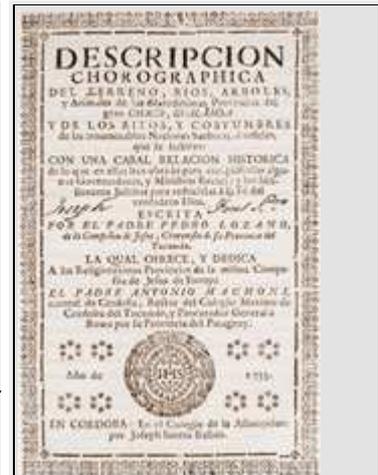
Nació en Madrid el 16 de septiembre de 1687.

Ingresó en la compañía de Jesús, en diciembre de 1711.

Porbablemente llegó a tierras del Plata hacia 1717, se radicó en Córdoba, en 1730 fue designado cronista de la Compañía, cargo en el que sucedió al padre Diego Lezama. En la Universidad de Córdoba enseñó filosofía y Teología.

Compuso varias obras de carácter geográfico e histórico. La más notable es su *"Descripción corográfica del terreno, ríos, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco Gualamaba y de los ritos y costumbres de las innumerables naciones bárbaras e infieles que la habitan"*.

Contiene muchos detalles etnográficos sobre los pueblos del Gran Chaco, así como descripciones hidrográficas, un estudio sobre la calidad de las tierras, numerosos comentarios sobre las especies botánicas de la región, en particular, sobre las plantas medicinales, y comentarios sobre la fauna. Esta ilustrada con un detallado mapa compuesto por el padre italiano [Antonio Machoni](#), aunque en el texto de la *Descripción* nunca se refiere a él.



Portada de la edición de la *"Descripción Corográfica..."*, editada en Córdoba (Argentina) en 1733.

En su capítulo dirigido Al Lector, escribe: "La cuarta parte del mundo, que comúnmente llamamos América (siendo tan vasta en sus términos, que por grande excede al resto de las tres) abriga en sus anchurosos senos multitud casi innumerable de habitantes, la cual excede sin comparación al número de los que ya sujetos al yugo del Evangelio y al vasallaje de la majestad católica viven en la policía cristiana que les enseñaron los misioneros apostólicos, destinados para su espiritual cultura a sus reales expensas por nuestros católicos monarcas en los dos más célebres imperios de este nuevo mundo: México y Perú. En ambos se experimenta esta verdad; pero con especialidad mayor en el imperio peruano, que desde tierra firme va corriendo hasta el estrecho de Magallanes, dilatándose por más de dos mil leguas, en cuyo distrito es innumerable el gentío, que retirado del comercio, ya de los Castellanos, ya de los portugueses, quienes pudieran franquearles las puertas del Cielo, perecen miserablemente en las tinieblas de su infidelidad, unos encumbrados en las altas sierras, que niegan paso a huella extraña, otros escondidos a la sombra de impenetrables bosques y peligrosísimas breñas, que es imposible sino a un esfuerzo heroico registrar sus senos."

En otra de sus obras "Historia de la Conquista del Paraguay" escribe sobre el mate: "la yerba es el

medio más idóneo para destruir al género humano o a la nación miserabilísima de los yndios guaraníes".

Las citas nos indican que se trataba de un personaje de indudable fanatismo religioso, sin embargo su obra es considerada el punto de partida para el estudio etnografía chaqueño.

Falleció en Humahuaca en 1752. Sus restos están enterrados allí, en la iglesia de San Antonio de Padua del pequeño pueblo de Uquía.

Prólogo (Radamés A. Altieri, 1941)

La reedición de la *Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba* del Padre Pedro Lozano, constituía un *pium desiderium* de la Antropología sudamericana.

Esta reedición proyectada hace algunos años por una librería española y por varios especialistas argentinos, entre ellos el ex-Director del Instituto de Antropología de Tucumán, Profesor Enrique Palavecino, que pensaba editar especialmente unos capítulos, no pudo llevarse a cabo hasta ahora.

Con este libro, el Instituto de Antropología incorpora a su serie de Publicaciones Especiales, la famosa, rara e indispensable obra del gran historiador rioplatense. Poco leído, poco conocido

y poco estudiado, el extraordinario trabajo del benemérito jesuita constituye sin embargo un verdadero repositorio de documentación casi inédita sobre la Etnografía, la Geografía y la Historia del Chaco.

Hasta cierto punto, el citar al Padre Lozano era un timbre de aristocracia bibliográfica que no todos estaban en condiciones de poseer, por la extrema rareza del libro. En mayor grado podemos aplicar esto a los escritos de los Padres Jolís, Baucke y Dobrizhoffer, por ejemplo, aunque estos Jesuitas pueden ser consultados en parte, debido al laudable y tenaz trabajo del Padre Guillermo Furlong, en sus monografías sobre diversas tribus chaquenses.

La exhumación de toda o de la mayor parte de la literatura jesuítica sobre la Etnografía del Chaco será de excepcional utilidad y nos pondrá frente a una masa colosal de documentación, que nos deparará más de una sorpresa, ya etnográfica, ya histórica. La obra se ha iniciado ya; nosotros la seguimos y tenemos la esperanza de poder ofrecer desde Tucumán, otros e importantísimos libros, algunos inéditos aún, que los misioneros jesuitas escribieron sobre el Chaco.

Muy poco es lo que se puede decir del Padre Lozano y de su obra, después de los estudios de

los Padres Furlong y Leonhardt publicados en Montevideo y Buenos Aires.

La *Descripción Corográfica*, aparecida en Córdoba (España) en 1733, estaba ya lista en 1730. Es el mismo Lozano quien lo indica en su *Descripción*: "*No se puede negar que ha retardado estos progresos hasta este tiempo la falta de operarios que ha padecido esta provincia del Paraguay, los años pasados, pues no habiendo tenido desde el año 1717 el socorro acostumbrado de los conductos que vienen de Europa, que son el nervio de las misiones de la América, aunque el año pasado de 1729 llegó un número crecido de misioneros...*".

Del mismo modo, es el cronista quien nos señala el lugar de la composición de su libro; ese lugar fue Córdoba del Tucumán: "*En confirmación de esto suele referir el Padre Antonio Machoni, rector de este Colegio Máximo de Córdoba...*" Ya había sospechado Furlong que Lozano escribió su monografía en Córdoba, pero faltaba la confirmación del propio autor.

El manuscrito fue llevado a Europa por el Padre Machoni y editado por éste. Una traducción latina, del Padre Juan Bautista Speth misionero de los Zamucos, se conserva en el Archivo General de la Compañía de Jesús.

El mapa que lleva la edición de Córdoba, fue compuesto por el Padre Machoni. Nuestra edición lleva también este precioso mapa.

Aunque en el texto de la *Descripción* nada dice Lozano de la carta geográfica, no creemos sin embargo que la haya ignorado, dado que tampoco ignoraba la que debía ir al frente de su Historia: "*De la Gobernación del Tucumán, de la cual escribiré a su tiempo, se divide la del Río de la Plata en un pasaje dotado por eso con particularidad en el mapa que va puesto al principio...* ".

De los pocos ejemplares de la *Descripción Corográfica* que se encuentran en circulación, los menos son los que llevan el mapa. Afortunadamente, el ejemplar que nos sirve para nuestra reedición lo lleva.

En la época en que escribía su *Descripción Corográfica*, era ya Lozano el Historiador de la Provincia del Paraguay, y naturalmente fue ésta su primera gran obra histórico-etnográfica. No se duda que el libro fue escrito a ruego de "*personas celosas*" y en el capítulo LXXV, agrega el cronista: "*Hela referido (la campaña del gobernador Urizar) con tanta individualidad y menudencia por habérmelo ordenado así, personas a quien no se puede negar mi respeto*".

Ya en 1874 don Andrés Lamas hacía resaltar la importancia de la *Descripción Corográfica* que era "el resumen de todos los conocimientos sobre el Chaco que hasta el año de 1730 en que fue escrito, habían atesorado los Jesuítas". El libro que durante tantos años fue la única fuente édita referente al Chaco, es aún hoy tan indispensable como lo era en el siglo XVIII; no sólo porque la crónica de Lozano "constituye la piedra fundadora de nuestro mayor edificio historiográfico" sino precisamente porque su *Descripción* es el punto de partida de todos nuestros estudios de etnografía chaquense.

La serie de sus grandes trabajos históricos hablando una obra fecunda y asombrosa. Agréguese el conjunto de las más extensas *Cartas Anuasescritas* en el Paraguay, de 1720 a 1749, los escritos menores y la ruda tarea de las misiones; se tendrá entonces el conjunto realmente colosal de su trabajo.

De esta importancia nos habla también el hecho que sus libros entraron muy pronto en la circulación de las reducciones. Y es que antes como ahora, nada se podía hacer en el Chaco, sin su concurso. Debemos a Lozano la conservación de noticias preciosas, que de no estar en su *Descripción* se habrían perdido. "La gloria de Lozano -escribe acertadamente el Padre Furlong- estriba principalmente en el hecho de haber sido el

primero que penetró en el boscaje chaqueño de nuestros anales, el primero que abrió una picada a través de la tupida y enmarañada selva de los sucesos, facilitando así a la posteridad, la instructiva y placentera oportunidad de recorrer el camino por él esbozado y afirmado con tanto acierto y con tan halagüeño resultado".

El valor documental de la *Descripción Corográfica* se demuestra, al comprobarse la cantidad asombrosa de noticias geográficas, históricas y naturales diseminadas profusamente en el texto y con la indicación de las fuentes. Son los papeles de todos los Archivos disponibles los que utilizó Lozano; cartas de sus compañeros de misión, crónicas éditas e inéditas, noticias escritas y orales. Estas fuentes son las que nos hacen familiarizar primeramente con los nombres de los Padres Bárzana, Añasco, Osorio, Pastor, Machoni, Solinas, el licenciado Luis de Vega, etc.

Varias veces utilizó Lozano el libro impreso en 1726 del Padre Fernández, historiador de los Chiquitos. Según Leonhardt fue la límpida obra de Fernández lo que provocó la vocación de cronista en Lozano, quien como traductor de la crónica de los Chiquitos, pudo empaparse bien de su contenido. Es así que Lozano cita muy a menudo a Fernández. Pero otras veces y precisamente cuando copia párrafos enteros (cfr. Cap. XXI en Fernández y Cap. VII en Lozano, por ejemplo)

causa extrañeza no hallar la correspondiente llamada.

Hemos dicho ya que la *Descripción Corográfica* es un verdadero archivo de documentos; por eso, no pensamos ni un solo instante que tales olvidos, si realmente los hay, puedan atribuirse al deseo de Lozano de apropiarse el trabajo ajeno. Recuérdense que ya en 1730, cuando Lozano terminaba su *Corografía*, había escrito las *Cartas Anuas* de 1720 a 1730. Por otra parte, la obra de Fernández tiene también "*por base las Anuas*" (Leonhardt). Habría que ver, por lo tanto, si no es que las *Anuas* son una fuente común a ambos cronistas, fuera de que no se debe descartar la posibilidad de que Fernández se sirviera de las *Anuas* de Lozano. No hacemos más que constatar el hecho y de lanzar una idea que puede aclararse confrontando los documentos.

Lo cierto es que de ninguna manera podríamos aceptar el epíteto de plagiario con que Enrique de Gandía achaca al Padre Lozano, a causa de este problema.

No es intención nuestra hacer resaltar aquí la importancia de Lozano y de otros cronistas jesuítas dentro de la Etnografía del Chaco. Tal importancia está implícitamente reconocida en el hecho de ser aún hoy los cronistas jesuítas, los que ofrecen el cuadro más completo de la cultura

de algunas tribus chaquenses y del Chaco en general.

Después de dos siglos, son todavía los Padres Dobrizhoffer y Baucke los autores de las únicas completas descripciones de indígenas del Chaco, el primero sobre los Abipones y el segundo sobre los Mocovíes. En un aspecto más general, puede decirse lo mismo de Lozano, Jolís y Sánchez Labrador.

Naturalmente, la Etnografía del Chaco ha provocado el interés científico de los modernos. Pero nunca con la amplitud y la profundidad necesarias. Por ejemplo la obra de Nordenskiöld dedicada casi en su totalidad al aspecto material de la cultura, es la prueba más representativa de este fenómeno. Además, la figura del gran etnógrafo sueco, se levanta aislada sobre la maraña chaqueña.

Los peligros derivados de esta manera de estudiar una cultura son manifiestos; primero, porque los esfuerzos se diluyen en una larga serie de pequeños estudios aislados, sin conexión con el cuadro general de la cultura; segundo, porque los pueblos a estudiar se desaparecen prontamente, extinguidos ya por aniquilamiento, ya por absorción. La pérdida de material humano y cultural es irreparable y atañe tanto a la

investigación directa cuanto a los elementos de comparación con las crónicas antiguas.

No se trata naturalmente de seguir acumulando datos sobre datos, absolutamente sin un método cualquiera, siquiera fuese éste erróneo. En la Argentina, la investigación del Chaco, así como otras disciplinas antropológicas, parece haber elegido para toda la eternidad, este camino engañoso y fácil. En verdad, la Antropología argentina exige una acción más enérgica y el abandono de la estéril cantilena, pequeña y descriptiva.

En lo referente al Chaco, nuestros conocimientos generales no están más avanzados que los de la época colonial. Se han recogido, es verdad, y ad nauseam, vocabularios y mitos de dudoso origen. Pero no sabemos, por ejemplo, qué tipo de familia tenían los chaquenses; tampoco conocemos exactamente las formas de su pensamiento religioso; dígase lo mismo acerca de la psicología de los indios del Chaco, cuyo estudio serio no se ha intentado siquiera. Y así en lo demás.

El análisis de la literatura moderna no permite forjarse ilusión alguna sobre el inmediato porvenir de los estudios etnográficos del Chaco. Es entonces en la literatura antigua en donde debemos iniciar la marcha. Creemos que con la acción conjunta de los investigadores en el terreno

y la edición o reedición de la vieja documentación, se ganará un poco del tiempo perdido.

Pero es a condición que tanto una como otra actividad comiencen con ritmo acelerado. El Instituto de Antropología de Tucumán, que ya tiene una honrosa tradición etnográfica, la continúa desde ahora con la publicación de esta obra capital. Aseguramos a los estudiosos que seguirán otras obras sobre el Chaco, no menos importantes.

No es solamente en el terreno etnográfico en donde la Corografía se yergue como una montaña. La historia civil y religiosa tienen en este libro su más firme base. Esta fue otra de las causas por que hemos decidido editarlo en forma completa. La evangelización del Chaco, paciente, tenaz, asombrosa, aparece allí como una impresionante prueba de la voluntad misionera.

Difícil nos ha sido la preparación del texto y la corrección de algunos puntos bibliográficos. Es éste el momento de agradecer al Padre Guillermo Furlong, quien ha puesto a nuestra disposición sus notas y sus consejos. Sobre todo le debemos el habernos puesto sobre la pista del catálogo de la ex-Biblioteca del Colegio Máximo de Córdoba, que se guarda en la Universidad Nacional de Córdoba. Allí hemos podido examinar el precioso manuscrito, durante la semana santa de este año.

Se trata de un cuaderno foliado en parte, de unas 500 hojas que llevan la marca de agua de la Compañía. Tiene por título: *Index librorum Bibliotheca Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu, Anuo 1757*; el cuaderno mide 20 1/2 X 31 ctms. y lleva tres Indices: Nombres, Apellidos y Obras, a más de una *Regulae Bibliothecarii* y una *Advertencia para la inteligencia de este Indice*.

En base a este Indice, hemos podido corregir algunos nombres propios en el texto de la Corografía y unas pocas citas bibliográficas. Otras se han controlado con el magro material de que podíamos disponer en Tucumán.

No debe extrañar esto. Tucumán no constituye un centro ideal para las investigaciones de Archivos y Bibliotecas. En las cortas permanencias que pudimos efectuar en Buenos Aires y Córdoba, hemos suplido esta penuria bibliográfica. Pero no pudimos hacer todo lo que hubiéramos deseado y lo que se necesitaba. Por otra parte, no nos resolvemos a prorrogar más la aparición de esta crónica.

La Biblioteca de la Compañía de Córdoba, tenía ya en esa época -1757- las siguientes obras de Lozano anotadas en el *Index librorum*: *Historia del Chaco*, cajón 163; *Vida del Padre Julián Lizardi*, cajón 15; *Meditaciones de la vida de Cristo*, 2 tomos, cajón 7; *Ejercicios de San Ignacio*, cajón

9; *Lecciones sagradas*, cajón 9; *Historia del Paraguay*, 2 tomos, cajón 178.

Anotamos al pasar, que ni Furlong, ni Lamas mencionan las *Lecciones sagradas* en sus inventarios bibliográficos.

Hemos dicho ya que las obras de Lozano pronto entraron en la circulación de las misiones. Señalemos como ejemplo la *Historia* mencionada en el inventario que se hizo de la reducción de Petacas de indios Vilelas, después del extrañamiento. Seguramente la *Historia* y la *Corografía* constituirían el fondo histórico chaqueño de las "*librerías*" de las reducciones.

En cuanto al tratamiento del texto de nuestra edición, nos hemos impuesto una regla de la que no nos apartamos sino en muy contados casos; el mantenimiento de la nomenclatura indígena, tal como se encuentra en la edición original.

Una reedición ideal sería aquella en que los vocablos indígenas apareciesen depurados. En muchos casos esta onomástica es el único material lingüístico de ciertos pueblos chaqueños y por esto su interés se hace más punzante. No podemos, según tenemos entendido, hacernos ilusiones acerca de la posibilidad de hallar el manuscrito de Lozano. Por otra parte, creemos fundadamente que la transcripción de la edición Machoni no es perfecta, y finalmente carecemos

de buenos materiales lingüísticos del Chaco. Con este balance hubiera sido realmente aventurado y absolutamente sin valor restaurar esos nombres indígenas.

Naturalmente, a medida que nos acercamos a las fuentes más primitivas, tendremos derecho a esperar una pureza mayor en la grafía de las voces indígenas. Pero esto no nos autoriza tampoco a creer que aquellas transcripciones sean verdaderas. Los cronistas, aún los más fieles observadores, descuidaron este problema. El editor de Lozano, el Padre Machoni, autor él mismo del famoso *Arte y Vocabulario Lule Tonocoté*, es decir, un hombre que debía conocer la importancia de la grafía en las transcripciones de voces indígenas, deja en el texto de la *Corografía* todas las incongruencias onomásticas visibles a simple vista.

Además, conocemos que son muchas las fuentes editas e inéditas que empleó Lozano. De seguro es en esas fuentes en donde el historiador copió su larga lista de tribus y naciones. Pero también hay que tener en cuenta que Lozano recorrió por sí mismo el Chaco y que por lo tanto conoció de cerca a sus pueblos. Y sin embargo, este conocimiento personal no le es de ninguna utilidad para la uniformidad de sus nombres, supuesto que el manuscrito concuerde con la edición de 1733.

En el caso de nomenclatura ya común a la literatura etnográfica chaqueña, nos hubiera repugnado del mismo modo adaptarla a las reglas tradicionales, porque consideramos, repetimos, que la *Descripción Corográfica* es de valor documental, y que por lo tanto, el examen de sus textos indígenas puede ser el punto de partida de una crítica constructiva o de provechosas discusiones.

Quizás parecerá excesiva esta precaución en nuestro país, en donde todo el mundo se cree con derecho a meter mano en el problema lingüístico indígena, en donde se fundan familias y parentescos de lenguas en base a una magra colección de vocablos dudosos y en donde la ciencia lingüística parece reducirse a una comparación exterior de aires de familia.

De todos modos hemos señalado ya la dificultad y en cuanto a estos idiomas del Chaco bueno es recordar las palabras del Rev. Tompkins en el Prólogo a la *Mataco Grammar*, publicada por este Instituto acerca de los cambios de vocabulario que los mismos indígenas efectúan en el curso de pocos años. La misma observación hizo el Padre Baucke hace ya dos siglos.

El texto español de la *Descripción* fué limpiado de la frondosidad de puntos y comas. Sólo unas pocas palabras fueron corregidas, por anticuadas

o por mal escritas. En los nombres propios españoles se ha seguido la misma regla cuando se trataba de errores ortográficos. No así en el caso de problemas onomásticos, en donde preferimos seguir a Lozano.

Los corchetes usados con mucha parsimonia, indican la inclusión de una partícula gramatical para aclarar la frase. Hemos restablecido de acuerdo con el índice, los títulos de algunos capítulos que venían sin ellos. En los casos de hallarse dos títulos distintos (sobre el capítulo y en el Índice) hemos mantenido el primero. En todos los casos la diferencia de los dos títulos no es de contenido sino de forma.

El Índice analítico, teniendo en cuenta la finalidad de nuestra reedición, fue confeccionado por nosotros con un criterio etnográfico, histórico y geográfico, sin descuidar, claro está, el resto.

El doctor José Luis Molinari, de Buenos Aires, nos ha facilitado el ejemplar que utilizamos para esta reedición, poniendo nuevamente a nuestra disposición su rica biblioteca particular y haciéndose acreedor por lo tanto a nuestra gratitud y a nuestro agradecimiento. La ciencia argentina agradecerá también, como lo hace el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán, el extraordinario y

desinteresado gesto del distinguido bibliófilo porteño.

Radamés A. Altieri.

Tucumán, Instituto de Antropología, agosto de 1941.

Al Lector

En esta descripción (lector cristiano) ofrezco a tu curiosa erudición una buena parte del nuevo mundo, pudiéndote aquí repetir lo que Juan Bochio dijo del Tesoro Geográfico de Abraham Ortelio:

*Noscere qui mores hominum,
peregrinus et urbes,
Quique remata gravi rura labore petis:
Huc ades, hic animo liceat spectare
quieto,
Lector, in extrema quod tibi quaris
humo.
Hac iter est, alius tibi, qua patet,
advena, mundus
Hoc latet artifici machina tanta libro.*

Pero además de darte nuevo empleo a tu erudición en esta nueva historia (y tan nueva, que es la primera de esta gran provincia del Chaco) quiero que sepas la causa más alta y más útil que me ha movido a esta impresión y esto servirá

también como de prolegómeno a la Descripción que es la siguiente.

La cuarta parte del mundo, que comúnmente llamamos América (siendo tan vasta en sus términos, que por grande excede al resto de las tres) abriga en sus anchurosos senos multitud casi innumerable de habitantes, la cual excede sin comparación al número de los que ya sujetos al yugo del Evangelio y al vasallaje de la majestad católica viven en la policía cristiana que les enseñaron los misioneros apostólicos, destinados para su espiritual cultura a sus reales expensas por nuestros católicos monarcas en los dos más célebres imperios de este nuevo mundo: México y Perú. En ambos se experimenta esta verdad; pero con especialidad mayor en el imperio peruano, que desde tierra firme va corriendo hasta el estrecho de Magallanes, dilatándose por más de dos mil leguas, en cuyo distrito es innumerable el gentío, que retirado del comercio, ya de los Castellanos, ya de los Portugueses, quienes pudieran franquearles las puertas del Cielo, perecen miserablemente en la tinieblas de su infidelidad, unos encumbrados en tan altas sierras, que niegan paso a huella extraña, otros escondidos a la sombra de impenetrables bosques y peligrosísimas breñas, que es imposible sino a un esfuerzo heroico registrar sus senos. Entre todas no merece el ínfimo lugar la dilatada

provincia del Chaco tan conocida en el común concepto que a bulto se forma de ella, como ignorada en el total conocimiento y certidumbre de sus regiones, situación de sus campañas y gentío de varias naciones que allí habitan; porque los Españoles en lo moderno se puede decir que apenas han pisado sus umbrales, aun con haber corrido más de ciento cincuenta leguas del terreno; y de lo antiguo sólo han quedado poco más que las noticias casi sepultadas en el olvido de los más o arrinconadas en tal cual archivo para cebo de la polilla.

Por todos esos monumentos consta claramente, cuántas son las naciones, que abandonadas totalmente por falta de ministros, o por la innata barbarie de sus genios, carecen de la luz de la Fe, destinadas para pasto de los incendios del abismo, siendo tal su desamparo, que visitando hace más de ciento treinta años el V.P. Juan Romero de paso para el Paraguay, una de estas naciones, llamada de los Matarás en un solo pueblo, que constaba de siete mil almas, y comerciaba de la ciudad de la Concepción del río Bermejo, llegó a decir eran los naturales de dicha nación la gente más desamparada, que a su parecer tenía el mundo; porque hasta allí podía llegar la imaginación, fantaseando una desventura de hombres carnales, sangrientos, y en quienes la lumbre de la razón apenas se divisaba, por estar

sofocada o casi extinguida por sus abominables vicios. Esto decía aquel Y. Padre, cuando estas naciones algo morigeradas con el trato humano de los Españoles, parecían menos bárbaras. ¿Qué dijera ahora, cuando sacudido el yugo de la sujeción y vueltos a sus heredados ritos y costumbres aviesas, han desnudado aquel poco de humanidad de que se vistieron con el trato político? ¿Qué dijera ahora, cuando dueños de sí y enemigos declarados de su mismo bien, se desenfrenan sin recelo en sus brutales vicios y tienen cerrada la puerta en su obstinación a la luz de la Fe, en que se puedan salvar? Quiebra el corazón la lástima, al considerar tal miseria, y le consumía al V. Padre Diego de Torres Bollo, primer provincial y fundador de esta provincia del Paraguay. A este apostólico Jesuita, al contemplar este abandono de las naciones del Chaco, inflamado a ejemplo del gran Javier, en el voraz incendio de su celo, le asaltaban vehementes impulsos de dar la vuelta a Europa y correr las principales Universidades de Italia y España-, para conmover los ánimos de sus sabios académicos a conmiseración y lástima de tantos pueblos ciegos, como perecen eternamente en el Chaco por exhortarlos a que volasen al Paraguay, a sacar tantas presas de manos del hombre enemigo, en cuyo despojo lograrían un riquísimo botín de almas, a quien podrían hacer felices para siempre,

empleando sus esclarecidos talentos con ganancia segura.

Para ocurrir a tan deplorable necesidad han esforzado su empeño en varias ocasiones diversos ministros de su majestad en estas provincias del Tucumán y Paraguay, por medio de las armas y de misioneros apostólicos de nuestra Compañía; pero sin fruto permanente, por no haber sido durable aquel empeño contra el genio belicoso de tanto bárbaro enemigo, a quien si no entra el Evangelio escoltado del poder de las armas españolas (como tienen ordenado nuestros monarcas católicos) para contener su ingénita ferocidad y odio innato que tienen entrañado contra el nombre español, es imposible a lo humano, su reducción a la Fe. Este subsidio falta muchas veces, porque en lo que unos gobernadores se empeñaron con celo cristiano de dilatar el imperio de ambas majestades, otros lo abandonan, como si fuera totalmente ajeno de sus obligaciones, por atender a sus particulares intereses con daño notorio no sólo espiritual de aquellas innumerables almas que desamparan, sino temporal en los infortunios que ocasiona a los moradores de estas provincias la fiereza indómita de dichas naciones, que anhelando por las presas cuantiosas que logran a la sombra de nuestra desidia, se avanzan intrépidos a las tierras conquistadas y poseídas de los Españoles,

robando y talando sus campos, y quitando la vida a los que para su cultivo viven en ellos; con que obligan a desamparar el terreno a los que quedan vivos con logro de los agresores que se apoderan de las conveniencias que el Español disfrutaba. Ojalá no fuera esta verdad tan cierta! Pero la lástima es, que siéndola, la lloran las personas de celo, sin esperanza de remedio próximo. ¡Oh! quiera el Cielo que éste se apresure por la providencia de nuestro católico monarca, enviando ministros celosos de dilatar los límites de su imperio junto con el de la católica Iglesia en la propagación del Evangelio, a que siempre están aparejados los sujetos de la Compañía de Jesús en ésta su provincia del Paraguay, aunque sea a costa de su sangre y vida, como lo han ejecutado hasta aquí, y ejecutarán pronto en adelante, para que se logre la sangre preciosísima de nuestro Crucificado Redentor en tantas almas, como ahora perecen en tan dilatado gentilismo; a que fuera de ser empleo tan propio de su apostólico instituto, les estimula la nueva confianza de nuestro esclarecido monarca, el señor don Felipe Quinto, que Dios prospere, quien se dignó fiar particularmente de los Jesuitas del Paraguay la conversión de todo el Chaco, como después veremos.

Para que se haga concepto de los colmados frutos que puede lograr el Evangelio en la conversión de

tanto gentío, donde hallarán copiosa mies de trabajos los misioneros apostólicos, que en busca de ellos se destierran gozosos de sus patrias y aun de las conveniencias que se pueden seguir a lo temporal del dominio español, a ruego de personas celosas he formado esta descripción de las provincias del Chaco, valiéndome de las noticias antiguas y modernas que se han podido recoger hasta ahora, y estaban olvidadas en los archivos. Después escribiré lo que los ministros del Evangelio especialmente los de la Compañía de Jesús han trabajado para introducir la Fe en tan vastas regiones, sin echar en olvido lo que hubieren cooperado algunos ministros reales para la feliz consecución de tan santo fin. — Vale.

Protesta del Autor

Conforme a los decretos de los Sumos Pontífices, protesto, que (en cuantos elogios, narración de virtudes, sucesos milagrosos y personas venerables, y demás cosas que se refieren en este libro) no es mi intención, que se les dé más calificación, ni más fe que un humano y piadoso crédito; ni pretendo en nada prevenir el juicio de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, a quien en todo venero, y a cuya corrección me sujeto.

Capítulo 1

I. Dase noticia en general de la provincia del

Chaco y del origen de este nombre

Aunque algunos quieren que el territorio que rigurosamente se llama Chaco, sea un valle situado en el centro de las provincias de Tucumán, Paraguay, Río de la Plata y Santa Cruz de la Sierra, donde antiguamente el capitán Andrés Manso, uno de los conquistadores del Perú, fundó por los años de 1556 una ciudad, de orden del marqués de Cañete, virrey de estos reinos; la cual por su descuido asaltaron y destruyeron los Chiriguanas, al tiempo que todos sus vecinos y su fundador dormían sin recelo, por cuya causa llamaron comúnmente a aquel paraje y se llama hasta hoy los Llanos de Manso. No obstante, la común acepción en estos tiempos comprende debajo de este nombre Chaco varias provincias pobladas de naciones infieles, que se continúan y comunican unas con otras, por centenares de leguas en la banda del poniente y del Río de la Plata, entre las provincias del Paraguay, Río de la Plata, Tucumán, Chichas, Charcas y Santa Cruz de la Sierra. La etimología de este nombre, Chaco, indica la multitud de las naciones que pueblan esta región. Cuando salen a cazar los indios y juntan de varias partes las vicuñas y guanacos, aquella muchedumbre junta se llama Chacu, en lengua quichua, que es la general del Perú, y por ser multitud de naciones las que habitan las tierras referidas, les llamaron a semejanza de aquella

junta, Chacu, que los Españoles han corrompido en Chaco. Ignoraban este nombre los Españoles, aun en el Perú por muchos años, hasta que se supo en la provincia de Tucumán bien casualmente. Poco después de la fundación de la ciudad de San Salvador de Xuxuy, vino a ella Juan de Baños, natural de Chuquisaca, a quien se encomendó el cuidado del pueblo de Yala, dos leguas distante de la ciudad. Este, según la obligación de su cargo, reparó que de entre sus indios, se perdía uno a tiempos, y cada vez se mantenía ausente por casi dos meses. La repetición de estas ausencias, obligó a Baños a que le hiciese cargo recelando de su fidelidad. Satisfizo el indio con decir que se iba al Chacu, a comerciar con aquellas gentes, entre quienes tenía muchos conocidos y amigos. Extrañó Baños el nombre y replicóle qué entendía por Chacu. Respondió, que una grande provincia, donde vivía infinidad de indios, que unos eran los que antiguamente solían por allí recoger los tributos para el Inga, a quienes cogiéndoles de improviso por aquellos parajes, la funesta e impensada noticia de haber los Españoles degollado a su emperador en Cajamarca, suspendiendo su jornada hacia el Cuzco se habían quedado entre las serranías que dividen al Chaco del Perú, por no experimentar de la gente española semejante infortunio al de su dueño; y que otros eran de varias naciones del Perú y labraban algunas

alhajas de plata, al modo de los plateros sacándola de minerales, cuyo conocimiento recataban de él cuando entraba, por que no llegase por su medio a noticia del Español, y le sirviese de cebo para entrar a robarles la joya más preciosa de la libertad; y que por estar aquellas gentes juntas con otras naciones, desde aquellos parajes, llamaban ellos Chacu a todas aquellas tierras. Divulgóse esta relación entre los Españoles, y desde entonces empezaron, alterando la última letra del nombre propio, a llamar Chaco, no sólo a aquellas poblaciones de la serranía, sino a los llanos contiguos, que se les siguen extendiéndose por muchas leguas entre los ríos Salado y Pilcomayo hasta las costas del gran río Paraná. Y les cuadra admirablemente la semejanza, pues a ninguna junta mejor que a la de brutos se pudo comparar la de estas naciones, que por lo general se distinguen poco de los irracionales en sus costumbres, siendo casi sólo las facciones las que los diferencian. Este, pues, es el origen de este nombre Chaco, que así se llama, y no Cacho como le intitula nuestro Y. Padre Juan Eusebio, en el tomo 4 de los *Varones Ilustres, Vida del V. P. Gaspar Osorio*.

Toda esta región está poblada de infieles en parte no conquistados y en parte rebelados desde la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz hasta las serranías de Santa Cruz de la Sierra por más de

trecientas leguas. El obispado de Santa Cruz rodea esta provincia, desde el norte hasta el noroeste, y desde aquí hasta el oeste o poniente, el arzobispado de Chuquisaca hasta el sudeste el obispado de Tucumán; desde allí al este el obispado del Río de la Plata, y en lo restante hasta el norte las fronteras de la provincia y obispado del Paraguay, de suerte que todos estos obispados y el arzobispado se comunican unos con otros, y se camina toda la circunferencia de la provincia del Chaco, excepto la octava parte del círculo, desde el norte hasta el nordeste, que es entre el Paraguay y Santa Cruz de la Sierra, donde cae la provincia de los Itatines. Por ella se continúan con puerta franca, numerosísimas naciones, las más de ellas hasta ahora incógnitas, que atravesando todo el Perú por las cabezadas del Brasil y riberas del Marañón, se continúan por millares de leguas hasta Quito y el Nuevo Reino de Granada. Y es constante, que por los rumbos insinuados, hay millares de almas sepultadas en las tinieblas de la gentilidad, donde se conservan no sólo los indios naturales, sino otros advenedizos, que amedrentados del dominio español se retiraron allá desde la conquista. Y aunque antiguamente se trajinaba por ese camino, y pasaron por él los conquistadores del Paraguay a fundar la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, y por el mismo salió al Perú el primer obispo de la Asunción don fray Pedro de la Torre; pero como los Cruceños (así

llamamos comúnmente a los vecinos de la Santa Cruz) lograsen más crecidos intereses en llevar a expender los géneros que produce su país al Perú, faltando el comercio, dejaron poco a poco olvidar aquel camino, y estando muy cercanas las dos ciudades de la Asunción y Santa Cruz, se caminan ahora para ir de una a otra, más de setecientas leguas; camino que se abreviaría en la mayor parte, si se efectuara la conquista del Chaco, llevándose con gran comodidad al Perú la célebre yerba del Paraguay, que es bebida tan usual en todo este imperio peruano, como lo es en México la del chocolate.

La latitud de la provincia del Chaco corre desde los confines del arzobispado de Chuquisaca o de la Plata hasta los de la diócesis del Paraguay ; y su longitud desde los confines de la provincia de Santa Cruz de la Sierra, hasta los del obispado de Buenos Aires o Río de la Plata. Por la mayor parte la cerca una cadena de montes, que empezando en la jurisdicción de Córdoba del Tucumán, va trabándose con otras serranías hasta las opulentísimas minas de Lipes y Potosí, y luego tirando a Santa Cruz de la Sierra, rematan en la gran laguna Manioré, que está más adelante de las misiones de indios chiquitos pertenecientes a esta nuestra provincia del Paraguay. En partes son tan altas estas serranías, que por su desmedida elevación, rara vez merecen las nubes

coronarlas, franqueando desde allí a la vista el más alegre y apacible recreo que puede imaginarse, pues si no lo estorban las nubes inferiores, las cuales por más que se encumbren, se miran ordinariamente a sus pies, se descubre desde. ella todo el Chaco con toda la variedad de países que en sí encierra, y no hay duda, que si se pudiera extender a tanto la esfera de la potencia visiva, se registrara la otra banda del gran río Paraná o la del Paraguay. Por lo dicho consta que en la altura de dichas sierras, cual otro Olimpo, rara vez se encubre la luz del sol, bien que no goza de tanta serenidad como en el otro monte de Tempe mintieron las fábulas, pues reinan a tiempos vientos tan impetuosos, que sacan a los jinetes de las sillas en que cabalgan, y no pocas veces casi impiden la respiración, de suerte que es menester pararse a tomar aliento. Al paso que de dichas montañas es la elevación tan desmedida, son también peligrosísimos los precipicios, pues en partes causa grima al más alentado haber de dar un paso y se reputa por beneficio, que los encubran a la vista las nubes para no caminar tantas leguas poseídos los ánimos de susto y sobresalto. Experimentase bien esto, entrando al Chaco por el valle de Zenta, como también por parte de los Chiriguanas y de la provincia de los Chichas, como lo depone testigo ocular el licenciado don Luis de Vega, cura del pueblo de Santiago de Cotagaita en la misma provincia de

Chichas, Este eclesiástico, que por mandato del ilustrísimo señor doctor don Fernando Arias de Ugarte, arzobispo entonces de los Charcas entró al Chaco el año de 1628, para agregar a aquella diócesis la ciudad de Santiago de Guadalcazar, que empezaba a fundar el gobernador Martín de Ledesma Valderrama, hubo de ir con el mismo gobernador y varios soldados, a descubrir unas naciones cuyos humos se divisaban desde Guadalcazar, de donde distaban sólo doce leguas al poniente, río Bermejo arriba en la cordillera que los separa de los corregimientos de Chichas en derecho de los Cangrejos y Sococha; y en la relación que escribió de todo su viaje, refiere que nunca pudieron dar con dichas naciones por la elevación y aspereza de las sierras. Otras dos veces fuera de ésta, acometió la misma empresa el gobernador Ledesma, y aunque en una descubrió en el río Bermejo sus fogones y alojamientos junto con muchas sendas desde una a otra ribera, por que habían bajado a pescar, nunca fué posible hallar camino ni entrada para aquellas poblaciones; porque defendida su libertad con la fortaleza natural de tan altas murallas, se portan con el mayor recato para no dar indicio al Español, por donde pueda penetrar a sujetar sus tierras y por ese fin, en los viajes que hacen a pescar, no dejan el menor vestigio por donde se les pueda seguir, borrando las huellas con destreza singular para que no se pueda entrar a

sus poblaciones. Así consta todo por deposiciones juradas de varios testigos oculares que acompañaron a Ledesma en aquellas expediciones, y lo declaran en una información jurídica que se hizo en Santiago de Guadalcázar a petición del procurador de la ciudad, Lucas Bendon, el año de 1630, en que se acababa de hacer la última expedición.

Por esa parte de la cordillera, consta de la misma información la fama pública que entonces corría de su excesiva riqueza, siendo común plática entre los mineros de la Villa Imperial de Potosí, que era muy abundante de minerales y tenían gran deseo de catearlos; diligencia que no se había atrevido alguno a ejecutar por temor de los indios del Chaco, y de otros de guerra que habitan en los valles, a quienes ocultan las asperezas de dichas cordilleras. Y era fama y tradición constante, que de aquella cordillera que corre norte a sur, y se divisaba desde la ciudad de Guadalcázar, sacaban los Orejones del Cuzco grandes cantidades de oro y plata, que contribuían sus moradores para llevar a aquella corte en tiempos pasados, para presentar a los emperadores ingas.

Capítulo 2

II. De los ríos que bañan las provincias del Chaco

De todas estas serranías nacen muchos ríos, cuyas aguas son generalmente fecundas y saludables. Bañan éstas, grande parte del Chaco, que fecundan en las campiñas de sus riberas, aunque tres ríos son los más memorables que atraviesan y riegan todo el país, y después de muchas vueltas y revueltas, desembocan o en el río Paraguay o en el gran río de la Plata, y contribuyen con no pequeño caudal a su desmedida grandeza, de la cual goza el Chaco por muchas leguas en la parte oriental que va costeando éste, sino rey, a lo menos príncipe de los ríos. De los tres que dije, el primero hacia la provincia de Tucumán es el río llamado comúnmente Salado, aunque en varias partes goza de diversos nombres según los países por donde corre. Este va rodeando todo el Chaco en más de doscientas leguas, que dura su corriente; porque tiene su origen en el famoso valle de Calchaquí, en donde de la parte del sur viene un río no muy caudaloso, que juntándose en medio del valle con otro que corre de la banda del norte con más caudal, salen desde allí unidos al valle que llaman de Huachipas, y ése es allí el nombre de este río. Luego pierde el nombre de río Huachipas por el de Choromoros, porque pasa por la sierra de Choromoros; más adelante le llaman río del Pasaje en el camino por donde se va desde Tucumán a Salta, cuyo paso es muy temido de los viandantes por la rapidez con que corre, pues es

tal, que arrebatada piedras y árboles muy grandes. Tiene por aquí su curso al oriente, y poco después se llama río de Valbuena por bañar el terreno donde está fundado el presidio de Españoles, que tiene aquel nombre, y por allí forma en sus riberas dilatadas campiñas de muy hermosos pastos que se conservan frescos y verdes, por la mucha humedad de sus bañados, y en su cauce forma varias islas pobladas de espesísima arboleda. Pasa quince leguas antes por la antigua ciudad de Esteco, hoy destruida, que le paga con darle su nombre la fecundidad que recibe de sus raudales. Por todo este espacio, que serán cuarenta leguas o más, corren sus aguas con las crecientes de color de sangre, y en las tierras por donde pasa, deja una costra muy colorada, porque el terreno de Calchaquí, donde nace, es más encendido que el bol, y de allí se tiñe el agua de este río. Lejos de Esteco se le junta el río de las Piedras, y como nueve leguas más abajo le paga tributo el río de Yatasto, donde ha desembocado antes el río Marmolejo, y unidos van corriendo hacia el sur cercada la derecha del cerro de Chugza por la jurisdicción de Santiago del Estero, donde ya se llama río Salado, nombre que retiene con su continuo curso hasta el sur, hasta la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, entrándole desde Santiago del Estero otros tres o cuatro ríos de menos nombre. En Santa Fe le entra de la parte del oriente otro brazo del Paraná, que ambos

hacen península aquella ciudad con otro riachuelo llamado Saladillo, y tomando desde allí el nombre de río de Coronda, corre otras veinte leguas, hasta que pierde el nombre y caudal de aguas restituyendo las suyas y contribuyendo las propias al mismo Paraná, con el cual forma en ese comedio una grande isla.

El otro río que atraviesa todo el Chaco de poniente a oriente es el Bermejo, que también según las tierras por donde corre, varía los nombres. Nace en el Perú con nombre de Bermejo; pasa por la jurisdicción de Tarija y su valle de las Salinas: entra por las cordilleras que dividen las provincias del Chaco del arzobispado de Chuquisaca, por el pueblo y corregimiento de los Chichas. Por esas cordilleras, hay pobladas sobre sus riberas algunas parcialidades de Chiriguanas. Desde las cordilleras con el nombre de Lupo o Iticá, que le dan diversos naturales, corre como doce leguas hasta donde estuvo fundada la ciudad de Guadalcazar, en la cual le sangraban en varias acequias de regadío, que volvían amenísimo el país. Júntansele en sus vecindades los ríos Tacomohé, Ocoporte, Yayra, Zenta y otros, que le hacen mayor que el Jenil en Andalucía. Una legua más adelante le enriquece el río Teutas, y otros más caudalosos que los primeros, conque se forma un río igual en grandeza al Guadalquivir. Más abajo se incorporan en su cauce los ríos de

Siancas y Perico, el río llamado Tarija con las aguas de Xuxuy, Salta, Ocloyas y otros; después entra el río Quitiguigui con otros manantiales y arroyos, formando un grandioso río que por allí poco más o menos empiezan a apellidar Grande. Este, a noventa leguas de Guadalcázar entra en el río Paraguay pasando treinta leguas antes de desembocar, por la antigua, hoy destruida ciudad de la Concepción, donde ya vuelve a llamarse río Bermejo hasta desaguar en el Paraguay casi enfrente de la ciudad de las Corrientes con boca tan estrecha, que tendrá poco más de una cuadra de ancho por ir muy encajonadas sus aguas, y consiguientemente muy ledo, y sin corriente alguna perceptible.

Es muy caudaloso y profundo, de suerte que casi desde donde estuvo situada Guadalcázar, no se halla vado en paraje alguno, y en donde menos, tiene dos brazas de fondo; de aquí es que desde setenta leguas de la imperial villa de Potosí, donde estaba situada dicha ciudad es navegable hasta desembocar, y le pueden trasegar embarcaciones de mediano porte, en que sin tantos gastos como al presente se causan a la real hacienda, se podía conducir el tesoro que aquel portentoso mineral tributa a la monarquía española, conduciéndole por esta vía fácil y segura hasta el puerto de Buenos Aires, y de allí con mayor seguridad a Europa, por ser aquellos mares más libres de

enemigos y de peligros, pues no hay noticia que en la carrera de Buenos Aires embarcación alguna castellana haya peligrado, habiendo experiencia contraria casi continua en la carrera de Tierra Firme; fuera de haberse de conducir la plata hasta Portobelo, que dista de Potosí más de mil cuatrocientas leguas, siendo así que el paraje desde donde empieza a ser navegable el río Bermejo, dista solas setenta, como dijimos, de los minerales por camino muy tratable, según que lo experimentaron varios que desde Potosí entraron a Guadalcázar el tiempo que duró aquella ciudad, y entre otros lo depone el licenciado don Luis de Vega (en la relación del Chaco) que le anduvo, y desde que se embarcan como a siete leguas de Guadalcázar, es navegación de sólo un mes, para arribar a Buenos Aires. Este mismo rumbo ofrece comodidad para conducir con mayor conveniencia al Perú los géneros que produce la gobernación del Paraguay, especialmente su célebre yerba, de que hay tan excesivo consumo en todos estos reinos. En toda la corriente de este río, a hora de las nueve de la mañana, se levantan siempre virazones frescas o sino viento sur, que mitigan los ardores del sol y vuelven la estación muy apacible. Da en partes el Bermejo o río Grande, vueltas de dos y tres leguas, y con esta ocasión forma islas de dos, cuatro, cinco y seis leguas de largo, las cuales están pobladas de buenos pastos para los ganados con bellísimas riberas hechas una

esmeralda, pobladas de verdes sauces y mucha arboleda de un palo que llaman pájaro bobo. Hace en sus riberas vegas muy apacibles de una, dos y tres leguas, en que causa gustoso recreo la grande variedad de volatería de muchos y diversos pájaros y aves, como son palomas torcaces, tórtolas, patos, papagayos, charazas, que son una especie de pavas pequeñas; cardenales, así llamados por estar vestidos de plumas tan rojas, como la púrpura cardenalicia, bandurrias, calandrias, y otros de varias y hermosas plumas, cuyos nombres se ignoran. Entre estos pájaros es uno bien especial; es del tamaño de un cuervo; las plumas de cabeza, lomos y alas son negras, y también la extremidad de la cola; de donde nace ésta, por la parte superior son todas plumas muy blancas; por la interior de encendido carmesí; en el cuello y parte del pecho doradas; el pico es tan grande como todo el cuerpo, de tres dedos de ancho en su nacimiento, y en la punta, de dos; la parte superior de él, es de color naranjado algo claro, que divide por medio una lista carmesí, muy encendida, y la inferior del mismo color con una mancha negra en el remate, que es corvo; tiene la lengua larga, y hecha una sierra; sus ojos son hermosísimos, y los adorna por la parte exterior un círculo de azul turquí, y después otro más ancho, que incluye al primero, de color anaranjado, algo encendido.

Las aguas del Bermejo o río Grande, son saludabilísimas, que como baja de las cordilleras, y se va despeñando por guijarros y penas limpias y lisas, se quebrantan sus aguas y corren notablemente delgadas y sabrosas; y en los arenales, que después baña, se purifican del todo quedando sanísimas, y de gran virtud contra el mal de piedra y orina, porque las márgenes de este río, están por partes pobladas de cierta yerba que llaman de *la orina* de donde les proviene aquella virtud. Son también de admirable eficacia contra los ñatos, dolor de hijada, hidropesía y gota; porque digiere grandemente, y no deja superfluidades, crudezas, ni indigestiones en el estómago, con que no da lugar a que se críen humores gruesos; por lo cual, quien se siente repleto, con un jarro de agua y pasearse un rato, se gasta todo. De esto depone el mencionado don Luis de Vega, quien escribe, que padeciendo en el Perú de flatos e hijada, piedra y crudezas, lo que le obligaba a observar rigidísima parsimonia en la comida y bebida, a los cuatro o cinco días que bebió el agua del Bermejo, expelió muchas arenas y piedras y quedó como si jamás hubiera sentido tales achaques, en cuarenta y cinco días que moró en Santiago de Guadalcazar, siendo así, que bebía en ayunas, cenaba leche, ensalada de legumbres y pescado, después de lo cual se hartaba de agua confiadamente, y en breve tiempo sentía hambre. Esta es la causa, porque los viejos

de las naciones que viven a orillas de dicho río, se sienten y conservan sanos y alentados, frescos y sin arrugas. Y de los soldados españoles, que asistieron a la fundación de Guadalcázar, ninguno murió, ni aun enfermó en seis o siete años que allí estuvieron, no obstante que sudaban copiosamente, por andar de continuo pescando, vaqueando, cortando y acarreando madera para la fábrica de fuertes y casas, y labrando la tierra ; sudados, bebían a todas horas el agua de este río sin recelo de catarro, pechuguera, dolor de estómago, ni semejantes achaques. El gobernador de esta provincia de Tucumán, don Esteban de Urizar, cuando el año de 1710 entró a sujetar los bárbaros del Chaco, llegó bien indispuerto al río Bermejo; pero desde que empezó a beber sus aguas, se halló del todo bueno, y con mejor salud que había gozado en muchos años.

Fuera de lo dicho, es dicho río muy abundante de pescado, y son veintidós especies las que hasta ahora se han reconocido; pueblan sus aguas sábalos, dorados, bogas mayores que sábalos, armados, surubí, palometa, patí, pejeblanco, dentudo, pacú, raya mayor que una adarga, y algunas que no las puede alzar un hombre del suelo, mandi, bagre, machete, suchi, mojarra, anguila, murena, sardina, cangrejos, almejas muy grandes, ostras de perlas, de que en una laguna, que enfrente de la ciudad de las Corrientes se

forma de las crecientes de este río, le oí decir a Marcos Saucedo, español, que estuvo cautivo más de siete años entre los Abipones, pescaban estos bárbaros grande cantidad, arrojando las perlas, porque no estima su barbaridad, lo que otras naciones, si más políticas, a ese paso más codiciosas, tanto aprecian; y así recién libertado de su cautiverio, a que había sido llevado muy muchacho a fines del año 1718 como viese en Santa Fe su patria la estima que los Españoles hacían de las perlas, usándolas para arracadas, manillas, gargantillas y joyas las señoras, dijo que de aquel género, cuyo nombre aún ignoraba, pescaban muchas los Abipones en dicha laguna, y las arrojaban como cosa inútil, en lo cual se ratificó delante de mí un año después. De esta laguna hace también mención el capitán Ruy Díaz de Guzmán en la historia manuscrita que escribió por los años de 1608 llamada comúnmente *La Argentina* por su asunto, que es referir los sucesos de la conquista de las provincias del Río de la Plata y Paraguay. En dicha historia, libro I, capítulo 4, testifica, que se hallan en aquella laguna muchas perlas, finas y de buen oriente, con ser el agua dulce, y que por esta razón la llamaron los primeros conquistadores, *Laguna de las perlas*. El arcediano de Buenos Aires, don Martín del Barco Centenera en su *Argentina*, que es historia también del Río de la Plata, escrita en verso e impresa en Lisboa año de 1601, hace mención de

esta laguna y de sus perlas, que le dio en la Asunción el cacique Hohoma, que lo era de una nación de ese nombré, que estuvo poblada en sus orillas, y después se trasladó a la otra banda del río Paraná. Oigase a este autor, que es testigo fidedigno, en el canto 2:

Una laguna tiene de gran fama
Llegada al Ipiti, que dicho habemos;
De los Hohomas es, y así se llama,
Que aquella gente habita sus
extremos;
En el río Bermejo se derrama,
Y que ésta tenga perlas, lo sabemos;
El Hohoma señor de esta laguna
Me dió en la Asunción cierto más de
una.
En gran precio las perlas éstos tienen;
Empero ellos no saben horadallas.
Si en su asiento Españoles se
detienen
De ostiones procurando de sacallas
Al Español con ellas luego vienen;
El orden pues, que tienen en
pescarlas,
Es fácil, que en pequeños redejones
veces sacan veinte, y más ostiones.

Cae dicha laguna pocas leguas de la boca del río Bermejo, al cual fuera de los dos nombres al entrar y salir del Chaco, en su comedio llaman los

Españoles río Grande por ser el mayor que atraviesa dicha provincia. En la otra punta del Chaco, en la parte que habita la nación Chiriguaná se ve otra laguna, no de las calidades de ésta, sino muy al contrario porque siendo legua y media de largo, y media de ancho, es su agua muy hedionda, y no cría ningún pescado; antes no llega a probarla pájaro alguno de los muchos y varios que pueblan las grandes arboledas de sus riberas. Siéntese su hedor desde bien lejos, y es de tal calidad, que quita el sueño a los que paran a dormir en aquella distancia. Unas costras muy grandes, que se hacen de tierra a la orilla de la dicha laguna, tienen la misma hediondez.

El tercer río de más nombre que riega la provincia del Chaco, es el de Pilcomayo. Este nace en la provincia de los Charcas, de entre las sierras que están entre Potosí y Porco para Oruro, juntándose con él muchas fuentes sobre el río de Tarapaya, que es la ribera donde están fundados los ingenios de plata del famoso cerro de Potosí, y volviendo al este incorpora en sí al río Cachimayo, que es el de la ciudad de la Plata o Chuquisaca; luego bojea al mediodía hacia el valle de Oroncota, entrando por el corregimiento de Paspaya, y dejando al lado izquierdo el de Tomina, corta la grande cordillera general, desde donde se precipita a los Llanos de Manso, donde empiezan a beber de su caudal muchas naciones. Pasados los dichos Llanos, se

divide en dos brazos bien caudalosos, como ochenta leguas antes de desembocar en el río Paraguay, donde pierde el nombre al enriquecerle con sus raudales. A estas dos bocas, llamaron antiguamente en la provincia del Paraguay, Araguay miní y *Araguay guazú*; pero el día de hoy a la más próxima a la ciudad de la Asunción, llaman absolutamente Araguay, y a la más distante, que entra seis leguas más abajo de la primera, casi enfrente de la nueva villa de San Fernando, fundada en la banda del este, nombran Pilcomayo, siendo cierto, que ambas bocas son dos ramas, en que (como dijimos) se divide este río, de las cuales la primera dista de la ciudad de la Asunción nueve leguas, y la segunda quince, que viene a caer en veintiséis grados y medio de la línea equinoccial. Cuando vienen las crecientes del Perú se llegan a juntar estos dos brazos, porque comunicándose con las lagunas que mantiene de sus sobras por ambas riberas, se inundan del todo las campañas, hasta el río Bermejo por una parte, y por otra hasta el Araguay, en que sus aguas por tiempo de seca corren tan salobres, que más parecen saladas a causa del mucho salitre que cría allí en sus márgenes; y como las crecientes son tan copiosas, llega a no discernirse la madre principal, a la cual en cesando aquéllas se retiran las aguas, y dejan formadas las lagunas que dijimos. Desde ochenta leguas antes de desembocar al Paraguay, es

navegable en embarcaciones de mediano porte; después hasta la serranía de los Chiriguanás es capaz de botes y lanchas aun cuando más bajo. Da en su curso muchas vueltas y revueltas, aunque el principal curso en el Chaco y más prolongado, es de noroeste a sudeste. Por entrar en el Pilcomayo el río Tarapaya, es común sentir que desemboca en el Paraguay grande riqueza de plata, en tanta cantidad, que según escribe nuestro Nicolás del Techo en su *Historia del Paraguay* lib. 5, cap. 3, era opinión de los mineros de Potosí, que en sesenta y seis años desde el año de 1545, que se descubrió este famosísimo e inagotable cerro, hasta el de 1611, en que se formó este cómputo, se habrían arrebatado las corrientes de Tarapaya y Pilcomayo cuarenta millones de plata; y del azogue, con que se beneficia ese apetecido metal, tanta cantidad, cuanto basta y sobra para inficionar de tal manera sus aguas, que en muchas leguas después de aquel mineral no viva, ni pueda conservarse pez alguno con vida. Después que corre por el Chaco está pobladísimo de pescados, algunos tan grandes, que pesan más de cuatro arrobas. Hay caimanes muy grandes, que en el lenguaje del Paraguay llaman Yacaré, que equivalen a los cocodrilos del Nilo. Son feroces en acometer, y jamás sueltan la presa por la forma de los dientes, porque los de arriba son puntiagudos y encajan en los inferiores. Carecen de lengua, y para ayudar la

digestión, salen a la playa y ponen el vientre a los rayos del sol. Cuanto encuentra, tanto engulle, con tal que se le ponga delante; porque al paso que son ligerísimos vía recta, son tardos en revolverse. Están cubiertos de escamas o conchas durísimas, pero no obstante, los Españoles matan a estas fieras anfibias con las escopetas. Los indios los pescan en el agua de esta manera: toman una estaca aguda por ambas puntas, y atada por medio una cuerda gruesa, larga y fuerte; van nadando a encontrar el caimán, a quien, al acometer, meten la estaca en su gran boca, y le clavan. Como no tiene lengua, le entra mucha agua, que le va ahogando; con las ansias de la muerte, da grandes vuelcos con ferocidad; para resistir, ata el indio la cuerda a algún árbol, y de esta manera muere. Sácanle de bajo de los brazos una bolsa de sudor fragantísimo; al principio es el olor subidísimo, que encalabrina; pero curado al sol pierde la vehemencia, y queda tan fragante como el almizcle. Al caimán se lo comen asado los infieles del Chaco. Salen estas fieras de huevos, que se empollan en la arena a los rayos del sol; los huevos son del tamaño de los que ponen los ansares, y en cantidad de más de veinte cada postura; al mes nacen los polluelos; pero como los entierran en la playa, perecen muchas veces con las crecientes, y otros los mismos padres, al desenterrarlos, como son torpes y cortos de brazos, y las puntas de sus uñas muy agudas, les

despedazan; que todo es providencia del Altísimo, para que no multipliquen fieras tan nocivas. Dícese, que un pajarillo le limpia los dientes escarbando los agujeros llenos de pescado ; y que otro se le entra en el buche, le come el hígado y muere.

Estos caimanes se hallan particularmente en las lagunas que forma el río Pilcomayo como el río Grande, en sus dos riberas, donde son frecuentísimas, y algunas de ocho y diez leguas, y la menor de una legua. La boca mas próxima al río Bermejo, distará, de éste veinte leguas ; pero por lo interior del Chaco se alejan más de ciento, en partes por los diversos rumbos que siguen. Está crecido este río desde enero hasta agosto; y desde este mes vuelve a bajar hasta enero, mes en que por empezarse a derretir las nieves del Perú empieza otra vez a crecer, pero en. cualquier tiempo es capaz de navegarse con botes, por más de trescientas leguas. Toda la tierra de sus riberas es muy llana y blanda, que se rinde fácilmente al arado; a trechos tiene bellísimas selvas de diferentes maderas; en otras partes palmares de veinte y treinta leguas, en que hay palmas tan altas, que tienen ciento cuarenta pies; por otras partes son dilatadísimas vegas, que no se les halla fin; hay en sus riberas muchos y diversos animales, que no se les sabe el nombre, jabalíes negros y pardos, antas, tigres, ciervos, venados

colorados, y otros muy pintados; muchas liebres y avestruces, lobos marinos y capivaras; aquéllos negros y éstas, unas coloradas y otras blancas, color que sólo tienen las de este río, y que no se halla en otra especie de las que hay en los ríos de estas provincias; más de seis especies de patos y gran variedad de volatería. Réstanos ahora solamente hablar del nombre de este río.

Los indios chiriguanás le llaman Yticá; los españoles e indios del Perú, Pilcomayo, y en el Paraguay llaman a una de sus bocas Araguay. El nombre de Pilcomayo dice el Inga Garcilaso en sus *Comentarios Reales* que está corrupto, como sucede en otros muchos nombres, y que en su nativo origen se debe llamar Piscomayu, que significa en la lengua quichua, general del Perú, río de pájaros, compuesto de pisco, que es pájaro, y mayu, río, y corrupto mudando la *s* en *l*, y la *u* en *o* se nombra Pilcomayo. El nombre de Araguay, que le dan en la provincia del Paraguay le conviene con grande propiedad; porque Araguay en el idioma guaraní vulgar en aquella provincia significa *río de entendimiento*; y con razón le llamaron así, porque es necesario valerse del entendimiento para navegarle, por las continuas vueltas con que corre, y en sus crecientes grandes; mucho más para seguir la madre del río y no perderse en las dilatadas lagunas que tiene en ambas márgenes, con las

cuales mezclándose y confundiéndose el río forma undosos laberintos en espacio de ochenta leguas, que precisan a valerse del hilo del discurso, para acertar a salir de ellos. Débese aquí por fin advertir que este río Pilcomayo no es el Río de la Plata, como enormemente se engañó el doctor don Francisco Antonio Montalvo en el *Sol del Nuevo Mundo* lib. 1, cap. 2, escribiendo, que el río de la Plata se llama así, porque corre cerca de la ciudad de Chuquisaca; que por otro nombre se llama La Plata: son estos dos ríos muy distintos en todo, con diversos orígenes entre sí muy distantes, desde los cuales, después de haber corrido muchas leguas separados, desagua el Pilcomayo en el río Paraguay, que es uno de los dos mayores que forman el gran río de la Plata, siendo el Pilcomayo como un cabello del río Paraguay, que recibe en sí las aguas de aquél, sin inmutarse, ni recibir aumento en su grandeza. El río Pilcomayo nace pequeño arroyo donde arriba dijimos; el Paraguay hasta ahora se ignora dónde tiene su origen, y cuando recibe en sí al Pilcomayo, ha corrido más de quinientas leguas, tan poderoso, que en el lago de los Xarayes, que forma, cuenta diez leguas de latitud, y este paraje, en donde ya ha corrido más de ciento sesenta leguas registradas por los primeros conquistadores, dista del origen del Pilcomayo, como doscientas leguas. De todo se infiere, que el río Pilcomayo y el de la Plata o Paraguay, que es uno de los que le

forman, son muy diversos; uno rey coronado de los ríos, otro pequeño pechero suyo; uno como mar, y otro riachuelo, que se acoge a su sombra. De donde también queda convencido el error del cronista Gil González de Avila en el *Teatro Eclesiástico de las Indias*, tomo 2, que mal informado, como en otras muchas cosas de las Indias escribió : "quien creyera que siendo el origen del Río de la Plata tan pequeño, que corre cerca de la ciudad de la Plata como pequeña acequia había después de entrar en el mar con ochenta leguas de boca". Ni el Río de la Plata se apellida así, como escribe el dicho Montalvo, porque Pilcomayo pase junto a la ciudad de la Plata, pues en esa ciudad se llama siempre Pilcomayo, y conserva su nombre por centenares de leguas, hasta desaguar en el Paraguay, y éste con el suyo desemboca en el gran río Paraná, el cual desde Buenos Aires, se empieza a llamar Río de la Plata. Ni se le pudo dar este nombre por la cercanía de Pilcomayo a Chuquisaca, o ciudad de la Plata; pues esta ciudad la fundó el capitán Peranzúñez por mandato del gobernador don Francisco Pizarro el año de 1538 como escriben nuestro Claudio Clemente y el Inga Garcilaso; o el de 1539 como dice el cronista Herrera y el río Paraná se llamaba Río de la Plata desde el año de 1527 en que Sebastián Gaboto y Diego García rescataron algunas planchas y otras piezas grandes de plata, que los Guaranís traían del

Perú, y las despacharon al emperador Carlos V "desde donde (dice el mismo Herrera) se llamó este, Río de la Plata; porque fue la primera que se trajo a Castilla de las Indias". Lo mismo se confirma con lo que sucedió, cuando el año de 1534, vino despachado por su majestad a este descubrimiento el adelantado don Pedro de Mendoza gentilhomme de la casa real; pues fué tan sonora la voz del Río de la Plata, que conmovió y arrastró a mucha nobleza española, a pasar a esta conquista en tanto número, que fué preciso se abreviase la partida de la armada, por abreviar gastos. De todo lo cual consta manifiestamente, que el Río de la Plata no se llama así, por pasar junto a la ciudad de la Plata, que entonces no estaba aún poblada; ni aunque lo estuviera le hubiera podido dar su nombre; pues se ignoraba entonces del todo que río alguno de los que desembocan al río Paraná, pasase por aquella ciudad. Ha sido precisa esta digresión, por desvanecer la confusión que pudiera causar con su autoridad aquellos dos mal informados autores, especialmente el doctor Montalvo, que cayendo en tan enorme yerro por falta de noticias, escribe en el mismo lugar, con la confianza que pudiera, en haber medido a palmos estos dos ríos que identifica, motejando de que fingen erradas confusiones de la claridad de los cristales, los que escriben, tienen un mismo origen los dos mayores ríos del mundo: de la Plata y Marañón.

III. De otros ríos menores que entran al Chaco y del Paraná y Paraguay que bañan sus costas

Volviendo ya a nuestra narración, decimos que fuera de los tres ríos referidos, hay otros de menor nombre, que contribuyen a fecundar las campiñas del Chaco, como es por la parte del norte el río Yabebirí, que nace en unos manantiales, los cuales tienen su origen de unos cerros altos, donde hay dos lagunas cuatro leguas distante la una de la otra, y como cuarenta de donde fundó Andrés Manso la ciudad de la Nueva Rioja; después corre hacia el oriente, con declinación al sur, más de cien leguas, y entra en el río del Paraguay seis leguas más arriba de la Asunción, dando gustosa bebida a muchos pueblos y naciones que pueblan sus márgenes. Por otro nombre llaman a éste los Españoles, río Verde; porque sus aguas son tan verdes, como las hojas del árbol más florido y en medio de eso de excelente gusto y calidad. En la isla de ochenta leguas, que como arriba dijimos, forman los dos brazos del río Pilcomayo se forman dos ríos pequeños, llamado el uno San Sebastián, y el otro Arroyo Hondo; el primero nace de una laguna muy grande, y el segundo de un estero: pero ambos, después de algún espacio se unen en un cuerpo, y

entran así en el Paraguay. Por la parte de los Chiriguanás, entra al Chaco entre los dos ríos Bermejo y Pilcomayo a veinticuatro leguas de distancia de aquél y diez de éste el río Guayru bien caudaloso, pero de agua salada. Por los confines de la parte del poniente inclinado al norte, tiene el Chaco los ríos de Normenta, de Teculera y de Caulani, que juntos con el de Nacas caminan por entre cordilleras hacia el oriente, y van a parar en el río Grande o Bermejo con mucho caudal, como también los ríos Lacoay y el de San Martín, que juntos llevan buen golpe de agua, y una legua más abajo de su junta entran en el río Zenta, y se incorporan con el Lupo, y todos con el río Grande. También el de los Ocloyas es río caudaloso, que recibiendo en sí el pequeño de Sora, desagua en el de Siancas, y desde ahí empieza a ser navegable, por más de cuarenta leguas, hasta descargar en el Bermejo. Del río de los Ocloyas distará doce leguas el de Zenta, bien nombrado, y adelante hacia Tarija el de Cuyambuyo de suficiente grandeza, donde vivieron antiguamente Chiriguanás, que del nombre de este río se apellidan Cuyambuyos, sino es que sea parcialidad distinta, como después diremos. Por la parte de Esteco, entrando al Chaco, se encuentra a leguas el río del Valle, que se va a consumir en unos palmares, como también el río Dorado, el cual naciendo de la sierra que llaman de la Alumbre, camina diez leguas distante al oriente del

río del Valle, y tiene el mismo fin, rematando ambos en un palmar situado antes de un bosque, en que está la laguna del Caimán, llamada así por los que se vieron antiguamente en ella, la cual es el sitio donde viven de ordinario los indios Aquilotes, y distará poco más o menos una jornada del río Grande. Hacia la parte de oriente entre el río Bermejo y la ciudad de Santa Fe, hay varios ríos, pero el día de hoy, sólo tres tienen nombre, que son: río Blanco, río Rubio y río del Rey, que todos desembocan en el gran río Paraná, como también otro, que nace de la laguna de Malabrigo.

De tamaña copia de aguas proviene, que al tiempo de derretirse las nieves que cubren las cordilleras, de donde nacen los más de estos ríos, creciendo ellos sobremanera, como la tierra del Chaco es tan llana, la inundan por la mayor parte, de que en cesando las crecientes, quedan formadas lagunas muy abundantes de pescados, que sólo se hallan en los ríos mayores, con estar en parajes muy distantes de sus cauces. Dura esta inundación en partes seis meses del año ; bien que en los parajes más próximos a las serranías no se experimenta tanto este peligro. Ayudan a estas inundaciones las de los dos grandes ríos Paraguay y Paraná que bañan las costas orientales del Chaco, y por el mismo tiempo, inundan las campiñas de tal manera, que a los

más cercanos a ellas les es preciso embarcarse o subirse en los árboles más altos, para librar las vidas. Diré aquí en breve alguna cosa de estos dos ríos.

Paraguay quiere decir río coronado, en la lengua de los Guaranís, que es la nación principal de la provincia de este nombre, derivado de la dicción y, que significa río, *yparagua*, que es corona de plumas, por las muchas que usaban los indios que pueblan sus márgenes. Su nacimiento, como apuntamos en el capítulo II es totalmente incógnito; porque aunque algunos ponen sus fuentes en el lago de los Xarayes, que tiene diez leguas de ancho y cien de largo, en distancia de trescientas de la ciudad de la Asunción capital de la provincia del Paraguay, con todo eso, según consta de *La Argentina*, los Españoles navegaron sesenta leguas más adelante de los Xarayes, por el mismo río Paraguay; y escribe el mismo Autor, que aunque el resto no lo anduvieron los primeros conquistadores, se entendía iba a dar a la célebre laguna de Dorado, de que tanta memoria hay en las historias de las Indias. La cual presunción coadyuva otra reciente noticia, que dio un Español llamado Juan García natural de la Asunción. Este estuvo muchos años cautivo, entre los infieles Payaguás, que trajinan de continuo todo este río; y saliendo de su cautiverio en los primeros años de este siglo, refería muchas veces en la Asunción,

como había navegado en compañía de los Payaguás por el río arriba, y habiendo pasado por el gran lago de los Xarayes, llegaron a una gran serranía, por debajo de la cual corría el río Paraguay y que valiéndose de luces por la obscuridad de aquellas tenebrosas y dilatadas bóvedas, como por defenderse contra unos disformes murciélagos, a que llaman los indios Andirás, y ocultos en aquel paraje acometen a los hombres, atravesaron en tres días aquel admirable puente, y salieron a la otra banda; allí navegando río arriba, llegaron a un lago inmenso, cuyo fin no pudieron registrar, y desde donde se volvieron atravesando otra vez por debajo de la serranía. Esto refirió aquel cautivo que, si es verdad, es cosa maravillosa, y prueba va el río Paraguay hasta la laguna del Dorado, pues todos ponen su situación hacia aquellos parajes. Lo que se puede asegurar sin duda, es que las riberas de este río están pobladas de muchas y diversas naciones de lenguas muy diferentes, como lo han reconocido muchas veces los Jesuitas de esta provincia, así en tiempo que tenían algunas reducciones en los Itatines, que después se mudaron a otros sitios más cercanos, como cuando han ido en tres ocasiones a descubrir por este río camino desde la Asunción, a las nuevas misiones de los Chiquitos. En este río poco más adelante de la boca del río Tepoti, que entra de la banda del oriente, se descubre cuando está bajo una hilera de escollos,

por entre los cuales pasa una furiosa corriente, que en tiempo de creciente los cubre; encima de uno de aquellos peñascos, se descubren impresas en su dureza, ciertas huellas de hombre, las cuales en sentir común de aquellos naturales, son del apóstol Santo Tomás, que las dejó estampadas, cuando anduvo por estas provincias. En sus márgenes, hacia la provincia de Jerez, se han descubierto minas o lavaderos de oro, que contra todo derecho tienen usurpados a los Castellanos, y las labran los Portugueses del Brasil. Es muy abundante de pesca y volatería y más arriba de la Asunción, en sus riberas, se cogen abundantísimas cosechas de arroz, mantenimiento de todos sus infieles moradores, fuera de la que se da muchísimo algodón sin ningún cultivo. Los indios payaguás nación la más alevosa que se conoce en todas las Indias, tienen infestado este río, donde viven de ordinario, como el resto del mundo en tierra firme y son más acuátiles que terrestres. Antiguamente no pasaban de la ciudad de la Asunción; pero por el descuido de cierto gobernador del Paraguay, están hechos señores no sólo de todo el río Paraguay, sino aun del Paraná, y en ambos han causado grandes estragos, habiendo entre otros quitado violentamente la vida en seis años a seis sujetos de nuestra Compañía, en tres ocasiones. Desde la capital del Paraguay, empieza este río, que siempre es navegable a bañar las costas del

Chaco, por espacio de cuarenta o cincuenta leguas hasta desembocar enfrente de la ciudad de San Juan de Veras, que llamamos comúnmente las Corrientes, en el gran río Paraná. En el concurso de estos dos ríos, se advierte una maravilla de la naturaleza, como yo mismo la he visto; y es, que aunque formando allí un golfo, corren ambos por una misma madre, no obstante conservan por algunas millas su nativo color formando una lista, que diferencia unas de otras aguas, como que desdeñe el gran Paraná empañar sus cristales con el turbio raudal del río Paraguay o que éste se arreste a mantener la gloria de su real nombre, cuando se ve más próximo a perder con él la corona.

El último, que defiende las costas del Chaco, por espacio de cien leguas, desde donde se junta el Paraguay hasta la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz es el gran río Paraná, que en el idioma guaraní quiere decir pariente del mar. El nombre de Paraná conservaba antiguamente, hasta desembocar en el mar del norte, en altura de treinta y cuatro grados entre el cabo de Santa María y el cabo Blanco, donde tiene sesenta leguas de boca, y según otros cuarenta, rico con el inmenso caudal de sus aguas y pesca. Después de la conquista de los Españoles se llamó río de Solís por haber sido su primer descubridor Juan de Solís, célebre piloto español, a quien mataron los

indios en sus riberas. Duró este nombre, hasta que Sebastián Gaboto halló tenían plata algunos Guaranís que comerciaban hacia el Perú, como dijimos en el capítulo II porque desde entonces le llamó y se ha quedado con el nombre de río de la Plata, que en estas provincias se le da desde Buenos Aires; porque desde allí para arriba, sólo le nombran Paraná. Su origen hasta ahora es desconocido totalmente. Los primeros conquistadores, habiendo caminado por él más de quinientas leguas desde el mar en la primera conquista, nunca pudieron llegar al paraje de donde nace. El Padre Simón de Vasconcelos (a quien siguen otros) escribe que los indios brasileños de la tierra adentro, atestiguan, que este gran río y el de las Amazonas se ven dar las manos en una laguna famosa o lago profundo de las aguas que se juntan de las vertientes de las grandes cordilleras del Perú, la cual está en las cabezadas del río de San Francisco, que desemboca en el mar en diez grados de altura y que de este gran lago se forman los brazos de estos famosos ríos; el derecho es el de las Amazonas, que corre al norte, y el izquierdo el Paraná, al sur. Casi lo mismo siente el Autor de *La Argentina*, que escribe por relación, tiene su nacimiento en el altura de la bahía de Todos-Santos y paraje correspondiente, que es de doce a trece grados. Verdad es, que con más larga vuelta se avistan más a lo interior de la tierra estos dos

grandes ríos, no encontrándose aguas con aguas; sino corriendo tan cerca uno de otro, que vienen a distar dos pequeñas leguas; por lo cual, con facilidad los naturales, que navegan río arriba, alguno de ellos cargando en hombros sus ligeras embarcaciones, por aquella distancia interpuesta, tornan a navegar aguas abajo del otro, y ésta es la vuelta, con que abarcan estos dos grandes ríos dos mil leguas de circunferencia. Nuestro Paraná va recibiendo tributo de muchos ríos, algunos navegables, llevando por partes una legua, por otras dos, como es poco antes de formar un admirable salto, que es uno de los mayores portentos de la naturaleza; porque encanaladas todas estas aguas de dos leguas, que tiene antes el río, se estrecha a tan corto espacio, que le pasa un tiro de flecha. Allí se empieza a despenar desde una alta roca, que tiene como doce picas de caída, y es tanta la furia del agua, que se quiebra por aquella multitud de peñascos, que no se puede mirar sin asombro y espanto. Por eso el arcediano del Río de la Plata, don Martín del Barco Centenera, canto 2, en su *Argentina*, impresa año de 1601, en octavas, al llegar a tratar de este prodigio cantó así:

El salto ya me está gran priesa dando,
Diciendo este lugar ser propio suyo,
Y yo sólo en lo estar imaginando,
De miedo y de pensarlo de mí huyo;

Decir a queste cuento procurando
La mano está temblando, y lo rehuyo
Por ser la cosa horrible y espantosa,
Y en todo el Paraná maravillosa.

Por aquí el Paraná dos leguas tiene,
Y peñascos y sierras hasta el Cielo;
Y al pie de una gran legua de aquí
viene,

Con ímpetu furioso y crudo vuelo:
Cualquiera que navega le conviene
Con tiempo tomar tierra; que en el
suelo

De mil picas en alto dará cierto,
Por tanto muy de atrás se toma puerto.

De legua más atrás encanalado
El Paraná descende poderoso;
Un peñasco terrible está tajado
De a do se arroja, y cae muy furioso;
El estruendo que hace es muy sobrado,
Y el humo al aire tiene tenebroso;
Una noche dormí en una savana
Dos leguas de él, mas fué la Toledana.

Yo propio lo he oído a naturales,
Tratando de este salto y su grandeza,
Que temen con temores desiguales
De oír aquel sonido, y su braveza
Las aves huyen de él, los animales
En oyendo su estruendo sin pereza

Caminan no parando apresuradas,
Y con el temor las colas enroscadas.

El ruido espantoso que hace, la espuma que levanta, las olas que encrespa, los borbollones con que desfoga su furioso ímpetu, las bocas que abren sus remolinos, y el encuentro con que unas aguas combaten con otras, no es imaginable, aunque se puede conjeturar considerando la altísima caída de tan grande golpe de agua toda junta en tamaña profundidad. El suelo donde hiere la caída, son durísimos peñascos, y aún algunos antes de registrarle, fabulaban que el agua caía pendiente de manera que los hombres podían pasar por debajo, y aun navegar gozando de la sombra del agua, pero después que los nuestros le anduvieron, reconocieron era falso, pues el agua se viene despeñando por aquellas rocas. Abre en el suelo en partes profundas pozas, por donde penetrando el agua, parece se hace invisible, saliendo después con la misma furia que entra, de tal modo que toda el agua no parece tal sino una espuma de plata bruñida, que herida de los rayos del sol deslumbra los ojos más perspicaces. Oyese el estruendo por más de cuatro leguas de una j otra banda, después de las cuales aún se navega con riesgo manifiesto, mejor diré, que no se permiten surcar sus ondas, porque aunque al parecer va el agua muy sosegada, muchas veces al día, y aun a cada hora, se

levanta repentinamente un ruido extraordinario, causado por algún oculto remolino, con que el agua bulle y salta algunas varas en alto, de que depone como testigo de vista el Padre Nicolás Mastrilli Duran tercer provincial de esta provincia. No obstante estos remolinos, hacia la parte del salto se hallan pescados muy grandes, que son menester dos hombres para cargar uno, como fué aquel, que vio el venerable Padre Antonio Ruiz, tan grande, como un buey nadando medio cuerpo fuera del agua. Y otro era mayor, pues se tragó un indio, y después le lanzó entero en la playa, bien que muerto, como lo vieron con asombro los Padres de nuestras reducciones del Guayrá. Tienen las aguas de este río virtud oculta a la manera que el Sílaro de convertir el palo en piedra, de que hay cotidiana experiencia, y se ve muchas veces una parte del tronco que baña el agua, hecho piedra, quedando la otra leño. El gobernador Hernandarias de Saavedra tenía en su zaguán un árbol bien grande convertido en piedra, que sacaron de este río. También se forman naturalmente de la arena de este río, unos vasos brutescos de varias figuras, que tienen propiedad de enfriar el agua. Asimismo son estimados los cocos de tierra y las piedras que se crían dentro de ellos a las riberas del Paraná, los cuales llegando a cierto tiempo y disposición, revientan dando un grande estampido, y entonces se descubren las puntas de amatistas, de que se

compone su interior. Las aguas del Paraná son suaves y delicadas, y tienen fuera de lo dicho, particular eficacia para aclarar y purificar la voz, y desembarazar la garganta y pecho de las destilaciones y humores que suelen enronquecería. En las márgenes de este gran río tiene fundadas esta provincia nueve de sus misiones, y antiguamente, todo el río estuvo pobladísimo de infinita gente, aunque hoy está disminuida por las continuadas malocas o correrías de los Mamelucos del Brasil, los cuales consta, que hasta el año de 1639 habían cautivado más de trescientos mil indios por esta parte. Las costas, que este gran río baña en el Chaco, habitan los infieles Abipones, algunos Mocovíes, que se huyeron de las fronteras de Salta, y los Callagaes, a quienes antiguamente llamaban Matarás. Esto baste del Paraná: quien desee saber más particularidades de él, podrá ver los Autores, que se citan al margen. (*no incluido en esta digitalización*)

Capítulo 4

IV. Calidad de la tierra del Chaco. Arboles y plantas que produce

Toda la tierra se divide y reparte en varios y diversos países, que con su notable variedad, recrean admirablemente la vista representando a los ojos el más apacible recreo que es imaginable,

como sucede a los que la contemplan desde las altísimas serranías del valle de Zenta, desde donde se alcanza a ver gran parte del Chaco, y por su llanura se alcanzara a ver todo, si se extendiera a tanto la potencia visiva; allí se goza de la más alegre recreación y hermosa, vista que puede decirse, como deponen los que desde aquellas eminencias han observado el país: porque en partes está todo poblado de espesísimos bosques y dilatadas selvas; en partes se abre en campiñas y prados muy fértiles y amenos; en otras, ni con tanta espesura como bosques, ni con la franqueza de campiñas, se ven arboledas muy frondosas, y en las riberas de los ríos, vegas muy apacibles, y el todo del terruño, con la abundancia de aguas que por tantos meses goza, se registra de ordinario verde y lozano. En los bosques hay buenas lagunas abundantes de pesca, en otras partes manantiales muy frescos, bien que en algunas falta totalmente el agua; mas dispuso la providencia del Autor de la naturaleza, que en esos se halle mucha recogida en los huecos de los árboles, para alivio de los caminantes. La situación de todo el país, está en altura de veintiuno hasta treinta y un grados de latitud; de donde se sigue estar parte dentro del Trópico de Capricornio. El temple por la mayor parte es cálido y seco; pero al tiempo de los mayores calores soplan de repente los vientos

sure, que refrescan la estación, y aun llega a hacer frío como si fuera invierno.

En todo el país hay multitud increíble de varias maderas; de los sauces, alisos, el soto, álamo blanco, tipas, sangre de dragón y otros, por venir a los más provechosos o especiales árboles, que se crían enfrente de las serranías que miran al oriente. Los cedros solos, que en las avenidas lleva el río de Zenta, fueran en otra parte gran riqueza. Hay quebrahachos así llamados, porque su solidez y dureza hacen pedazos las hachas al cortarlos o labrarlos, y son de dos especies : unos colorados, y otros blancos. Danse muchos árboles de la quinaquina; son muy crecidos, la madera fortísima, colorada, y de muy suave olor, como su resina; el fruto unas semillas duras, mayores que habas, y medicinales. Hay altas y frondosas palmas, que forman palmares de seis, ocho y diez leguas. Sus cogollos se comen cocidos, y son sabrosísimos. A las riberas del río Pilcomayo, tienen altura desmedida, que parece suben a las nubes. El vinal es un árbol poblado de ciertas púas muy fuertes de un gema de largo, cuyas hojas mascadas curan el mal de ojos, aplicadas a ellos. Su fruta son unas vainillas como la algarroba, más largas, pero igualmente dulces. Palo borracho llaman a otro árbol de que los bárbaros labran artesas y bateas. Críase lejos del agua, y cuanto más distante de ella es su tronco más grueso, por

donde le conviene con mucha propiedad el nombre. Es de bastante altura, aunque el licenciado Vega dice: «se hallan también de desmedida grandeza». Su tronco tiene forma de tinaja; estrecho hacia la raíz, en el medio muy ancho, y en la parte superior se vuelve a estrechar. Por de fuera está rodeado de espinas bien agudas; pero en lo interior es madera fofa, fácil de labrarla. Su fruto es una vaina mayor que una almendra, que cuando madura revienta de suyo y brotan con su semilla capullos muy blancos de algodón y aun más suave. Hay muchos árboles de guayacán de dos especies, una que llaman absolutamente guayacán, y otra palo santo. De las virtudes del guayacán escriben maravillas los médicos, especialmente Aschencio, insigne catedrático de medicina en la Universidad de Montpellier; pero todas concurren con más eficacia y seguridad en el que acá llamamos palo santo, como depone el H. Pedro de Montenegro eminente cirujano y herbolario en esta nuestra provincia del Paraguay, y que tuvo increíble acierto en la medicina enseñado de su grande aplicación y mucha experiencia. En un tratado pues que escribió de las plantas y árboles de estas provincias dice que con el cocimiento de palo santo, tomado largo tiempo por ordinaria bebida sanó a muchísimos, que arrojaban materia por saliva, habiendo empezado a experimentarlo en sí mismo, que de este achaque estaba ya

desahuciado por incurable; y mucho mejor dice lo hace la resina de dicho palo, que es sobremanera aromática. Cura también su cocimiento las heridas cavernosas exteriores, la tina seca, las postillas de la cabeza, lavándose con él a menudo, bien que se han de untar antes y después con aceite común de olivas. La goma o resina así del guayacán, como del palo santo, es único remedio para las disenterías, hecha polvos, y tomados en agua caliente. Estas y otras grandes virtudes escribe dicho hermano por propia experiencia. El palo santo no se distingue de otro árbol (de que hay muchos en el Chaco) llamado lapacho o taxivo en hojas y corteza; sólo en las flores son diversos; porque las del lapacho son encarnadas, y dan su fruto en unos como racimos del tamaño de uvas, en la punta de las ramas; las del palo santo son anaranjadas, que tiran a amarillo, y nacen en medio de las ramas, y algunas al fin, pero muy raras, una a una, y cuando más dos o tres juntas. Crecen, lapacho y palo santo en igual altura y grosor, pero se diferencian, fuera de lo dicho, en que el primero florece por julio y agosto, y el segundo por octubre y noviembre. Los troncos de ambos, son maderas fortísimas para fabricar y estar en agua y tierra. El palo santo tiene el corazón morado o plúmbeo. No se sabe que los infieles conozcan sus virtudes admirables.

Hay infinitos algarrobos, así los que dan algarroba llamada zorrana, que no comen los Españoles sino los animales, como los que dan la comestible, de dos especies, una seca muy jugosa, otra blanca más seca. Ambos a su tiempo las muelen y de su harina hacen panes, que en la provincia del Tucumán llaman patay. Los bárbaros del Chaco fuera de eso, una y otra muelen, que guardan en bollos y después desleída en agua, la comen con grande gusto. Llámase ésta, o sea comida o sea bebida, añapa, y son sus delicias. Hacen también vino de la algarroba, que llaman chicha, y es tan fuerte, que embriaga con facilidad. A otro árbol dan los Españoles el nombre de pájaro bobo, no sé por qué causa. Es tan grueso en partes como el brazo o pantorilla, pero tan liviano como el maguey, que sirve para cubrir las casas. Dase en abundancia el molle, árbol que se divide en dos especies: uno, que llaman de Castilla, que es el lentisco de la tierra. Es grande, copado y de hermosa vista, conservando en todo tiempo verdes sus hojas. Da su fruto en racimos largos, angostos y la fruta, que es redonda, tiene el hueso duro ; éste se cubre poco más de la superficie de una carne dulce y sabrosa que lo interior es bien amargo. Hacen de ella un brebaje para beber: refriegan la fruta blandamente en agua caliente hasta que le han sacado toda la superficial dulzura, sin que destile cosa de lo amargo, porque inficiona todo lo demás; cuelan aquella agua y la

guardan tres o cuatro días hasta que tenga sazón; entonces les es bebida muy gustosa que los embriaga fácilmente, porque es de suyo cálida y seca. El mistol, árbol grande, es muy semejante al azofaifo. Su fruta es en el sabor y hechura muy parecido a la azofaifa de España, aunque algo menor. El corazón del tronco es muy encendido y durísimo; de él hacen dardos y macanas los caciques solamente, como del corazón del guayacán, que por el contrario es negro como el azabache. La fruta del mistol guardan para provisión anual. El ceibo es árbol muy parecido al chopo en la figura y grandeza, aunque en la realidad se distingue porque la corteza del ceibo es más delgada y más húmeda. Sus flores son encarnadas que tiran a morado, muy vistosas. La corteza de este árbol, limpia de su aspereza, machacada y aplicada a las heridas que hacen las venenosas uñas del tigre, es único remedio para que no se inflamen y envenenen. Y aun esta misma fiera usa muchas veces de este remedio para refrigerar el ardor de sus uñas venenosas; porque subiéndose en el ceibo, araña su corteza profundamente hasta el mismo palo, con la cual diligencia, queda muy ligero para la caza y la pesca, siendo así que al sentir el ardor de su veneno en las uñas está pesado y tardo. Créase de ordinario este árbol en los parajes más húmedos y pantanosos. Los cedros llegan a estupenda grandeza; antiguamente había (no sé si dura hoy)

junto a la ciudad de Guadalcazar, un bosque de casi tres leguas, que los criaba altísimos y tan gruesos que no los podían abrazar tres hombres. En el mismo paraje y en otras partes, hay nogales silvestres que dan unas nueces muy duras ; y otros, que llaman de Castilla, cuyas nueces son mucho mayores que las de Europa, y no tan dura o gruesa su cascara. El cebil es árbol muy grande, fortísimo especialmente en las quebradas, que tira siempre a buscar el sol. Su corteza es admirable para curtir. Otro árbol llaman ciruelo, no porque lo sea en la realidad, sino porque es muy parecido su fruto a las ciruelas amarillas, que en Castilla llaman tempranas, tan dulces y llenas de miel, que comiendo cuatro o seis, empalagan. Hay finalmente otros muchos árboles, que hasta ahora no tienen nombre conocido entre los Españoles, muchos de ellos tan altos, que como escribe el licenciado Vega, cortados por medio se pueden sacar dos árboles de navío. Y fuera de eso, el terruño es admirable para todos los árboles de Castilla, como se experimentó el tiempo que duró la ciudad de Santiago de Guadalcazar, que trasplantados a aquellas cercanías prendieron con felicidad y fructificaron con abundancia.

Como la falta de médicos y medicinas es en esta parte de América tan considerable, les proveyó Dios de una botica natural en muchas plantas, cuyo uso tiene admirables efectos. Diré solamente

de algunas y de otras que sirven para otros menesteres. Merece el primer lugar por su especial virtud la planta llamada contrayerba, por la potentísima virtud que tiene contra las mordeduras de las fieras, que arrojan de sí ponzoña fría, como lo son la víbora, culebra, áspid, escuerzo, sapos y semejantes, de que no falta copia en estas provincias. La misma eficacia posee contra cualquier otro veneno frío dado en comida o bebida, y en destruir los accidentes que de él resultan. Hay de esta planta macho y hembra en su especie, porque siendo semejantes en la hoja, no lo son en la raíz y fruto; porque la hembra es más abundante en raíces, y echa su flor y semilla en uno como plato. Las dos son de igual vigor; cogidas en menguante de luna por enero, marzo o abril conservan su virtud por más de veinte años. Otra yerba hay en las costas del Chaco, que bañan los ríos Paraná y Paraguay, llamada de los Españoles, yerba de la víbora, porque comidas sus hojas verdes, luego que pica y mascadas otras, y aplicadas a la mordedura, queda sin lesión y sin accidentes el herido. Si ha tiempo que mordió, se toman sus polvos en vino. Hállanse dos especies, blanca y negra, aquélla más crecida y abundante de vástagos de sola una raíz; en todo lo demás muy semejante; aunque la negra es más eficaz. Los indios Guaranís llaman a esta yerba Macaguacaá, que quiere decir, yerba del pájaro macagua, porque este pájaro, haciendo

arnés o escudo de su ala, pelea con la víbora basta matarla dándole heridas con el pico, por entre las plumas, y sintiéndose herido de su enemigo, acude luego a comer de esta yerba, la cual le sirve de antídoto contra la mortal ponzoña de su contrario, contra quien repite la pelea si acaso no ha quedado muerta en el primer combate, y al momento que muere se la traga toda entera sin reservar cosa alguna; con cuya diligencia acaba de curar lo interno de sus entrañas de la mortal cualidad fría de su veneno. Tiénese por cierto es esta yerba el verdadero *trissago*, que celebra Dioscórides. Hacia la parte del Chaco que mira a Tarija, se halla también otra yerba de víbora, que tiene la misma virtud, aunque es de especie distinta. Tiene una sola raíz, y sólo crece una tercia en alto; su flor es purpúrea blanquecina; nace en puestos frescos entre piedras, cerca del agua. Su virtud halló el primero cierto Español de Tarija, que por su interés no la quiso en mucho tiempo manifestar; mas hiriéndole a él un día la víbora, echó mano a esta yerba para curarse, y advirtiéndolo un indio más cristiano y caritativo, se divulgó su virtud. Otra planta es la que llaman colmillo de víbora o solimán de la tierra, adornada de la misma virtud; que puso Dios tantos antídotos en estos países, por ser muy frecuentes estas venenosas sabandijas. Y este colmillo fuera de lo dicho, bebida su agua dos o tres veces, es remedio

eficacísimo, para los que han caído de muy alto, o se les han quebrado los huesos por haber caído debajo de algún gran peso, ayudando por la parte exterior con emplastos confortativos. Dase mucho orozuz o regaliz; que aunque en todas las señales extrínsecas difiere mucho del de Europa, es muy semejante en el gusto, en el olor, y en las virtudes. Hállase en las partes de las serranías del Chaco en parajes calientes y húmedos la canchalagua muy semejante a la celebrada de Chile. Hay de esta yerba dos especies, blanca y negra; la blanca más alta y con más raíces, porque la negra echa una sola, y crece como una cuarta. Es antídoto contra mordeduras de serpientes. En la provincia del Tucumán la llaman yerba del hurón; porque peleando éste con la víbora, cuando persigue sus hijuelos para matarlos y chupar su sangre, si es mordido acude con presteza a comer de esta yerba, y después se revuelca en ella, y tornando a la pelea es cierta la victoria, porque el olor de esta planta, atolondra a la víbora; con que el hurón la mata, a su salvo. En tierra de los Abipones se da el tabaco, y juzgo sería lo mismo en todo el Chaco, si lo sembraran como estos infieles. De más están las alabanzas que le dieron los Autores, llamándola unos yerba sagrada, otros yerba santa, cuando casi todo el mundo es su panegirista enseñado de la experiencia, no obstante, que haya habido tal cual hombre de gusto estragado, que se empeñó en perseguir su uso. Hállanse de

él dos especies uno blanco y otro negro, pero ambas semejantes en la calidad. Los Abipones le llaman en su idioma peten, vocablo muy semejante al que le dan los Guaranís, que le nombran petí. La carqueja se da mucha por las partes del Chaco que miran a las serranías, con admirable eficacia para curar llagas y cerrar heridas. Hay de ellas varias especies. Otra planta natural llaman tase: es como enredadera, que sube y trepa por los árboles; su flor blanca, muy olorosa, y su fruta de la figura de la almendra, pero muy grande. Hay dos especies; cómenla los bárbaros, y aun los Españoles asada o cocida, y les es muy sabrosa. Danse alcaparras sin ningún cultivo en matas muy crecidas, y su flor es en todo semejante a la de Europa. Los alcaparrones se diferencian, en que son más largos, y los comen los infieles después de cocerlos al fuego un día entero, para sacarles su intolerable amargura, con el cual beneficio, quedan con sabor muy gustoso. El chañar es un árbol, no muy espinoso, que da una fruta redonda, la cual comen fresca, y también la guardan seca para provisión de todo el año. Chagüar es una planta, de que sacan hilo como el de cáñamo de Europa. Cría las pencas largas en lugares húmedos, aunque su corazón no es tan fuerte como el de las que nacen en lugares secos, donde son más cortas. De estas dos especies, el hilo sacado de las pencas cortas es tan fuerte como el de cáñamo. Uno y otro tiene las raíces

muy delgadas, pero son muchas. El beneficio de este hilo no es costoso: echan las pencas en agua hasta que se pudren; después de podridas las raspan o sacuden, y quedan las hebras de chagüar, que lavándolas se blanquean. Las mismas pencas mondadas verdes, quedan con el sabor de alcachofas; metiéndolas en paja, pegan a ésta fuego, y las asan, para comer.

El maíz, que llaman en partes de España, trigo de Indias, se da por todo el Chaco en grandísima abundancia, y en las más dos cosechas ; bien que lo común de sus naciones siembran muy poco por su flojedad innata. Siémbrale en julio, agosto y septiembre y en tres meses y medio madura, de suerte que en diciembre se puede ya en partes hacer la cosecha; con que por febrero puedan volver a sembrar. Y aun experimentaron los Españoles de las ciudades de Guadalcazar y de la Concepción del río Bermejo, que sembrando desde San Juan en adelante, en siete meses cogían otras tantas cosechas. En sus tierras no aran ni riegan la tierra los Mataguayes, porque son bañados; sino que solamente queman el pasto quebrantándolo veinte días antes, para que se seque, y pueda arder, porque sin esta prevención, se mantiene siempre verde; después con un palito, como dos dedos de grueso, hacen unos agujeros en el suelo, y echando en cada uno dos o tres granos de maíz y cubriéndolos de tierra con el pie,

crece la caña más de una pica en alto, y rinde con abundancia, sin ser necesario limpiar o desherbar los maizales, como es necesario en las otras sementeras de estas provincias de Paraguay y Tucumán; porque de no hacerlo así, da poco fruto, o se pierde del todo; pero allí sin ese trabajo, y volviéndose la sementera un bosque, rinde abundantísimamente. Dase también la fruta llamada pacaé o pacay, que se cría en unas vainas verdes de cuarta de largo, y dos dedos de ancho; abiertas las vainas se descubren unas motas o capullos blancos, como de algodón, tan parecidas, que engañan a los Españoles. Son muy dulces, y pasadas al sol, se guardan largo tiempo. Hay muchas zarzamoras, tan grandes y sabrosas, como las moras de morales. Otra fruta llaman uvas los españoles, porque se les parece en el tamaño y sabor, pero verdaderamente más son murtas de arrayán, creciendo mucho la mata por la fertilidad y vicio de la tierra. Debajo de tierra se crían unas raíces, que parecen sandías o botijas de media arroba, tan gruesas, y que siempre se mantienen frigidísimas, por cuya causa son muy apetecibles, y se comen a tajadas o se bebe el zumo exprimiéndolas, y nunca dañan. De éstas hay gran abundancia en las aridísimas tierras donde vivían los Lules, y suplían con ellas la falta de agua. Otra raíz hay en el Chaco, del tamaño de granada, que brota fuera de la tierra una sola rama muy delgada, la cual, se encarama y abraza con los

árboles, como la yedra; tiene las hojas como de parra, y salteadas, por un lado de color leonado y por otro verde con un pelillo por ambas partes, como de damasco, con maravillosos visos. Es sabrosa dicha raíz cocida o asada, y de gran sustento. Otras raíces parecen o son batatas, y las comen también los naturales asadas o cocidas. Corone la relación de los árboles y plantas del Chaco la que merece, sin duda, la corona en el reino de las flores por sus misteriosos significados. Esta es la granadilla llamada también flor de la pasión, porque es un diseño natural de la de nuestro Salvador. Crece a manera de yedra, y en breve trepa a los más altos árboles cubriéndolos de un verdor gracioso y vario entretejido de hojas, flores y frutos en numerosa cantidad. Sus hojas tiene cada una tres puntas, y tienen tres vastaguitos, y dan sombra muy apacible por ser extraordinariamente frescas. La flor es misterio único entre las flores. Su tamaño, es de una grande rosa, y en este breve campo formó la naturaleza un como teatro de los misterios de la Redención humana. Tiene en la raíz de la flor cinco hojas algo gruesas, verdes en lo exterior, y en lo interior rosadas. Síguense a éstas otras cinco de color de púrpura, puestas en forma de cruz. De éste como trono sanguíneo se levanta como un pabellón formado de ciertos hilos rojos, con mezcla de otros blancos, que parece ramal de azotes. De aquí sale una columna blanca, como

de mármol y torneada, que remata en una bola; en este remate, tienen principio cinco llagas, distintas todas, y colgadas cada una de su hilo, tan perfectas, que no parece posible las pintase más al vivo el pincel más primo. Están cubiertas todas cinco de un polvo sutil, que si se aplican las manos, estampan en ellas las llagas de color de los árboles, que sirven de colmenas, para fabricar las abejas con aquel maravilloso artificio jamás bien ponderado de los hombres. Los naturales del Chaco sacan miel con tanta abundancia, que con verdad se puede asegurar, corre como en la tierra de promisión. Alguna hay tan fragante en el olor, y tan gustosa en la dulzura, a más de ser cristalina, que sino fuera tan cálida sería mejor que el más purificado almíbar. La lechigüana es un género de colmena silvestre que rinde miel con la misma abundancia, y la labran las abejas en unos globos grandes pendientes de las ramas de los árboles. Al mismo paso es la cantidad de cera, que en lo interior del Chaco es de mejor calidad que la de Santiago del Estero, que cae en una de sus costas, y de que se proveen todas estas provincias de Tucumán y Río de la Plata. En la blancura no llega a la cera de Europa, por no saberla beneficiar; pero en la dureza le es muy semejante. Las abejas que fructifican tanta dulzura, tienen siete especies, que distinguiremos con los nombres que les dan en su lengua los indios Lules, una de las naciones principales del Chaco.

Abeja yamacuá, que suena en Español abeja mestiza, es del tamaño de una mosquita roja como las que se crían en el vino. Estas labran rica miel y preciosa cera de color amarillo. Abeja moromoro llamada yalamacuá, es semejante a las abejas de Europa, aunque menor. La miel y cera es la mejor entre todas las especies y tira a blanca. Abeja negra menuda dicha aneacuá; tiene la colmena debajo de tierra, su miel es agridulce; la cera de buena calidad, aunque algo negra. Abeja negra grande, que tiene por nombre cueshumueacuá, labra miel rica; pero sin cera, como las dos que se siguen, porque aunque forma sus panales como las de Europa, la materia es de palo o de paja podrida. Abeja lechigüana llamada coalecsacuá, es la que cuelga los panales en ramas de árboles; la miel es dulcísima, parecida en todo a la de España. Otra abeja de lechigüana, se dice amilacuá; su fruto es en todo parecido a la que acabamos de referir; pero se diferencia en que labra sus panales mucho mayores y pegados, o en la tierra a los pajonales, o en los árboles a sus troncos. La última especie es una abejita de color ceniciento, tan menuda, que apenas se divisa. Labra la colmena en troncos de árboles, y su miel es tan agria como zumo de limón; la cera es ni más ni menos que la liga, en color, virtud unitiva y las demás cualidades. Todas siete especies se crían sin el menor beneficio.

V. De los animales y serpientes que hay en la provincia del Chaco

Razón es, que pasemos a dar razón de los animales que habitan estas dilatadas provincias, cuya variedad, al paso que vista sirve de terror por su braveza, es gustosa en su descripción, y debe servir de motivo para alabar al Criador del universo, que sacó a luz criaturas tan diferentes, y a todas las sujetó al dominio y servicio de los hombres; o si por fiereza eran nocivas, las retiró a estas selvas y bosques. En estos hay grande copia de animales monteses, como ciervos, corzos, venados, jabalíes, cuyo número se puede colegir cuan grande es, pues andando de continuo a caza de ellos los naturales, del país, siempre hallan que cazar con abundancia. Hállanse leones que tienen el pelo rubio y crecido; pero son tan cobardes, que se rinden al ladrido de los perros, sino es que hallen coyuntura para treparse con gran ligereza a los árboles más altos. Lo que les negó de ferocidad la naturaleza, parece se trasladó toda a los tigres de esta región, que son sin comparación más bravos que los más feroces de África o de Hircania; y algunos llegan a la estatura de un becerro. Susténtanse de la caza, y acometen a los hombres con increíble velocidad. Cázanlos estos bárbaros o ya armádoles algún

lazo o ya acometiéndoles con unos garrotes, con que tiran a herirles los lomos, porque de aquella parte son tan delicados, que al sentirse heridos, pierden las fuerzas. Otros los cogen en trampas, que les arman en una grande hoya junto al lugar en que hicieron recientemente alguna presa estas fieras, y matándolos comen de sus carnes, con que imaginan se hacen valientes. Los Españoles o los enlazan a caballo y arrastran a toda carrera o los matan con lanzas y escopetas; pero es necesario que éstas sean muy puntuales, y el tirador muy certero; porque si yerran fuego, o no acertó el tiro, salta el tigre al lugar de donde sale el humo o saltó la centella del pedernal, y despedaza al tirador; peligro que previenen poniendo al lado de éste dos hombres armados de dos lanzas, para que al saltar le traspasen con ellas, y aun si no están muy sobre sí y tienen bastante pujanza en el brazo y mano, se las saca de ella, y hace la presa. Si está cebado en carne humana, persigue a los hombres, mas siempre tira a lo peor, de manera que si están juntos Español, indio y negro, primero acomete a éste, que a los otros; y si dos negros, al más viejo o de peor olor. Hace presa aun debajo del agua, y se ha visto entrar a un río siguiendo una capivara, que es animal anfibio, y zambullido en busca suya, salir dentro de seis Ave Marías, con la presa muerta. Hállanse muchos por toda esta provincia del Chaco, así en las serranías como en los llanos, de donde se verá con cuan

poco fundamento escribió el doctor don Francisco Antonio Montalvo en el *Sol del Nuevo Mundo o Yida de Santo Toribio*, lib. 3, cap. II, que estas fieras se ignoraban en todo este Nuevo Mundo, excepto en el elevado promontorio de los Andes, que cual horrible cárcel las encierra en sus cavernas. Se ha experimentado, que la orina del hombre dando en los ojos del tigre, le hace huir.

La danta o como otros quieren anta, a quien en Europa llaman la gran bestia, se halla de la misma manera en sierras y bosques llanos del Chaco. Es animal bien extraño, que siendo de una especie, es semejante a muchas o un monstruo natural compuesto de varias especies. Es del tamaño de un borrico; el pelo castaño y largo; la cabeza de jumento, las orejas de mula, los labios de becerro, y también las uñas, con esta diferencia, que abre por tres partes las de los pies, y por dos las de la mano. En el hocico tienen una trompa, que alargan cuando se enojan. La cola es muy pequeña; las piernas delgadas, los dientes muy agudos, pero no hacen daño a los hombres, porque son timidísimas, y en vez de encarar al verse perseguidas, huyen con ligereza. Tienen dos buches; uno en que reciben la comida; otro que se halla lleno de palitos y varillas podridas, donde a veces se encuentra la piedra bezoar, más estimada que la de los guanacos, por ser más eficaz antídoto contra el veneno, como enriquecida

de más poderosa virtud. La piel seca al sol, es de extraña dureza, pues no hay arma que la traspase; motivo por que es buscada para hacer de ella adargas y morriones con que defenderse de flechas y aun balas. Otros la curten y se hacen de ella los mejores coletos de anta. Su carne cocida es suave al gusto, como dicen los que la han probado, aunque por acá sólo la comen infieles; dicen que es parecida en el sabor a la de buey. La uña del pie izquierdo, otros dicen que de la mano, es pítima admirable para el corazón, lo que reconociendo este bruto que es asaltado frecuentemente del mal caduco, luego que se siente tocado de él, aplica dicha uña por instinto natural a la parte del corazón y se le mitiga, o desvanece el dolor. Llámánla comúnmente *La uña de la gran bestia*, por tener el anta también este nombre como dijimos. Del anta parece aprendieron los bárbaros el modo de sangrar, porque al sentirse repleta de sangre, se hiere la vena con una caña dura, y evacúa la precisa con semejante industria a la que se refiere del hipopótamo. El mismo modo de sangrar usan estos bárbaros. Cázanla a flechazos, o sino con trampas que le arman; porque quererlas enlazar como hacen al tigre, es peligroso, pues es tanta su pujanza, que arrastra del lazo al caballo y jinete que la enlaza. Otros dicen que como de noche se vienen a juntar en un sitio al modo que en el boeriz

se recogen los bueyes, sacando de repente luz se deslumbran y dan lugar para matarlas o herirlas.

Hay osos que llaman hormigueros por su ordinario mantenimiento, que son hormigas; su cabeza es larga, el hocico como de puerco dos veces más largo y más agudo, pero sin tener boca sino a la punta un pequeño agujero, por donde sacando la lengüecilla, que es también muy aguda la mete en los hormigueros, siéntanse en ella muchas hormigas y el oso con presteza recoge la lengua, la encierra, y con ellas se sustenta. Su cola es muy larga y ancha que parece un plumero grande; al caminar con gran pausa, la encoje pero al reclinarsse la despliega y ensancha para cubrirse con ella todo el cuerpo de pies a cabeza. La diligencia, que dijimos hacía en los hormigueros, ejecuta en las colmenas, porque también se alimenta de la miel, y halla siempre de los dos manjares copiosa abundancia, por la que hay en el Chaco; pues de la miel dije en el Capítulo IV cuanto abunda, y de hormigueros hay tantos, que se camina con gran tiento por no hundirse, y levantan tan alta la tierra las hormigas, que forman sus casas como hornos, donde hay infinitas, sólo provechosas para sustento del oso. Es animal de grandes fuerzas, pero no usa de ellas en daño del hombre, sino solamente para defenderse de los asaltos del tigre, su capital enemigo, a quien vence en la lucha porque al sentir cercana aquella

fiera bien conocida por el pestilencial anhélito que arroja por la boca, se tiende el oso en el suelo, y le espera boca arriba abiertos los brazos: abalánzase el tigre para hacer presa, pero recibéndole el oso, le abraza fuertemente quebrándole su furia, y le hace pedazos entre las garras.

El zaino es animal bravísimo con las mismas cerdas y colmillos que los jabalíes, aunque es menor y más feo. Tienen el ombligo en el espinazo, donde cría cierto humor. Algunos creen que respira por allí, aunque los más lo niegan. Los indios los matan a flechazos en sus cazas, porque tienen las carnes muy sabrosas ; pero es preciso luego que mueran cortarles el ombligo, porque si se los dejan corrompen en un día y llenan todo el cuerpo de mal olor; mas con aquella diligencia, y sacándoles los intestinos, puestas al humo sus carnes se conservan por muchos días. Andan a manadas, y uno de ellos hace oficio de caudillo, que suele ser el más flaco o el menor, a quien no desamparan, hasta que muere en la pelea. Esta suele ser más de ordinario contra los tigres enemigos comunes en toda la montería; véncelos su multitud bien a su costa, pues quedan antes muchos zainos postrados y muertos en la palestra. La taruca o taruga, como escriben otros, es muy parecida a la vicuña, de que hablaré luego, aunque más corpulenta, más ligera, y el color más

tostado; anda sola por los riscos al contrario de aquélla, y tiene cuernos. Hállase en ella piedra bezoar mayor, y de más virtud que la de vicuña. Vive en los riscos más altos, y la hay en las serranías que dividen al Chaco del Perú.

En las mismas se crían las vicuñas en gran cantidad. Andan en los desiertos más retirados del comercio humano, en los riscos más ásperos y fragosos, en las cumbres más pobladas de nieve, de que se recrean mucho. Son tímidas sobremanera y huyen de cualquier sombra. Su color es rubio obscuro; la lana sutil y delicada casi como la seda, que nunca pierde aquel color, si no la tiñen en otro. Es fresca y buena para mitigar la inflamación de los riñones; por cuya razón la usan los Españoles en colchones. Hacen también de ella sombreros, y tejen pañuelos. Su carne es de mal gusto; pero no obstante la comen los indios, y dicen es buena para mitigar el dolor de ojos, en cuya confirmación refiere de sí el Padre José de Acosta, que doliéndole terriblemente, y aplicándose un pedazo de su carne fresca, le cesó al punto el dolor. Andan siempre muchas juntas, y en la fuga echan por delante los hijuelos, que ordinariamente son pocos. El modo de cazarlas para valerse de su lana, es juntarse muchos cazadores en los riscos donde ellas viven, e ir ahuyentando las vicuñas, y estrechándolas a un sitio destinado, donde las cogen, reservando las

hembras para la propagación. A esta junta llaman en la lengua quichua Chacu, de donde vino el nombre, a la provincia, de que hablamos como queda dicho en el Capítulo I. Otras veces es la caza diferente, siguiendo las que se encuentran, y en estando a distancia competente, les disparan una cuerda larga, que en sus extremidades lleva dos bolas de piedra, con cuyo peso la cuerda les enreda los pies o manos, y les impide la carrera. Las vicuñas crían también piedra bezoar, que es la más estimada después de las orientales. En todos estos animales proviene el criar dicha piedra de los alimentos de que se mantienen, que son algunas hierbas de cuyos excrementos se va formando la bezoar, a veces sobre una espina o palillo, otras sobre una piedrecita, sobreponiéndose capas a capas, como están las telas de cebolla; y de aquí nace, que cuanto más viejo es cualquiera de estos animales, tanto mayor es la piedra.

Críase también en dichas sierras el guanaco, en cuyo vientre, o en el cuajo se forma también piedra bezoar, y algunas tan grandes, que pesan dos libras, y dos y media, lo que ha hecho creer en Europa son adulteradas y fingidas, siendo así, que en la realidad son naturales, como lo estamos viendo por acá cada día. Al indio que descubrió a los Españoles en el Perú los efectos de esta piedra, dieron al punto muerte sus compañeros,

acción bárbara, que muestra no menos impiedad para sí, que odio para nosotros. De estos animales condujeron los Ingleses a Londres macho y hembra el año de 1725, en los navíos del asiento de Buenos Aires, y fueron recibidos con no menos estimación que extrañeza por la novedad, aunque según consta de sus gacetas, le corrompieron el nombre llamándole *wanotra*, no llamándose sino guanaco o guanacu, según pronuncian los indios. Su figura es semejante a la del camello, aunque la estatura es menor. Cuando se ve acosado de los cazadores, se defiende arrojándoles la saliva, de que se guardan aquéllos, porque si cae en la carne, dicen cría sarna. Al huir echan las hembras por delante, y cuando pastean, se sube el macho al cerro más alto del contorno a observar si amenaza algún riesgo, de que avisa con el relincho, y al instante emprenden todos la fuga, corriendo con extraña ligereza por los riscos más fragosos. Sus carnes son buenas para comer, y muy blancas, aunque algo secas. Cázanlas con bolas de piedra, como dijimos de las vicuñas. Su color es castaño deslavado. En la parte del Chaco que mira a los Chiriguanás, hay unos animalillos que llaman urinas, y son como ciervos pequeños su carne seca y desabrida; pero muy sabrosa para aquellos bárbaros. Aguárdanlas a orillas de los ríos, cuando bajan a beber, y allí las matan a flechazos.

Hállase en esta tierra un animal mayor que la comadreja, llamado zorrillo, el cual tiene una bolsa de tan pestilencial hedor, que cuando la arroja, es cosa intolerable, y se alcanza a oler más de trecientos pasos. Dióles naturaleza este hedor por arma para su defensa, porque al verse acosados despiden aquella agua, y huyen de ellos los hombres y animales y hasta los perros de presa tienen asco y horror de acercárseles para matarlos, y si les roció algo del agua, no les seguirán por más que les azote o castigue el cazador. No obstante eso los comen los naturales, y dicen es buena carne, cortada aquella bolsa. Si el agua toca a alguna ropa, no hay lejías que saquen el hedor. Persiguen las gallinas, en las cuales vienen a hacer presa de noche, particularmente cuando hace mayores tempestades de agua o viento, o fríos rigurosos, y matándolas, se contentan con sólo chuparles la sangre. Cerca de los ríos hay un animal, que igualmente vive en el agua y en la tierra; llámanle capivara, muy parecido al puerco, y aunque su pasto es hierba, que pacen en las riberas, viven más de ordinario en el agua, y se zambullen en ella, por largos ratos, cuando los acosan. Sus carnes son comida muy gustosa de los naturales, como también la de las nutrias, que hay innumerables, de cuyas pieles por tener el pelo tan blando y suave, como si fuera de seda, hacen las capas con que se cubren en tiempo de frío. La

iguana animal feísimo de especie de sierpe de cuatro pies, tiene una cresta sobre la cabeza y lomo. El asombro que causa con la fealdad de su figura, lo recompensa con lo sabroso de sus carnes, que igualan a las de la gallina, aunque es dificultosa su digestión, porque vive tanto en el agua, como en la tierra. Raro animal es el quirquincho; tiene el cuerpo todo dentro de una concha o escamas grandes fortísimas, en las cuales arrollándose se defiende. Es a modo de puerquecito pequeño, y vive en cuevecillas de tres y cuatro pies de largo, que abren con manos y hocico. Por entre las comisuras de las conchas, y por el vientre está lleno de pelos, por donde los llaman peludos. Sus carnes quedan siempre con el sabor del monte. No así la de otros semejantes, que en la gobernación del Paraguay y en Santa Fe llaman tatus, y en la provincia del Tucumán mulitas o bolitas, porque cuando se encierran en sus conchas parecen una bola perfecta, y no se halla fácilmente el lugar por donde se abre aquel globo. No tienen pelo ninguno, antes son muy limpios, y sus carnes muy sabrosas, parecidas en el sabor, como todo el animal en la hechura, al lechoncito; de manera que desnudo de las conchas, los equivocará el más advertido. Si hubiera de estos animales en las partes donde se inventó el uso de los caballos corazas, se presumiera con fundamento, tomó el inventor de ellos la idea, porque tal lo parece en todo, de donde algunos

autores le llaman armadillo. Refieren del quirquincho, que en tiempos de lluvias se tiende en el suelo boca arriba y recoge bastante agua por la parte que no tiene conchas. Pasada la lluvia permanece en aquella postura, aunque sea un día entero, esperando a que algún venadillo sediento venga a beber; luego que siente ha aplicado la boca, cierra con presteza las conchas cogiendo entre ellas boca y narices, con que le ataja el aliento, el venado se revuelca por una y otra parte con las ansias de la muerte, pero el quirquincho está siempre aferrado de su hocico sin soltar la presa, hasta que por falta de respiración muere el incauto venado y se sustenta el quirquincho de sus carnes, como también de las de otros animales muertos, lo que no tiene el tatú o bolita, que sólo se alimenta de hierbas. Los Ingleses han procurado trasladar los armadillos vivos a Europa, y al presente rey le presentaron uno en agosto de 1728, por cosa exquisita y peregrina.

Hay fuera de los dichos animales, liebres como las de Castilla, conejos y cuyes que es otra especie de ellos, que aquí crecen más que en otras partes; son de buenas carnes y los indios los desuellan cerrados, para hacer de su pellejo odres de miel: traídos a casa, se domestican fácilmente. Críanse ovejas de Castilla, y antiguamente hubo muchas vacas de las alzadas, cuando se destruyó la ciudad de la Concepción del río Bermejo, que

procrearon con admiración, y salían de la ciudad de Guadalcázar a recogerlas, y traían cada vez ocho o diez mil cabezas desde el paraje donde están los Chunipies y Velelas como consta de informaciones de aquel tiempo. Todavía hay el día de hoy bastante ganado en el valle que está cerca de Santa Fe, donde vivieron antiguamente los Calchaquies, que después se redujeron a la paz con aquella ciudad, y hoy casi se han consumido con las pestes. Entre los Guamalcas, Churumatas y Chichas orejones, naciones del Chaco, que viven en algunos valles de las serranías hacia el Perú, aunque impenetrables (como dijimos) al Español, se crían carneros que llaman de la tierra, y en la lengua quichua, llamas. Es animal muy parecido al camello, si no es en la corcoba y estatura, que es más pequeña. Domésticos sirven a los indios, para trajinar del modo que en España las recuas. Cargan tres y cuatro arrobas, y andan tres leguas al día sin haber forma de hacerlos salir de su paso; si caen en tierra cansados, primero los matarán, que hacerlos dar un paso más hasta que los descargan. En las tierras cálidas apenas viven; su centro son las tierras más frías. Críanse tortugas, así en los ríos como en los bosques.

Autor hay que diga, no se crían en el Chaco animales ponzoñosos; pero es cierto los hay y sería sin duda lo contrario por el paraje, que aquel Autor anduvo. Ni parece podía dejar de haberlos,

siendo la tierra tan pantanosa, por estar anegada muchos meses del año, y el temple bien cálido. Hay pues animales bien ponzoñosos, que andan arrastrados por la tierra, por maldición de su perjudicial veneno. De solas víboras hay varias especies, que se han dado a conocer por las muertes lastimosas que han obrado en los que han ignorado los antídotos que contra su letal ponzoña produce sola la tierra de esta provincia, como en el Capítulo IV. Fuera de los cuales es contra eficaz la hoja del tabaco, la espiga o la caña del maíz soasada, y el hueso quemado de la canilla de la vaca, que aplicada a la parte lesa chupa todo el veneno, que ésta es la verdadera piedra de víbora. Si no lo saca la primera vez se lava el hueso en leche o vino, hasta que ya no quiere pegarse a la carne, que es señal de no quedar dentro ponzoña alguna. Hay unas víboras pardas llamadas frailescas, no sé por qué razón; es tan atrevida, que embiste al hombre, sin haberle provocado. Su veneno es mortal, y de muy breves horas su efecto, si no se aplica la contra. A éstas se siguen las que llaman de cascabel por unos huesecillos que tienen en la cola, con que haciendo ruido, que se oye algunos pasos de distancia, dan tiempo para librarse de sus asechanzas, y prevenir el riesgo. Cada año le crece un artejo más, y en él otro nuevo cascabel. Estos después de muerta la víbora, hechos polvos y aplicados a las muelas dañadas, son

eficacísimos para hacerlas pedazos y echarlas fuera sin dolor. Suelen también ellas cuando se ven acosadas, despedir el cascabel por ser una adición, que no les hace falta. Otras víboras hay, que tienen veteado el cuerpo con listas de finísimo coral y de otros varios colores, y son de igual veneno a las antecedentes. Hay culebrones tan grandes, que llaman ampalabas, tan disformes en grandeza, que tendidas por tierra, parecen grandes troncos de árboles. Su aliento tiene tal veneno, que para los venados y ciervos cuando corren más presurosos, y se los traga enteros; lo mismo hace con los huevos de avestruz, que siéndole preciso quebrarlos para poder digerirlos, se enrosca en los árboles más gruesos apretándose con ellos de suerte que los quiebra estrellando en el vientre cada uno con igual estruendo al que hace cuando se dispara una escopeta. Son de cuatro y cinco varas de largo, y a veces mayores. Hállanse alacranes muy ponzoñosos, y la contra son sus mismas entrañas aplicadas a la parte donde mordieron. Igual veneno tienen las arañas, de que hay varias especies, y entre ellas la que llaman peluda; es horribilísima a la vista, y la más perjudicial cuando pica. Escuerzos tienen también activísimo veneno, y matan según dicen al que toca cierta babaza que arroja por la boca. Deben añadirse aquí, aunque volátiles, las avispas, de que hay cuatro especies, todas bravísimas. La ordinaria llaman los Lules,

copás. Otras negras dichas, nusslimslims. La tercera llamada accy, que labra sus panales debajo de tierra, lo que le negó la naturaleza en el tamaño por ser la más pequeña de todas, se lo añadió de fiereza, siendo la más brava. La cuarta toda negra, con alas amarillas se llama yemecece, y es muy grande. Críanse por fin infinitas langostas, que aunque algunas naciones, como diremos adelante, las tienen por alimento comiéndolas asadas o cocidas o tostándolas las reducen a harina ordinaria provisión suya, cuando hacen guerra al Español; pero con todo es constante son nocivísimas a las provincias circunvecinas, porque del Chaco se ven salir las mangas densísimas de estas sabandijas volantes, que por verano infestan de ordinario esta provincia de Tucumán, y cuesta mucho sudor el librar las mieses de esta plaga, que el verano, en que esto escribo, ha sido copiosísima. Pero ya es justo que nos acerquemos a hacer relación del número y calidades de los paisanos de esta provincia, en cuyo espiritual cultivo han trabajado con increíble tesón los ministros evangélicos por introducir en sus almas las luces de la Fe, introduciendo primero o despertando las de la razón, asunto que nadie dudará les habrá costado infinito sudor y fatigas conociendo el genio de los naturales casi semejante al de los brutos más fieros. De todo irá dando cabal noticia con claridad y distinción.

VI Dase razón por qué ha sido tan poblada la provincia del Chaco

Tengamos ya a tratar de las muchas naciones que habitan esta gran provincia; pero antes será bien se sepa el origen de donde nació el hallarse toda ella tan poblada, cuando la entraron los primeros Españoles. Referiré en substancia lo que escribe el venerable Padre Juan Pastor, varón religiosísimo y diligente escudriñador de todas las cosas de estas tres provincias de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata en la historia manuscrita de esta provincia de la Compañía de Jesús del Paraguay, lib, 1, cap. IV; dice, pues, que diez años antes de la entrada de los Españoles a la provincia del Tucumán, que sería por el de 1533, precedieron en ella señales notables, que atemorizaron mucho a todos los indios del Tucumán, porque hubo mucha seca, de que se originaron hambre y pestes, que les quitaban la vida sin remedio. Faltos de consejo en tamaña aflicción por carecer del conocimiento del Dios verdadero, cuya protección habían de implorar para su remedio, acudieron a consultar sus magos y hechiceros, que eran entre ellos sus letrados y sabios; preguntáronles la causa de tan graves y continuas epidemias y calamidades como les cercaban y afligían.

No les respondieron los hechiceros, atónitos también con los infortunios presentes; pero les aconsejaron que se convocasen de todas partes a consultar a diferentes ídolos, a quienes adoraban, como lo hicieron por espacio de tres continuos años con muchas ofrendas de las que solían y abominables sacrificios. En todo este tiempo se les hizo sordo el demonio, sin querer darles respuesta alguna. Instaron de nuevo los hechiceros con otros más sangrientos sacrificios en una junta general que tuvieron, para obligarle a que les diese la respuesta que deseaban. Celebraron los referidos sacrificios con grandes borracheras y festines a su usanza antigua, llamando al demonio al son de flautas, pingollos, atambores y calabacillos huecos con piedras dentro, instrumentos ordinarios de los hechiceros para darle culto e invocarle. Ni aun entonces se dio por entendido el demonio, con que no es decible cuán confusos quedaron todos. Mas no por eso desistieron de sus infames súplicas.

Prepararon al cabo de días, una gran ramada o casa grande, donde en otra grande junta, volvieron los hechiceros a sus invocaciones diabólicas con mejor suceso que las veces pasadas, porque al cabo apareciéndoseles allí visible el padre de la mentira, les habló muy triste y pesaroso "asegurándoles que de su mano les habían venido los trabajos y calamidades presentes que les

afligían, y esforzando las demostraciones de sentimiento, empezó a disimular; estaba perplejo, si les daría otras nuevas más tristes y lamentables para ellos, y fingiendo que el amor y cariño que les profesaba, no le permitía encubrirles cosas que condujese para su mayor bien, prosiguió su arenga diciendo : les hacía saber, que presto entrarían en su tierra, una gente desconocida, valiente, belicosa y enemiga capital de los indios, contra la cual había estado batallando en otras partes, sin fruto, aquellos cuatro años en que habían enmudecido sus oráculos; que aquellas gentes conquistarían y se harían señores absolutos y despóticos dueños de su tierra, de sus mujeres, de sus hijos y aun de su propia libertad, abusando de todo según su antojo, y tratándolos a todos ellos como a esclavos suyos, y aun, quizás peor, porque una vez que ellos metan el pie en esta provincia, como sin duda lo meterán a su tiempo, por más que yo os quiera ayudar, no les podréis resistir, pues no sé quien les ampara y favorece, que hallo flacas y débiles mis poderosas fuerzas y las de todos mis secuaces para contrastarles, como lo he experimentado con pérdida de mis soberanas adoraciones en otras provincias remotas, donde con todo mi poder les he hecho en vano cruda guerra, pues en todas me han despojado de mis antiguos sacerdotes, me han derribado los adoratorios y templos más célebres, suntuosos y frecuentados de devotos

míos, que acudían a invocarme, me han ahuyentado con no sé qué encantos, contra que no tengo modo de oponerme. Si esto han hecho conmigo, qué harán con vosotros, flacos y miserables ? Harán lo que han hecho de las partes de donde vengo huyendo, que es lo que ya dejo insinuado".

Hizo aquí pausa el demonio, para ver los efectos que obraban sus diabólicas razones encaminadas a que por huir de tamaños males, se retirasen a partes donde no pudiese penetrar el poder español, y consiguientemente, ni la luz evangélica, que venían comunicando a todo este hemisferio; con que quedasen sin remedio sepultados en las obscurísimas tinieblas de la gentilidad, para ser presa segura de sus infernales furias, como sin duda lo han sido innumerables, que se hubieran salvado de haber perseverado en la provincia del Tucumán, y lo serán otros tantos si Dios por su infinita piedad no se compadece de almas tan desamparadas, perdonando su obstinación y moviendo eficazmente los corazones de los que pueden emprender con todo empeño esta cónquista, que será de mucha ganancia para el Cielo.

Hizo, como decía, pausa el demonio en su razonamiento, y luego que cesó de hablar, como tan infaustas nuevas habían atravesado de dolor sus corazones cobardes, prorrumpió el

innumerable auditorio, que le escuchaba, en llantos y gemidos, que ponían en el cielo, llorando inconsolablemente su desventura. Acompañóles el demonio con singulares demostraciones de sentimiento y compasión para tenerlos más de su parte, y volviendo a tomar la mano, y haciendo silencio prosiguió y les dijo: "cierto es todo lo que os he anunciado, como lo experimentará en breves términos quien, desatendiéndose al amor que os profeso, despreciare mis consejos; justo será que padezca tamañas miserias quien, con una fácil resolución las pudo evitar todas, siguiendo mi parecer. Merecido os lo tengo por lo que siempre os he favorecido, y si os he afligido estos años, más ha sido todo, efectos de mi tierna compasión que castigos de mi enojo; pues veo, cuan bien me habéis servido y procurado con tan agradables sacrificios, desarmar mi saña. Héos afligido solamente, porque más os quisiera ver funestos despojos de la muerte, que no entregados a males tan desmedidos e insoportables, como os esperan; porque con la muerte se os acaban todos los males, y aun el peligro de padecerlos, pero viviendo en vida tan miserable, padeceréis muchas muertes, y lo que yo siento más, es, que no os podré remediar, ni asistir, porque casi estoy viendo, que con los nuevos y crueles señores que se os acercan, mudaréis de creencia, dejaréis los sagrados ritos con que tanto me agradáis, abandonareis la

religión, en que por tantos siglos han vivido vuestros mayores, y abrazaréis una nueva superstición, que viene publicando y entablando en todas partes donde pone el pie esa nueva gente que os he anunciado, enseñando que se tributen las adoraciones, que a mí sólo se deben, a un hombre facineroso, a quien por sus delitos crucificaron justamente sus mismos compatriotas, y obligando a que los niños recién nacidos se les entreguen a unos sus hechiceros, que les hechan encima una pestilencial agua contaminada con mortal veneno, la cual quita infaliblemente la vida a quienquiera que toca, por más que ellos persuadan que da la vida al alma, como si hubiera otra más que la del cuerpo, siendo en la realidad traza para acabar con vuestra nación, pues muertas las criaturas, ya veis, es imposible la propagación. Cómo tan amante vuestro, aborrezco de corazón esta superstición, y como celoso de mi honra, que injustamente me usurpa, no puedo recabar de mí el favorecer a quien la sigue; conque me será preciso abandonar a los que la profesaren, que serán sin duda los más, que no siguieren el saludable consejo, que ya les daré. Digo, pues, que el único remedio que podéis imaginar para evadir tantos males como os esperan, y libertaros de antemano de tan dura y terrible servidumbre, como en esa gente se os prepara, es que abandonéis esta vuestra patria, que aunque dulce a todo viviente, eso es siendo

madre verdadera, pero más dulce será dejarla, si os ha de servir de madrastra, y ser testigo de vuestras desdichas. Por tanto, desamparadla, y seguidme seguros de que os llevaré a partes donde viviréis libres de tan mala gente, y aun apenas seréis sentidos de ellos, sino es que a las voces favorecidos de mí, salgáis a vengar los agravios que los parientes que se os quedaren, padecieren. Nada os faltará allí para pasar con tanta comodidad como aquí la vida; no será muy larga la distancia, pero será total la seguridad. Otras gentes semejantes a vosotros, y de vuestras mismas costumbres, habitan aquellos parajes; conque la transmigración, aun por lo que tiene de tal, os será menos pesada y os será del todo gustosa, cuando veáis ejecutado en vuestros paisanos que no me dieran crédito, todo lo que os he dicho. Seguidme pues, animosos, que ya os quiero llevar al paraje destinado".

Así concluyó su razonamiento el demonio, y deponiendo la figura humana, en que hasta allí se había dejado ver, y les había hablado, se transformó de repente en un furioso huracán, que se fué encaminando a la provincia del Chaco, a donde le fueron siguiendo los más de aquella numerosa junta, animados de los hechiceros ministros fieles del demonio, y otros muchos de la provincia del Tucumán, a donde llegó la fama de este suceso, y allí quedaron los miserables

sepultados hasta ahora en las tinieblas de la infidelidad, sin esperanza de salir de ellas hasta que Dios se compadezca; y de aquí provino hallarse aquella provincia tan poblada, y mucho más, cuanto más se va retirando de las tierras de Españoles, como diremos.

Capítulo 7

VII. Noticia de las naciones más retiradas del Español y costumbres comunes de todas las de la provincia del Chaco.

De las innumerables naciones, que pueblan esta provincia, las más célebres son Chiriguanas, Churumatas, Mataguayos, Tobas, Mocovies, Aguilotes, Malbalaes, Agoyas, Amulalae dichos antiguamente Matarás, Palomos, Lules, Tonocotés, Toquistineses, Tanuyes, Chunipies, Bilelas, Yxistineses, Orystineses, Guamalcas, Zapitalaguas, Ojotae, Chichas Orejones, Guaycurús, Callagaes, Calchaquies y Abypones. Otras hay de menos nombre, aunque conocidas, como son Teutas, Palalis, Huarpas, Taños, Mogosnas, Choroties, Naparús, Guanás, Abayás, Yapayaes, y Niguaraás. Estas naciones están por lo común en los distritos que baña el río Bermejo y el Salado, aunque los Guaycurús, Naparús, Mbayás, Guanás y Palalis viven desde la otra banda del río Bermejo hasta donde dijimos, cae el río Yabebiri, y algunas pasan a temporadas más

adelante. Las otras naciones que hay en el centro del Chaco hacia el Pilcomayo, hasta el Perú no están tan averiguadas, porque las ha frecuentado menos la codicia, de los Españoles, quizás por su pobreza, o quizás por lo fragoso y pantanoso de las tierras, que no se dejan tan fácilmente registrar de huellas extranjeras. El Padre Gabriel Patino, que el año de 1721 entró por el río Pilcomayo para abrir camino y explorar la tierra para que le pudiesen seguir ministros evangélicos, halló rastros ciertos de mucho gentío a las riberas de dicho río, y aun más en lo interior, descubrió varias naciones pacíficas, cuyos nombres no supo, mas halló una nación, cuyos indios eran de lindos naturales, y las mujeres tan blancas, que parecían Españolas, cosa bien rara en esta gente. Así, pues, que por no haber en lo moderno otros que hayan penetrado a estas naciones del Pilcomayo, ya de una banda, ya de otra, me valdré, para dar noticias de ellas, de una relación que se guarda en nuestro archivo de Córdoba, que se formó de lo que depusieron en el Paraguay varios indios Guaycurús, otros indios del río Bermejo, y en el Perú, algunos Españoles que anduvieron dichas tierras.

Dicen, pues, que caminando desde el Yabebiri al sur, hacia el Pilcomayo, está la nación de los Ivirayarás, que tenía más de seis mil indios. Aquí comienzan los Llanos de Manso, y a cuatro leguas

de los dichos está el pueblo de Turún, con más de trescientos moradores. A dos leguas, el pueblo de Socondue, que tiene ciento cincuenta. Nueve leguas adelante, el pueblo de los Marapanos, que habitan más de quinientos indios, y en medio, otros dos Cipore y Ayusequitere con doscientos cincuenta el uno, y el otro con ciento cincuenta indios. Cuatro leguas de Marapanos está Boayume, y a una legua de él Coromete, y entre los dos tendrán como trescientos diez indios. A cuatro leguas se siguen pueblos más numerosos, como el de los Gurraconos, que tiene dos mil almas. A dos leguas de éste, el de los Porereguanios con cuatro mil. A tres leguas, el de los Taparunas con dos mil y con las mismas, a otras dos leguas, el de los Poreromos, y con mil doscientas, a cuatro leguas, el de los Gotonos. Síguense luego a distancia unos de otros de cuatro leguas, los pueblos de los Guayuqninos, de los Chilacutiquies, de los Chiquiynos, de los Gortonos, de los Tracanos, y de los Tobotionos, que serán por todos como nueve mil indios. De allí ya empiezan tierras de Chiriguanás, que se quedaron en los Llanos de Manso.

Más tirando al rumbo del oriente, se siguen los Pildoris, doscientos indios; a ocho leguas, los Caramays, cuatrocientos; a cuatro leguas, los Curetés, ciento cincuenta; a siete leguas, los Mbayas, cuatrocientos; a cuatro leguas, los

Upionos trescientos, y en la misma distancia los Morioonos, mil doscientos; a siete leguas los Bocoos, cuatro mil; a seis leguas, los Bayatuis, dos mil, y a cuatro, el de los Layanos, con dos mil trescientos moradores. Sobre el mismo río de Pilcomayo, apartados cuarenta leguas de la cordillera, están los Tobas y Mataguayes, que serán las dos naciones más de cuatro mil indios comedores de carne humana.

Volviendo de Pilcomayo al norte en los mismos Llanos de Manso están los Humayonos, que son trescientos indios; a una legua los Pereguanos, quinientos; a tres leguas, los Cueroyenos, la misma cantidad; a dos leguas, los Mbocaracaná, trescientos; a cuatro leguas, los Maquirenos, mil quinientos; a seis leguas, los Motitis, otros tantos; después los Corotonos, seiscientos, y a seis leguas de éstos, los Chiribionos, que son dos mil quinientos hasta el Yabebiri, y entre este río y el del Pilcomayo están por diversos rumbos estos pueblos referidos, hasta confinar con los Guaycurús, que lindan con la provincia del Paraguay, río de por medio, y serán mil quinientos indios. Con éstos lindan hacia el Yabebiri los Guaycurutís y Payaguás, gente pescadora, que no siembran, ni tienen pueblo de asiento, y traen ordinariamente guerra los Guaycurutís y Guaycurús con la gente de los Llanos de Manso,

los primeros por la parte del Yabebiri, y los segundos por la de Pilcomayo.

Entre el río Bermejo y el Pilcomayo hay más de doce mil indios desde la cordillera hasta donde los dichos ríos desembocan en el Paraguay. Toda es gente pescadora, que no siembran cosa alguna para su sustento, ni tienen pueblos formados; viven en casas de esteras, las cuales mudan con facilidad de unas lagunas a otras, buscando pescado, caza y frutas silvestres. Tienen tierras conocidas, y grandes guerras sobre las pesquerías, algarrobales y cazaderos. Hay del Bermejo al Pilcomayo, de norte a sur, treinta o cuarenta leguas que se inundan los cinco o seis meses del año, sin que se pueda andar por ellas a pie ni a caballo; en el cual tiempo habitan los naturales en bosques que hay entre los bañados, y algunos en canoas.

Cuarenta leguas del Pilcomayo, costeano la cordillera la vuelta del sur al pie de ella a la parte de los Llanos en un valle, están los indios Churumatas, que son más de mil quinientos, gente labradora de los del Perú, y que se sirven de carneros de la tierra. Sesenta leguas de la cordillera están poblados sobre los bañados del Pilcomayo a la parte del río Bermejo muchos Tonocotés y Lules, que se retiraron de la gobernación del Tucumán cuando entraron los primeros conquistadores. Hasta aquí aquella

relación de la cual me he valido por las cortas noticias, que en lo moderno hay de todo el espacio de tierra que corre desde el río Bermejo adelante, caminando rumbo al norte, y aunque con sus guerras se habrán disminuido algo tanto número de gente, es innegable, que todavía ha quedado muchísima, y como más retirada del Español, tanto más pacífica y dispuesta para recibir la luz del Evangelio, y de su número vio buenas señales el Padre Patiño, el año de mil setecientos veintiuno, cuando entró por el Pilcomayo, como queda referido.

Mas volviendo a las naciones más conocidas del Chaco, y más cercanas a los Españoles, lo que en general se puede decir de ellos, es que son de genios vivaces, aunque muy inconstantes y torpes para las cosas del Cielo. La estatura ordinaria es bien alta y se han hallado algunos de dos varas y media. Las facciones del rostro y el color comúnmente desemejantes a las de los Europeos, de quien fácilmente se distinguen ; y cuando se tiñen de colores, que es muy de ordinario, y acá llaman embijarse, están sobremanera feos, que parecen unos demonios, y causarían espanto al más animoso, si no está acostumbrado a verlos o prevenido de antemano con las noticias de su horrible fealdad. Por eso cuando más de ordinario usan embijarse, es cuando han de pelear, creyendo que así se hacen formidables a sus

enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germania, por cuya costumbre semejante a la de estos indios, escribió Cornelio Tácito, que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas; consejo, que si hubiera observado pocos años ha un capitán español, que había militado en Europa, no hubiera sentido el desmayo que padeció, al ver embijados a unos de estos bárbaros, con quien salían a pelear los vecinos de la ciudad de Santa Fe. Las más de estas naciones andan desnudas, aunque algunas pocas se visten de la manera que diremos. Los que viven desnudos se ciñen por la cintura una cuerda, de que penden al rededor muchas plumas de varios colores para celebrar sus fiestas y vestirse de gala. Otros se ponen además de eso una corona de plumas en la cabeza, y en tiempo de invierno usan de una como capa larga formada de cueros de venado o de nutria, muy curiosamente cosidos entre sí, y a estas capas llaman queyapí. Las mujeres de algunas naciones andan totalmente desnudas como los varones, excepto algunas que se cubren algún, tanto, cuanto apenas basta para la decencia.

Generalmente no tienen gobierno alguno civil, ni observan vida política; sólo en cada tierra hay un cacique, a quien tienen algún respeto y reverencia, que sólo dura mientras se les da alguna ocasión

de disgusto, por el cual fácilmente se separan. Algunas naciones no obstante esto observan mayor sujeción a sus caciques. Unos no tienen casas fijas; y todo su ajuar se reduce a una esterilla, y una red para dormir, con algún cantarillo o pedazo de calabaza para beber. Los que tienen casa más de asiento, se reduce ésta a una miserable choza de paja dentro de los bosques, que se forman de copas de los arbolitos cercanos, que atados entre sí los cubren con paja; otros, de algunos horcones y palos cubiertos también de paja, y de la misma el suelo, que les sirve de cama. Las chozas se forman sin orden, ni concierto, unos en una parte, y otros en otra. Los que viven más en forma son los Chiriguanas, y los más desordenados los Payaguás, que viven ordinariamente en el agua, y aun cuando están en tierra, nunca viven fijos en un lugar, y cada noche hacen alto en diverso paraje; por lo cual no usan más que de una pequeña estera para repararse del lado que sopla el viento, porque en lo demás duermen al descubierto. La mayor parte del tiempo gastan en buscar miel por las selvas para hacer su vino, con que se embriagan de ordinario; y en tiempos de verano le hacen también de otras frutas, como de algarroba, chañar, etc. Y aunque de ordinario, como dije, se embriagan con estos brebajes, tienen algunos tiempos señalados en que las borracheras son más solemnes, y se convidan a ellas las parcialidades amigas. En

éstas sus fiestas bailan y beben, hasta que se privan de aquel poco juicio, que tienen de ordinario, y en algunas naciones hasta las mujeres se embriagan, aunque no es lo común, sino que ellas ordinariamente no beben con ese exceso, y se mantienen en sus sentidos con no poco provecho de los varones, porque ellas luego que les sienten embriagados los despojan, como mejor pueden, de las armas, para que sea menor el estrago de sus furias, y se retiran algo distantes; porque en calentándoseles a los indios las cabezas a lo mejor de la fiesta, para ésta en peleas, heridas, y aun muertes, porque los odios y rencores sepultados largo tiempo en sus pechos por su cobardía se refrescan en estas ocasiones, y su memoria les incita a la venganza con furor increíble; bien que acabada la pependencia y embriaguez los parientes de los difuntos no se dan por sentidos o disimulan el agravio hasta ocasión semejante.

Por muy leves causas se encienden guerras sangrientas entre las naciones confinantes, y todas generalmente profesan odio innato al nombre español, y los tienen a todos por enemigos comunes, contra quien se confederan y procuran hacerles todo el daño imaginable, bien que su cobardía no les permite pelear a cara descubierta sino a hurtadillas; mas cuando se ven estrechados pelean esforzadamente hasta morir.

De éstos se exceptúan los Chiriguanos, que se atreven en ejército formado a pelear contra el Español, y en parte los Guaycurús no huyen tanto como los demás. Todos son de genios alevosos, y que en tanto mantienen la palabra en cuanto les está bien; que en lo demás no hay gente más pérfida.

Capítulo 8

VIII. De las naciones y costumbres particulares y primeramente de los Chiriguanás.

Estas costumbres en general tienen los indios de esta provincia del Chaco; descenderemos ahora a hablar de las naciones más conocidas, diciendo de ellas lo más particular, para que se forme cabal concepto. Los primeros que están a la puerta del Chaco, por la parte del Perú, son los Chiriguanás. Del origen de esta nación, veo que discrepan los Autores que han escrito algo de ella. El P. Nicolás del Techo y el P. Juan Patricio Fernández, siguiendo a *La Argentina ms.* que escribió Ruy Díaz de Guzmán, dicen que los Chiriguanas fueron ciertos indios de nación Guaraní, que acompañando a Alejo García, Portugués, que del Brasil pasaba al Perú, a cuyos confines llegó antes de la conquista de los Españoles, y que aficionados del terreno después que mataron a García alevosamente en el Paraná, recelosos del castigo de los Portugueses, se huyeron dos mil

Paraná por el Pilcomayo, y dos mil Paraguayos por otro camino, y llegaron a los términos del Perú, donde comunicándose de nuevo, se apoderaron de la tierra, quedándose entre Tarija, Paspaya, Pilaya, Tomina, Mizqui y Santa Cruz de la Sierra, donde multiplicaron mucho, y sujetaron las naciones circunvecinas, y aun a muchas las acabaron del todo, habiendo consumido más de ciento cincuenta mil indios. El lenguaje guaraní, de que usan hasta hoy, favorece mucho esta relación. Pero la contradice el Inga Garcilaso de la Vega, que tanta autoridad tiene en las antigüedades del Perú; porque escribe que el Inga Yupangui, X de los emperadores del Perú emprendió la conquista de la nación Chiriguaná, que pinta allí caribe y brutal, como eran entonces, y poco menos son ahora. Esto fué cerca de cien años antes de entrar Alejo García, porque después de esta empresa, vivió muchos años el Inga Yupangui, a quien sucedió Tupac Inga Yupangui, que reinó muchos años; luego Huaynacapac, en cuyo tiempo llegó a los términos del Perú, Alejo García Pero sea lo que fuere de su origen, ello es constante entre todos, que es nación sobremanera bárbara, y antes era caribe comiendo no solamente las carnes de sus enemigos, sino aun las de los suyos, y que para hartarse de ellas asaltaban las provincias comarcanas y comían a cuantos apresaban, sin respetar sexo, ni edad, y aun la sangre se bebían, porque no se les perdiese nada

de la presa. Después de haber sepultado en sus vientres las carnes de los suyos, volvían a juntar los huesos por las coyunturas, y los lloraban amargamente, hasta que les daban sepultura en resquicios de peñas o huecos de árboles. Era tan brutal su lascivia, que no perdonaban a las mismas hermanas, hijas o madres.

Para desterrar estas perversas costumbres de los Chiriguanás intentó conquistarlos y ponerlos en razón el Inga Yupangui; pero aunque hizo otras conquistas felizmente como fué la de los belicosos Chilenos, a quienes sujetó, ésta le salió muy mal, sin poderla efectuar sus soldados, en espacio de dos años, al cabo de los cuales se retiraron, y quedaron orgullosos los Chiriguanás, siendo terror a todos los comarcanos por la mayor insolencia que les dio la resistencia. Después de conquistado el Perú, siendo su virrey el excelentísimo señor don Francisco de Toledo, intentó el año de 1572, la misma conquista, yendo a ella en persona con muchos Españoles bien pertrechados, mas a pocas jornadas conoció por experiencia, las arduas dificultades de esta conquista, que no había querido hasta allí creer, y hubo de retirarse huyendo y desamparando todo su bagaje, de que quedaron más orgullosos los Chiriguanás y dieron en adelante tanto que hacer con su fiereza a las ciudades y villas comarcanas de los Españoles, que allegándose a eso las otras costumbres suyas

brutales, movieron a decir al gran jurisconsulto don Juan Matienzo, que como presidente de la Real Audiencia de Charcas se informó bien de todo, había sobrados motivos para que ordenase su majestad fuesen hechos esclavos los Chiriguanás que se apresasen en la guerra; arbitrio, que manifiesta cuan grande sería la fiereza e inhumanidad de esta gente, como en la realidad lo es, siendo ella sin duda entre todas las de la América, la que se ha mostrado y reconocido siempre más aversa y dañosa a los Españoles, aunque entren los Araucanos, y como tales entrando y saliendo a sus tierras, los Españoles han sabido mantener los fueros de su libertad.

Con esta comunicación y trato de los Europeos, se fueron humanando algún tanto y perdiendo la costumbre de comer carne humana, aunque no la de conquistar y cautivar a sus comarcas, y así su nombre es terror de todo el Chaco donde entran a hacer malocas para servirse de las presas por esclavos, a quienes llaman chanos, y mucho más para robarles las mujeres para cebo de su lascivia; porque cada uno tiene tantas mancebas cuantas puede sustentar. El genio de esta nación, es como el general de estos indios del Chaco, inconstantísimo, mudables a todo viento; hoy parecen hombres y mañana fieras; amigos de todos, si les está bien; pero a la más leve causa rompen la amistad más estrecha, aun

entre sí mismos. Son sobremanera dados a la embriaguez. Viven en pueblos pequeños que por la poca seguridad que tienen unos de otros, cercan lo mejor que pueden, para su defensa. Dan sepultura a sus difuntos en unas grandes tinajas, dentro de las cuales los sientan y los cubren, poniéndoles alguna comida, en que se descubren algunos rastros de que creen la inmortalidad de las almas o que hay otra vida, pero este conocimiento les sirve muy poco para la reforma y enmienda de las costumbres, pues no se persuaden hay allá pena para las malas, sino que se imaginan otra vida brutal, semejante a las que aquí viven. Si algunos misioneros jesuítas, al pasar como se solía por sus pueblos, les persuadían a que se convirtiesen, o mudaban luego plática, o respondían, querían morir como sus abuelos, y si les apretaba proponiéndoles el infierno y fuego eterno que les esperaba, respondían que ellos apartarían de sí las brasas fácilmente. Tan corto concepto forman de las cosas de la eternidad. No se sabe que adoren cosa alguna; sólo a sus hechiceros temen, por el mal que de ellos reciben, y ellos con este temor se ensoberbecen, y traen a todos a lo que quieren. Para tomar resolución en los negocios, hacen sus juntas, a que dan principio con sus músicos instrumentos, bailando al son de ellos, y bebiendo muy bien. De tales principios, qué aciertos se pueden esperar? . No obstante, lo que allí se

resuelve, se ejecuta sin falta, mientras no se mudan las circunstancias. Esto es lo particular de los Chiriguanás, que viven como dijimos, a la entrada del Chaco por las partes del Perú, y serán el día de hoy de veinticinco a treinta mil indios de tomar armas, fuera de la chusma de mujeres y niños.

Capítulo 9

IX. De los Guaycurús

En la otra punta del Chaco hacia el Paraguay, que es la parte del oriente, viven los Guaycurús, entre el Pilcomayo y el Yabebirí, por la mucha abundancia de pescado y caza de pájaros y martinetes, que hay en el comedio. Las tierras son en tiempo de aguas, tan pantanosas y llenas de anegadizos, que no se pueden andar, y en tiempo de seca son tan ardientes los soles y falta de agua, que se abre la tierra en profundas grietas, y no hay quien se atreva a andarlas, porque los caballos se ahogan de sed; bien que quedan en partes, pantanos de dos y tres leguas, y en ellos algunos esteros donde se esconden estos Guaycurús, y se sustentan de raíces de la totora, y de otras que hallan, y de aquella agua cenagosa y hedionda; conque es imposible penetren a ellos ni caballo, ni Español, sino es con evidente riesgo de perderse y ahogarse, por ignorar del todo las sendas por donde se entra. Con esto la tierra

viene a estar tan fortalecida, que parece inexpugnable, de lo cual es buen argumento como de su grande sagacidad y astucia el haberse conservado y defendido hasta ahora de la sujeción a los Españoles, con estar distantes de la ciudad de la Asunción sólo el río Paraguay de por medio, de manera que no han podido rendirlos los Españoles, por más que han hecho en varias ocasiones, antes bien han quedado victoriosos y triunfantes, y son temidos, lo que obliga a la ciudad a estar en continua vigilancia cuando están de guerra, que es lo más ordinario, aunque algunas veces estuvieron de paz, pero tal como es la de todos estos bárbaros, pues sucedía, que de noche robaban las estancias o heredades de los Españoles, y de día venían a vender a sus mismos dueños lo que les habían hurtado, pasando por todo los Españoles, por no irritarles, viviendo ellos en las tierras de los Españoles con toda seguridad, cuando ningún Español la tenía en la de los Guaycurús, pues con la facilidad que a una vaca degollaban a cualquier cristiano que entraba allá, y en los tiempos que mostraban estar más constantes en la paz, solían urdir sus traiciones contra la ciudad, aunque alguna vez les costó caro, y sucedió el caso de esta manera.

Tramaban los Guaycurús asaltar a la ciudad de la Asunción por los fines del año 1677. Para esto se juntó toda la nación, que estaba entonces de paz a

la otra banda de la ciudad, en sus tolderías, y se prevenían labrando muchas armas, que ponían a vista de los Españoles desimaginados de los fines de aquella prevención, aunque la extrañaban por estar actualmente de paz. Los que de ellos, por aquel tiempo pasaban a la ciudad, venían armados con cuantos géneros de armas podían cargar, cosa que también causaba extraña novedad. Quiso Dios, que una india Guaycurú compadecida del mal que amenazaba a una señora española, a quien amaba de corazón, le avisó de la traición que maquinaban los suyos, y que para el asalto y destrucción de la ciudad, habían convocado a otras naciones del Chaco enemigas de los Españoles. La señora dio aviso al gobernador actual don Felipe Rege Corvalán, quien hizo información exacta del caso y consultó al obispo de aquella diócesis, el ilustrísimo señor don fray Faustino de las Casas, por cuyo dictamen se pidió parecer a todas las religiones, que vistas las pruebas del atentado respondieron uniformemente, era lícito hacerles guerra, la cual resolvió el gobernador, fuese con un ardid o estratagema. Esta fué, que don José de Avalos, su teniente general y persona de mucho valor diese a entender a los Guaycurús principales, como aficionado de una india de su nación, hija de un cacique principal había determinado casarse con ella, si gustaba su padre; diósele a éste cuenta del caso, y vino fácilmente en ello, conque para mayor

disimulo desnudándose el teniente general Avalos del traje español, se vistió a la moda de los Guaycurús andando como ellos con su arco y hechas cubierto sólo de plumas y señalando el día para las bodas, que había de ser el de San Sebastián a 20 de enero de 1678, nombraron padrino y madrina de ellos y para la celebridad convidaron a los principales de la nación dividiéndolos en tres casas muy grandes que fueron las del novio, padrino y madrina, con pretexto de que no cabrían todos en una por ser muchos. Al mismo tiempo ocultaron en cada una de las tres casas soldados armados en buen número que diesen sobre los convidados a quien habían de procurar embriagar luego que se hiciese cierta señal con una campana; y dispusieron, que a la misma sazón se embarcase caballería e infantería española, que acometiese a las tolderías, al mismo tiempo que se oyese la señal de asaltar en la ciudad a los convidados. Dispuestas así las cosas, se embarcó la gente, pero recelándose, como tan versados en traiciones, uno de los Guaycurús fue espiando los botes y lanchas de los Españoles desde la banda donde estaban sus tolderías, y como adelantándose los soldados embarcados echasen en tierra la caballería, el espía guaycurú dio aviso a los suyos que al punto se pusieron en armas, conque no se pudo lograr la facción en las tolderías; pero se logró en la ciudad, porque con

ser así, que por el lance referido de las embarcaciones, se vieron precisados a dar la señal con la campana antes del tiempo acordado, estuvieron tan prontos los soldados de la ciudad, y los que estaban ocultos en las tres casas, que mataron como trescientos Guaycurús, castigando así su premeditada alevosía. Desde entonces ha quedado toda esta nación con más odio contra los Españoles con quien después acá nunca han renovado la paz, y mantienen la guerra con todo empeño.

Toda esta nación se divide en tres parcialidades, y aunque todas tienen una misma lengua, visten un mismo traje y observan un mismo modo de vivir, ritos y costumbres parecidos a otros del Chaco, con todo eso guardan poca unión entre sí, por ser de su natural soberbios, prefiriéndose los de una parcialidad a la otra. La primera parcialidad son Guaycurús, que en su lengua llaman Codollate o Taquiyiqui, que quiere decir los de hacia el sur, y éstos son los cosarios más ordinarios de la provincia del Paraguay, y llegarán a doscientas familias. Los segundos son los Guaycurutís, que en su lengua se llaman Napinyiqui, que significa los de hacia el poniente, que serán también otras doscientas familias, y están emparentados con los Guaycurús Codollates, y a las veces viven juntos en un puesto, pero la enemiga que tienen entre sí, y los celos con que andan sus mujeres, les hace

separar muy presto su estalaje, y retíranse a sus propias tierras, que son las que caen a las espaldas del río Bermejo, que es también patria de los indios Naparús, a quienes mandan como señores, y con quienes están emparentados. Los terceros son los Guaycurús Guazus, que en su idioma se llaman Epiquayiqui, como si dijeran los de hacia el norte, y serán como trescientas familias; han sido enemigos capitales de los Españoles, y mantenido guerras continuas con ellos, aunque con pérdida considerable; distan de la ciudad de la Asunción casi cien leguas, viviendo en las tierras de los indios Mbayás y Guanás, que confinan con los Chiriguanás del Perú, y eran gente labradora a quienes sujetaron por armas estos Guaycurús Guazus, y emparentaron con ellos habiendo entre las tres naciones como ochocientas familias. La tierra propia de las tres parcialidades de Guaycurús fué antiguamente la que llaman Caaguazu como doscientas leguas de la Asunción río Paraguay arriba; pero la desampararon por lo común ya a causa de las guerras, que entre sí trajeron, ya porque llevados de su natural ferocidad y ánimo belicoso se separaron para conquistar a otras naciones, y sujetarlas a su modo de vivir, como lo consiguieron con los Naparús, Guanás y Mbayás acercándose por esta razón al Pilcomayo, al cual en su idioma llaman Guazutinguá, donde también sojuzgaron a los Guatutás, Mongolas, Tapayaes, y otros, que

hoy día son todos de esta nación, y ocupan como dije por el oriente hasta el río Bermejo la entrada del Chaco, por donde también asolaron a los indios Calchines, y otros pueblos de los Frentones o Abipones.

Todos los Guaycurús se acostumbran, desde niños a andar desnudos del todo sin avergonzarse de parecer así delante de los mismos Españoles; pero las mujeres usan de unos tejidos desde la cintura hasta media pierna, con que andan menos indecentes, y para el tiempo de frío tienen mantas de venados o nutrias, con que se defienden y abrigan; si bien es verdad les duraba poco en tiempo de paces con los Españoles; porque cuanto tenían y alcanzaban, lo vendían por vino o guarapo sacado de miel de cañas, por ser dados con extremo al vicio de la embriaguez, que celebran con gran concurso de sus fiestas. Toda la honra y gala ponen en adornarse a su moda bárbara, que es embijarse de pies a cabeza con varios colores conforme a la edad, y según el grado de milicia que cada uno hubiere alcanzado, porque hay sus diferencias, y es necesario ascender por su graduación, como diremos. En naciendo las criaturas así a niños como a niñas les taladran las orejas, y de allí a días, que les crece algo el cabello, se le arrancan totalmente a las mujeres, no dejándoles pelo en toda la cabeza : mas a los varones les dejan una ceja de cabellos,

por la parte posterior junto al cuello, luego les forman una corona o cerquillo como de fraile, y sobre ella dejan otra ceja de cabellos, que forman otra corona, y en la parte vertical queda un penacho de los mismos cabellos, sin dejar por eso de llevar copete en la mollera porque ésa es divisa y distintivo de los muchachos, como también lo es el embijarse de negro todas las mañanas, hasta que creciendo suben al grado de jóvenes, que es desde catorce a diez y seis años. En esa edad se ponen ligas, traen brazaletes en los brazos, cíñense con cinto o cuerda ya de cerdas, ya de cabellos de varón, que tejen de muchos ramales, y se las atan por dos cabos, aunque no a la cintura sino por debajo del ombligo. Dichos jóvenes se pintan de colorado de pies a cabeza, y en una redecilla recogen con gracia el pelo, y a los tales les tratan, y a los principales con respeto, llamándoles Figen, que corresponde en nuestro castellano a Vuesa Merced.

Es toda la nación naturalmente propensa a la milicia, la cual tienen entablada con grande orden y distinción; de manera que los soldados bisoños y veteranos se diferencian en el modo de traer el cabello; porque aunque todos hacen sus caminos en la cabeza, que corren de una oreja a otra en figura de arco hasta lo último del casco, y tendrán esos caminos un dedo pulgar de ancho; mas los bisoños traen los cabellos que hay desde dichos

caminos basta la frente, engrudados con un betún de cera y manteca, negro como la pez, y lo restante recogido hasta atrás en una red. Los veteranos se cortan los cabellos de la mollera a punta de tijera, pero los posteriores traen en una coleta más o menos alta como les parece, y debajo crían una ceja de pelo sin vello ninguno porque éste se le procuran arrancar de todo el cuerpo, sin perdonar aun a las cejas. ni a las pestañas, porque de esa manera entienden se les aguza mas la vista, y no quedan parecidos a los avestruces, como ellos dicen, parecen los Españoles. Fuera de eso se distinguen los veteranos, en que se embijan toda la cabeza de barro colorado, y el rostro de colorado y negro con varias pinturas que se hacen a sus solas mirándose por espejo en un calabazo lleno de agua o valiéndose de otro que le vaya diciendo como se ha de pintar. En la ternilla de la nariz, se abren un agujero, en que meten y traen colgada una plumita, y a veces, si la alcanzan, una planchilla de plata muy resplandeciente. También traen pendiente en las orejas alguna cosa de galantería, y en el labio inferior, que horadan, ponen un barbote, que les afea sobremanera y hace parecer más fieros, igualmente que el pintarse todo el cuerpo de tan varios colores mudando cada día nuevas libreas, con que se hacen desconocer y temer de sus enemigos.

Nunca se despojan del brazalete del brazo izquierdo, que es bien largo tejido de cerdas, ciñéndose con él para no lastimarse con la cuerda del arco, y para envolver en él el arma o cuchillo hecho de las quijadas y dientes de la palometa; fuera de lo cual les sirve en la guerra, para maniatar a los cautivos. En el cinto, que ciñen por debajo del ombligo, cuelgan un garrote, que llaman macana y una cuña de hierro o piedra, que son armas ordinarias de todos. Usan de collares de cuentas de vidrio, canutos de plata o de pedacitos de conchas de nácar, tan bien labrados y compuestos, que parecen muy bien, y hacen menos desapacible su fiereza, y para ellos son de grande estima, como también las plumas de varios pájaros, que se ponen en la cabeza en lugar de martinetes.

Las mujeres, ya dijimos, se cubrían desde la cintura hasta media pierna con algún lienzo: sobre ése usan manta de pellejos, con que se ciñen también; porque no asan faja y rara vez se desnudan de dicha manta. Trasquílanse totalmente la cabeza; y el rostro se labran y pintan de manera que nunca se les quita, y las mismas pinturas se labran en los brazos.

Las casas en que vive esta miserable gente, son unas esteras muy largas divididas en tres lances, de altura de nueve pies, para guarecerse de los vientos, aunque cuando éstos se levantan de

improvisos, suelen volar estas casas, y quedan descubiertos por todos lados. La gente ordinaria vive en los dos lances colaterales, y en el de enmedio sólo el cacique con sus deudos y algunos indios favorecidos suyos. La división de los lances sólo son dos horquetas, con que vienen a estar todos promiscuamente revueltos; en las horquetas cuelgan sus trastecillos; pero esto no es lícito en el cuarto o cuadra del cacique, que siendo mayor, ha de estar desocupada de todo lo demás menos de las armas que están allí, como en cuerpo de guardia, para salir con facilidad a cualquier rebato. Sus lechos son un cuero de vaca seco sobre el duro suelo, de que se valen también para defenderse del agua cuando llueve mucho. En estas casas se echan los pregones o se da aviso de parte del cacique de lo que ordena y sus mandatos son obedecidos con la mayor exactitud y puntualidad, respetándole como a señor y colgando de sus mandatos como de tal; por eso le siguen y acompañan continuamente, sin apartarse un punto de él.

Capítulo 10

X. Del valor y costumbres para la guerra de estas naciones

Con el ejercicio continuo de la milicia, salen grandes soldados que ciertamente a su modo compiten con los de Flandes, y en tiempo de

guerra y fuera de ella, viven con grande vigilancia, y muy arreglados a la disciplina militar. Tienen siempre cuerpo de guardia en algún alto cerca de la estera, y de noche muchos centinelas y espías dos y más leguas a la redonda, dándose aviso unos a otros con cierto género de pitos, conque viven muy alertas y apercebidos, poniéndose con gran presteza los varones en armas, cuando hay algún aviso de enemigos, y toda la chusma con las mujeres en cobro, dividiéndose cada familia por su parte, con orden de guarecerse en lugares sabidos y a propósito, con lo cual es casi imposible cogerlos, porque apenas dejan rastro, y si hay algo, es tan confuso y vario, que no saben los enemigos cual hayan de seguir.

Cuando están de asiento en algún paraje, se ejercitan en disparar el arco y tirar al blanco, en que son muy certeros. Fuera de esa arma usan de macanas, y un cuchillo formado de las quijadas de la palometa, pescado de que abundan aquellos ríos, y son a modo de sierras tan agudas y fuertes, que engastadas en un palo cortan aunque sea la cabeza de un hombre, con la presteza y facilidad que se cortara con una navaja de barbear muy afilada. Todo lo han menester, porque todos los años, sin falta han de mover guerra contra alguna nación de indios (fuera de la declarada que siempre tienen contra los Españoles) la cual hacen con bárbara crueldad, matando en el primer

encuentro a cuantos pueden haber a las manos, excepto los muchachos, que reservan para criarlos conforme a sus costumbres y aumentar así su nación casándolos con sus hijas, y si de las mujeres adultas dejan algunas con vida, es para venderlas después a otras naciones, a quienes sirven de criadas.

Los hijos de los caciques heredan a sus padres, y en naciendo alguno, le entrega su padre a algún indio e india principales, para que le críen y cuiden de él, poniéndole desde luego casa, y señalándole parte de sus vasallos, para que le sigan, sirvan y acompañen, y así se crían

desde niños apartados de sus padres sin verlos, sino de tarde en tarde, y el día que le destetan, le hacen grandes fiestas y borrachera, y las mismas hacen cuando comienza a correr con los otros muchachos, a quienes desde muy pequeños crían haciendo que al amanecer se levanten, y por dos o tres veces den vueltas corriendo a toda la ranchería en que viven sus padres y los demás indios, para que de esta manera crezcan robustos, fuertes y sueltos, y por la misma razón los envían algo lejos con algún indio que los ejercite, para que se hagan al trabajo y busquen por sí lo que han de comer.

Hay tiempo en que en sus tierras no se descubren las siete estrellas a que vulgarmente llamamos las

Cabrillas, y cuando se comienzan a aparecer, es muy para vista la fiesta y regocijo que hace toda la nación, pero fiesta propia de gente bárbara, y que carece de la luz del Santo Evangelio; porque aquel día sacuden todos sus esteras, dando muchos golpazos en ellas, y lo que es más de reír o de llorar, los indios varones entre sí, y las indias unas con otras se están por largo tiempo aporreando, imitándoles los muchachos y muchachas con grande algazara y regocijo. Después corren, y hacen fiestas a su modo, prometiéndose con esto salud y hartura, y victoria de sus enemigos. Luego se remata todo con una gran borrachera.

Tienen entre sí sus grados, de que no ascienden a otro, si no es con ciertas condiciones, ceremonias y fiestas. El primero es de muchachos, que ellos llaman Nabbidagan, que quiere decir sucios o negros, por el color de que andan embijados, como negros de Guinea, y su señal o insignia es la que dijimos arriba, y mientras anclan así, son tratados de todos como muchachos, mandándoles cuanto se les antoja, y sirviendo ellos hasta edad de quince, dieciséis y diecisiete años, en que van cobrando brío, y dando muestras de valentía, haciéndose en orden a eso punzar los brazos muchas veces con las puntas del pez llamado raya, y sucede haber niños de tres a cuatro años, que piden les puncen, y sufren ese dolor con tal ánimo, que admira. Cuando les agujerean el labio

de abajo para meterles el barbote o como ellos llaman *mbetá*, con que de ordinario andan, les mudan el nombre o se le ponen de nuevo como los cristianos al tiempo del bautismo, lo cual suelen ejecutar los hechiceros o soldados veteranos. En toda esta nación parece, y es así, que se ha borrado totalmente aquel dictamen, con que la naturaleza enseña a los hijos a respetar y obedecer a sus padres; porque con ser así, que estos muchachos sirven, como dijimos, en cuanto les mandan los mayores; mas sus padres no les han de ocupar en cosa, antes ellos mandan y ocupan a sus padres, y si no ejecutan lo que ellos quieren, se les enojan los hijos, y aun les ponen las manos, sin que por eso les castiguen, ni reprendan, vencidos del brutal amor, con que los aman persuadidos a que es amor que sus hijos les tienen. Brutalidad es ésta, que parece increíble, mas es verdadera, y en que se aventajan a las mismas bestias.

El segundo grado es el de los mancebos, que salen ya de muchachos, y van pasando al grado de soldados. Para ponerse la red, que dijimos traen éstos en la cabeza, escogen la primera vez a un viejo o a algún soldado famoso, que sentándole junto a sí, le va con los dedos arrancando poco a poco los aladares, y casi todos los cabellos que se suelen quitar a los religiosos para redondear por abajo el cerquillo, y aunque el dolor sea tan

intenso como se deja entender, el mancebo se ha de estar inmóvil, como si le peinaran sin quejarse, por no dar indicios de cobardía; después le pasa con un hueso de venado los miembros aun el que más ocultó la naturaleza, y con la sangre que sale de ellos, le untan y ensangrentan la cabeza, y echándole el cabello de la mollera hacia el cerebro, se le ata con la dicha red tan fuertemente, que es maravilla lo pueda sufrir, y después le embija todo el cuerpo con cierta tierra colorada; con las cuales ceremonias queda graduado de mancebo, le tratan con honra, y de Vmd.; nadie le puede mandar, juega con los soldados, y sale con ellos a la guerra, trata, y se puede ya dar a cosas deshonestas.

El tercer grado más elevado entre ellos es el de soldado veterano, al cual pasan desde edad de veinte años adelante siendo ya de fuerzas, y valiente. El modo de recibir este grado es en esta forma. El día antes se hace cortar el cabello de la mollera dejándole un dedo de ancho, y de largo todo lo que dice el lugar de las rayas de la cabeza, y luego engrudan el dicho cabello con su betún de cera y manteca de pescado, y se le pegan hacia la frente. Aquella noche se pinta de varios colores, y en medio de la cabeza se pone una diadema redonda de hilo colorado asida del cabello, y por todo el cuerpo unas plumitas cortadas con mucha curiosidad, y unas plumas redondas como bolas

pendientes de unas varillas, haciendo todo forma de rayos. Luego toma un tambor, que es una olla con un poco de agua dentro muy bien tapada, que suena bien, y con un cascabel de calabaza una hora antes de amanecer comienza a tocarle, y juntamente a cantar hasta las cuatro o cinco de la tarde, cuando toma siete huesos de venado muy aguzados o espinas del pescado raya, y los reparte a los soldados veteranos, que él mismo escoge; éstos, llegando al puesto en que está cantando, que es fuera de la ranchería, le cogen el miembro natural, y con el dicho hueso o espina se le traspasan de parte a parte cuatro o cinco veces cada uno como y por donde quiere haciéndosele una criba, y el mártir del demonio se está inmóvil sin quejarse, embijándole luego la cabeza y cuerpo con su propia sangre; con la cual ceremonia tan brutal y propia de gente ciega queda ya graduado de soldado, y con licencia para hacerse las rayas, que se dijo traen en la cabeza.

Cuando muere su cacique o alguno de sus hijos, es singular el sentimiento de sus padres, y el llanto de todos sus vasallos, porque lo primero guardan continencia por uno y más meses según el amor que al hijo, padre o cacique tenían. Lo segundo por todo ese tiempo ayunan, que es no comer pescado, sustento suyo ordinario, y de que gustan más que de carne, y es con tanto rigor esa abstinencia, que por ningún caso la quebrantarán,

aunque los Españoles les conviden con él. Lo tercero por todo aquel tiempo no se embijan con sus colores, sirviéndoles como de luto el ir limpios de color, y así andan tristes y flacos al modo que muchos buenos cristianos en tiempo de cuaresma. Lo cuarto el cacique muda a todos sus vasallos, así hombres, como mujeres, niños y grandes el nombre que antes tenían, de modo que desde aquel día no tienen ningún otro nombre, ni son conocidos, ni llamados sino por el que su cacique les puso, y es cosa maravillosa, que desde aquel punto se acuerdan todos de los nuevos nombres, como si siempre se hubieran llamado así.

Muerto el cacique o hijo suyo, o algún indio principal, matan a algunos así varones, como mujeres, para que les vayan a servir, teniendo por cierta la inmortalidad de las almas engañados a que andan por este mundo con necesidad de quien las acompañe y sirva; y hay así indios, como indias tan ciegos en esta parte, que ellos mismos se ofrecen de su propia voluntad para este sacrificio del demonio, pareciéndoles que con esto muestran el amor y estima que les tienen. El lugar donde entierran al cacique o sus hijos, le cubren de esteras, y al difunto adornan con collares de cuentas, quitándoselos gustoso cada uno, aunque les haya costado mucho, por parecerles acto de piedad debida con los muertos, y al llevarle a la sepultura asan algunas ceremonias bárbaras

nacidas del natural sentimiento que ocupa su corazón por la pérdida de quien amaban.

No tienen más que una mujer; pero no por eso hay entre ellos verdadero matrimonio, por carecer de perpetuidad esos contratos pues con gran facilidad, y sin deshonor alguno, ni temor de pependencias, se apartan el marido de la mujer, y ésta de su marido, acomodándose con otro u otra de su gusto, y es tan brutal su torpeza y la bestialidad con que viven, que no se avergüenzan de juntarse en presencia de otros. Las mujeres son como esclavas perpetuas de sus maridos, mientras con ellos hacen vida maridable; porque nunca descansan las miserables, ocupadas en el servicio y sustento de ellos, haciendo esteras, ollas, tinajas, tejiendo, hilando y cargando todo su ajuar, como jumentos, cuando van caminando, sin que sus maridos les ayuden en cosa. De las indias mocetonas antes de casarse se valen también, cuando van a sus guerras, para que carguen el bagaje, y ayuden a traer los despojos, y les busquen raíces y cardos para comer. Y si antes de casarse algunas de éstas pare, mata luego el hijo, sino es que en sintiéndose preñada le aborta con crueldad; porque, dicen, no tienen padre conocido.

Cuando vuelven victoriosos a sus mujeres, les traen por trofeo las cabezas de sus enemigos, desolladas, y ellas en ciertos días se adornan con las mejores mantas y la cabeza de plumas, la

frente con planchas de plata, y el cuello de collares y sartas de cuentas, y sacan con grande fiesta en público las dichas cabezas, y también a los cautivos que les trajeron, y colgando las cabezas de unos palos, bailan, y cantan a la redonda, alabando a sus maridos, ensalzando su valor, y gloriándose de tenerlos por suyos.

Es cosa ridícula el ver a esta gente ciega, en ocasiones que hace grandes turbiones de agua y viento; porque todos, grandes y pequeños, salen de sus esteras o toldos armados de macanas dando terribles voces y gritos a pelear con la tempestad, persuadidos que en ella vienen demonios, a quien aborrecen mucho; porque dicen vienen a acabar a los Guaycurús, y quieren defenderse de ellos, sin mostrarles cobardía.

Usan en sus guerras de mil ardidés, y contra los Españoles nunca salen a campo; porque dicen que contra el arcabuz no tienen defensa, pues en sonando *tum*, ya está la bala en su cuerpo; pero con iguales armas no los temen, antes hacen burla de ellos, y dicen por escarnio: vengan en horabuena, que en acabándose el bizcocho, y el pan duro de leche (así llaman al queso) se volverán sin hacer nada. Estas y otras muchas cosas tienen los Guaycurús indignas las más, y ajenas de hombres de razón, que por eso hablando de ellos el venerable Padre Juan Eusebio dijo "que aunque en algunas cosas

podían dar documentos a los filósofos, en las más no descubrían señal de hombres. Todo es consecuencia de la ceguera en que viven sin conocimiento de Dios, ni de cosa de la otra vida por carecer de ministros que les alumbren con la luz del Santo Evangelio, y sólo en común saben algo del demonio".

Capítulo 11

XI. De los Churumatas y Chichas

Entre estas dos naciones, de que hemos hablado en particular, Chiriguanás y Guaycurús, están repartidas las dos puntas de oriente y poniente del Chaco. Síguese a los Chiriguanás, tirando para dentro del Chaco por el poniente, la nación de los Churumatas y Chichas orejones, que según la noticia que algunos de ellos dieron en Santiago de Guadalcazar, eran once pueblos llamados Yiraque, Chebe, Porame, Topo, Lataharpé, Tacsuy, Cordory, Yaurapé, Chuqui, Capra y Yosparahé. Están metidos en un valle, que hacen las cordilleras del Perú en las vertientes hacia el Chaco, pero tan inaccesible a los Españoles, por el sumo cuidado que ponían en que no se descubriese senda alguna por donde entrasen, que con verse sus humos como diez o doce leguas distantes desde la ciudad de Santiago de Guadalcazar, nunca pudo penetrar a ellos el gobernador Martín de Ledesma, por más que en

tres años distintos con fuerza de gente lo intentó. La razón de ocultarse tanto del Español, dio uno de estos indios, que servía de guía en una de estas ocasiones, porque como de industria perdiese el camino, y descaminase a los Españoles, éstos le hicieron cargo, a que satisfizo, que no les guiaba bien, porque si lo hiciera, le matarían sin duda sus parientes. Y repreguntado que por qué razón no querían supiésemos sus tierras, respondió : "bien sabemos, que matasteis al Inga los Españoles, por quitarle sus minas y tierras, y si sabéis las nuestras haréis lo mismo con nosotros".

Dicen que serán como seis mil almas. Andan vestidos como en el Perú, de lana de los carneros de la tierra que tienen, y que labran minas de plata, de cuyo metal forman su ajuar, y hacen adornos para sus mujeres, y los hombres chipanas, penachos y pillos para bailar al uso del Inga. Los Chichas orejones, que viven en dichos valles juntos con los Churumatas son indios que ocupaban los emperadores ingas en las minas y conquista de la cordillera, los cuales como supieron la entrada de los Españoles en el Perú, y la muerte que habían dado al Inga Atahuallpa en Cajamarca, y que se habían apoderado del Cuzco, no quisieron volver al Perú, y se quedaron en tierras de los Churumatas. El idioma de éstos es fácil, aunque algo gutural, por recurrir

frecuentísimamente en él estas partículas *chu chu*, distinguiendo los números, modos y tiempos con otras tales partículas.

Hacen grandes sementeras, y a sus tiempos pescas, bajando a pescar en el río Bermejo, pero con tal cuidado de que los Españoles no sepan la entrada a sus tierras, que con haber hallado Martín de Ledesma sus pescadores, no pudo dar nunca con rastro alguno que le indicase la senda o camino por donde o venían a pescar o se volvían a sus tierras, por más que puso en ello todo empeño. Son muy valientes, de que es prueba que teniendo tan cercanos a los Chiriguanás, nunca los han sojuzgado como a las demás naciones ni aún hécholes el menor daño. Algunos quieren (P. Gaspar Osorio, *Epist.* apud Tanner in *Soc. milit.* p. 506) que estos Orejones se llamen así, por tener muy grandes las orejas; pero lo cierto es no ser ésa la causa, sino porque descenden de los Orejones nobles del Cuzco, que eran los capitanes que los Ingas despachaban a sus conquistas.

De otra nación hay algún rumor, y yo no sé si es fábula lo que cuentan de ella o realidad, bien que por los años de 1678 depusieron de ella varios testigos de vista. Cae hacia el norte del Chaco hacia el río Pilcomayo. Dicen que se les crían cuernos en la cabeza, no crecidos, sino cuanto sobresalen al cabello, a los cuales llaman en su idioma los Mataguayes que dieron esta relación

Cullus, que explicaban en la lengua quichua con el nombre Suripehaquin, que es en nuestro castellano lo mismo que pies de avestruz: y los llaman así, porque tienen las piernas sin pantorrilla, y teniendo talón el pie, remata la parte del empeine en forma de pie de avestruz, y que son tan ligeros, que pasan a los caballos : que son de estatura agigantada, y que no usan otras armas sino tres lanzas; y que éstos son los que casi han destruido la nación de los Palomos. Bien sé lo que de varias formas de hombres escriben varios Autores, como los hombres con cola, de que escribe Pedro Mártir de Angleria, que se hallan en la India; los gigantes con rostro como de perro y dientes agudos y largos, que halló en los Andes del Cuzco Juan Alvarez de Maldonado, según escribe el R. P. fray Pedro Simón franciscano; los que tenían las orejas tan largas que pendían hasta la tierra, llamados Tutanuchas, que se hallaron hacia la California, según escribe el R.. P. Fr. Antonio Daza cronista general de la S. orden seráfica, otros, que tenían dos manos y brazos derechos, orejas de jumento, rostro de hombre, y el pie izquierdo, más el derecho de caballo, según escribe Lycosthenes, que hallaron los Portugueses en una isla camino de Calicut, y otros semejantes monstruos, de que habla largamente en su historia peregrina el venerable P. Juan Eusebio; mas con todo eso no me atrevo a dar por cierto lo que cuentan de la nación referida de los Cullujes.

Aunque no dejaré de decir, que se tuvo tan fundada noticia de lo que escribo de ellos, el año citado de 1678 que no dudó escribirlo a Roma en las Letras Anuas de esta provincia el P. Diego Francisco de Altamirano, provincial actual de esta provincia, sujeto de grande juicio, y que después gobernó nuestras provincias del Nuevo Reino, Quito y Perú, como visitador de ellas, y dice en dichas Anuas, que por el modo y circunstancias, como se tuvo dicha noticia, obligaba a que se le diese entero crédito. También dieron noticias los mismos testigos de otra nación, que vivían en unas campiñas sin monte, y casi enterrados en tierra, con otras cosas, que por desdecir de la modestia religiosa, no las refiero. También halló el V. P. y mártir de Cristo Gaspar Osorio en el Chaco hacia donde estaba fundada la ciudad de Guadalcazar una nación, cuyos indios eran tan altos, que extendiendo todo el brazo no podía llegarles a la cabeza. Vivían a orillas del río Tarija. Su idioma era tan terso y pulido, que cedía poco en la elegancia al latino, y tan copioso juntamente, que sólo para explicar el nombre de Dios tenía cuatro sinónimos. Las partículas y verbos eran duplicados; de que se admiró mucho el V. mártir hallando idioma tan culto y elegante en gentes tan bárbaras, aunque ellos no se tenían por tales, antes presumían de sí, que eran los más generosos, políticos y valientes de todas las Indias, y a la verdad su genio era alegre,

comedido y cortés. No nombra el santo Padre la nación en la carta, de donde saque todo esto, escrita el año de 1628 desde Guadalcázar al P. Francisco Vázquez Trujillo actual provincial de esta provincia del Paraguay.

Pasemos ya a otras naciones. La de los Taynuies, o como hoy los llaman, Taunies, tienen muchos pueblos, que todos hablan un mismo lenguaje Taynui, distinto de los demás. Los nombres de sus pueblos son : Tufe, Sulta, Buesiene, Guelse, Etequimeque, Chiucate, Uniaco, Hacohe, Etequihé, Tantias, Huhohé, Queles, Chaeapahé, Utahé, Chamayo, Quiatnates, Coloyahé, Sutehé, Pohoyé, Otogualay, Hotaguanique, Catahis, Ascologates, Notosialahes, Nenque, Talosque, Quiembetes, Siquinte, Siquinte, Huyoque, Astenhé, Auquialaque, Tatalucé, Nacohé, Iqueses, Sintes, Guaytateque. Nehilateque, Huqueyeque, Sicohé, Loyené, Oymigo, Tale, Ensiote, Tulahé, Silagute, Guay, Ycoyohohé, Ycontehé, Notelina, Signacaiena, Chayquitahe, Mualta, Mocohe, Onsse, Aucoyen, Clota, Nesacoctes, Nohoyen, Quisehe, Aysinehé, Mates, Queyohé, Ugúela, Gualayna, Asnete, Chopo, Sutehé, Chutilacá, Chahen, Ayslás, Tatasuhé, Quiate, Tahases, Absnen, Guatatis, Tislaé, Guachalvé, Yelache, Aslutate, Etetohés, Patahesé, Hutay, Gueslahuté, Cheahutahé, Guasahumique, Hohequé. Chestelís, Chiugueté, Mayaheté, Nicayque, Chileteque,

Logoyen, Ticohó, Gueslata, Chiguelsé, Cahetes, Mehinsote, Tatizohá, Chilense, Yadloeate, Silaguete, Suchilhé, Quequitehé, Guacheeaytehe, Etestoy, Ytahuhé, Guaytatihé, Hohotos, Osiquehés, Chanque, Sucheguahe, Guataheque, Vitaychehé, Manuy, Netoye, Noestaynohé, Quesetoy, Equietehé, Eteguco, Yucayé, Chagagcoches, Xamalahó, Hicote, Husse, Tiaguen, Chetehé, Teuquihé, Guatatahé, Hataysse, Guaquiyodque, Sacamayssé, Casse, Myhé, Sebais, Olehé, Catiyen, Taynohó, Mococho, Vitalquima, Notesiloytes, Hiyessé, Emehé, Nehettesse, Nosahé, Utahé, Yaviguetes, Nitahosse, Gualquila, Nelotahe, Enot, Quetulho, Tateyohos, Tatehetá, Guasihé, Latinainó, Guayquise, Nenqueguehé, Aquianista, Leyen, Pisehé, Huyayá, Olcocha, Yeltahé, Guestata, Oycola, Etequeyo, Caymahé, Nicote, Alciaté, Nicuslahé, Niaudese, Calatahuy, Guechuque, Checascas, Equetectoy, Cochohoco, Tolte, Quetoy, Eyautes, Calahenet, Quislehé, Guaye.

De manera que los pueblos de la nación Tainhuy vienen a ser ciento ochenta y tres; aunque el P. Techo añade otros cinco más, pues dice eran ciento ochenta y ocho, siguiendo la relación del licenciado Luis de Yega, que pone los mismos. La nación de los Teutas, dice el mismo Yega, que tenían los cuarenta y seis pueblos siguientes:

Habay, Naguayte, Ponce, Nasutegua, Etequegua, Yasnelique, Pinchile, Achilo, Etaluc, Nonutehé, Nelhé, Taviquihe, Echelabete, Lehite, Nates, Tales, Calasies, Caistoguaca, Putinas, Guayacaru, Nosotalés, Comoetá, Queyohé, Quias, Chachayelta, Urategue, Guehuque, Chaycoahé, Chanquegua, Ahyta, Tuyhen, Nosoy, Alogoches, Obienen, Teslese, Ugratehé, Omohe, Tahié, Nenque, Tatí, Sesecob, Tuytastas, Chochohahé, Chese, Octa, Tolque.

La nación, que a ésta se signe, son los Mataguayes, que son los más inmediatos hacia Xuxuy, aunque algunos había hacia los Chiriguanás, de que fundó un pueblo o reducción la esclarecida religión de Santo Domingo, de que después hablaremos. Hay unos llamados Mataguayes Coronados, y otros Mataguayes Churumatas. Los Coronados hablan la lengua guaraní, aunque la materna suya es diferente. Los Mataguayes Churumatas entienden y hablan diversas lenguas, como son la Quichua, la Guaraní y la Ocloya, por los diferentes cautivos que tienen en sus tierras, y entienden también la lengua de los Tobas. Estaban todos estos Mataguayes, repartidos en los cincuenta pueblos siguientes :

Neantiche, Mocoy, Collemage, Aucapinhé, Hucohas, Hocohá, Oyahá, Natetehá, Chinitiohe, Onin, Anuyguay, Alesnuy, Chayabo, Chioquiose, Hucoha, Chayquehé, Chachinami, Pelo,

Cahotochin, Nacalgoy, Chenesse, Halcacha, Cheneschá, Peque, Nitilinquín, Guays, Guocopa, Hucuchinami, Tinquiahó, Hocala, Leguelseha, Oyaho, Carininquin, Yantis, Luguarache, Neglisehé, Loquelesse, Gueysehé, Cotonhá, Tapela, Onoralgualache, Poytin, Hopitata, Hopitahé, Tatotehé, Lechonehá, Lohoteá, Toctoy, Apagatin, Rimpihá.

Después de éstos están los Agoyas, que son ocho pueblos, Tacomohe, Setes, Chanca, Aquesuy, Nao, Pulche, Omohe, Tocto. Luego los Xolotas en estos pueblos: Nataguayoco, Tahochees, Yelgochees, Yalataches, Qaitiguigi, Gilgray, Aleynoy, Pega, Equitehé, Chinichica, Comogoy, Taguahó, Natilatcha, Lenque, Guacanicoripí, Machalgayco, Natalguayque y Copacon. Con estar poco distantes estos diez y ocho pueblos de los Xolotas, de la nación de los Agoyas, hablan lengua muy diferente unos de otros. Luego se siguen las naciones de los Tobas, Mocobíes, y Yapitalaguas, que las tres hablan lengua toba, y muchas veces, con estar en el centro del Chaco los Mocobíes, se estienden con sus correrías, hasta la nación de los Abipones, y costas del Paraná, y confederadas ambas dan contra las ciudades de San Juan de Vera de las Corrientes y de Santa Fe de la Vera Cruz, a quien el día de hoy tienen casi arruinada. Los pueblos de los Tobas son:

Guaypoy, Risagel viejo, Coane, Chocory, Yupelgol, Nachalonchalgay, Tanatos, Eldelapora, Lironcoy, Natingory, Guantoc, Lapalac, Chingalgay, Chinayquechin, Cutiguali, Quitalgay, Pilgray, Nooco, Lachiririn, Los pueblos de los Mocobíes y Yapitalaguas son los que siguen: Chalapirin, Elenoquealgay, Poytingalgay, Nosalatincoralgay, Matolin, Dilniquin, Gotgolin, Chomichicalgal, Copatingalgay, Milagayquin, Guanegoralgay, Amalquin, Tomalgay, Nocoysin, Niquelgayca, Chibiquitín, Nichoquoy, Poyngalgay, Nocoage, Clautaoy, Topoquitin, Chomagalgay, Malbagayca, Remaquitin, Palalicoy.

Capítulo 12

XII. De las costumbres de estas naciones dichas en el párrafo precedente

Todas estas naciones que aquí hemos puesto con sus poblaciones, conviene a saber Taynuyes, Teutas, Mataguayes, Agoyas, Xolotas, Tobas, Mocobíes, Yapitalaguas, y también Aguilotes, que viven entre Mocobíes, y los Palomos, que casi se han acabado, todos tienen unas mismas costumbres, y son semejantes en todo, que por eso los hemos juntado, para hablar sin distinción de unos a otros. Todos son Caribes, comedores de carne humana, pérfidos por extremo sin poderse fiar de su palabra; muy dados a la guerra, que levantan entre sí fácilmente, y algunos la

tienen a veces con los Guaycurús, y todos de continuo con el Español, aunque respecto de éstos, más se pueden llamar ladrones que soldados, porque nunca hacen cara a los Españoles, sino que acometen a hurtadillas, y asegurando antes muy bien el lance por medio de espías que se pueden llamar incansables, pues estarán explorando los estalajes del Español uno, dos y tres años, observando de noche la disposición de todo con gran cuidado, y si hallarán resistencia o no, y hasta que se aseguran, no dan el asalto; conque cuando acometen, ya es cosa hecha, y en que no hay peligro. Estos espías, para no ser vistos andan a gatas de noche, por lo cual tienen los codos llenos de callos, y nunca acometen por venir solos, y si son sentidos se escabullen con facilidad, y aun algunos por arte mágica, toman figura de varios animales mansos, para hacer más seguros sus observaciones. En medio de que nunca hacen frente al Español, no obstante en viéndose acosados en paraje de donde no pueden huir, pelean con valor, y venden muy caras sus vidas, como se ve cada día, y lo experimentó ahora cinco años un maestro de campo del tercio de la ciudad de Santiago del Estero, el cual dando con cinco Mocovies en una isla de bosque, les cercó con parte de su tercio, pero ellos se les resistieron varonilmente hiriendo a muchos Españoles antes de morir los cuatro y el último que quedó solo con su mujer, mantuvo con

valor la resistencia, ministrándole armas su misma mujer, sin quererse entregar hasta que le mataron a balazos, habiendo herido él antes a flechazos a muchos Españoles, y casi mortalmente al maestro de campo. Las armas, de que todos usan, son flecha, macana y dardo, que labran pulidamente de cierta madera muy dura; son muy largos, que tendrán quince palmos, y muy pesados; pero los juegan con mucha destreza y agilidad. La punta labran de asta de venado, y no la encajan apretada en el dardo, sino antes holgada, y le atan un cordelillo, para que en metiéndola en el cuerpo del enemigo, y sacando con presteza el dardo, quede dentro la punta, y apresado el enemigo con la cuerda; porque la punta no puede salir del cuerpo, sino haciendo mayor herida, porque en la parte por donde se encaja en el dardo le labran una lengüeta, que impide la salida. A los enemigos que hieren en la guerra, si tienen tiempo, les cortan indefectiblemente la cabeza en que son muy diestros, pues en un momento les buscan las coyunturas, y las siegan con su cuchillo ordinario formado de las quijadas de la palometa. Después de cortada, la desuellan desde los ojos hasta la nuca, y aquella piel con sus cabellos la estiran, secan y guardan para celebrar sus mayores fiestas y demostrar su valentía.

Antiguamente andaban a pie; pero después se han hecho grandes jinetes, porque han hecho

grandes presas de caballos de las estancias y poblaciones de los Españoles, de manera que de sólo la ciudad de Santa Fe en sólo veinte años, que ha la persiguen con empeño, habrán cogido más de quince mil caballos. Por eso están el día de hoy más diestros en cabalgar, que los mismos Españoles; corriendo el caballo de huida con estribar en sólo su dardo montan en él, ya por los lados, ya por detrás; no usan estribos, y sus sillas son bien desengañadas, y a veces andan en pelo, pero con tal ligereza, que rara vez les dan alcance los Españoles, pues con un azote de tres ramales, que cada uno trae en la mano, hacen volar los caballos. Cuando andan en la guerra se contentan con poco sustento que cada uno carga a la grupa, y se ríen de las muchas prevenciones de los Españoles, pues ellos con un poco de carne mal asada, y lo que les ofrece el campo de fruta o de otras cosas emprenden viaje de cien leguas para la guerra, sin tener más cama para dormir, que el duro suelo, o cuando más un cuero duro de vaca. Bien que esto no es mucho, pues apenas tienen camas de mejor condición en sus tierras.

Estas son de paja tendida por todo el suelo de la casa, la cual aunque baja, es muy larga para que pueda tenderse todo el linaje dentro, cada familia con su hogar en medio. El más viejo se acuesta en la cabecera, y después a un lado y a otro los hijos según sus edades, a quienes también por ambos

lados van siguiendo los nietos y demás descendientes cada uno con sus familias, de suerte que en el modo de situarse para dormir están pintando el árbol de la descendencia. Allí no tienen más abrigo que ramas y hierbas, con que cubren sus ranchos, en que a todas horas tienen fuego, y el más bien parado suele tener para abrigarse una manta de pieles de venados o nutrias.

Los varones andan comúnmente desnudos del todo sin ningún empacho, aunque tan curtida su piel con los temporales de que no se guardan, que parecen vestidos de badana o de cordobán, en particular los viejos, que son muchos, porque no les dañan las inclemencias del cielo, a que se hacen desde niños. Vi en Santa Fe la cabeza de un Mocobí, como de cuarenta años, cuya piel tenía más de medio dedo de grueso. Las mujeres todas andan cubiertas de pies a cabeza con mantas de pieles de animales; y las más principales se cubren con tejidos de hierba correosa más gruesa que pita, que en esta provincia llamamos Chaguar, y nace silvestre; de ella hacen un hilo semejante al de los zapateros, y tejen su vestidos, a que las hijas y mujeres de los más principales añaden algunas labores de blanco y negro, y del mismo hilo labran también cántaros, que en pegándolos con betún de cera, mantienen bien el agua y los brebajes, con que se embriagan.

Todas las mujeres se pintan los rostros, pechos y brazos al modo que en África y España las moras, y las más principales con más labores que nunca se borran, porque desde que nacen empiezan sus madres a grabarles los colores en la misma carne con unas espinas gruesas de ciertos pescados, y color azul obscuro, de que también tiñen algo, aunque no tanto, a los niños varones. Asimismo las madres a los de uno y otro sexo arrancan el pelo de la cabeza, haciendo un como camino de tres dedos de ancho desde la frente hasta la coronilla de la cabeza, del todo pelado, donde nunca les vuelve a nacer el cabello. Así andan lo Mocobies, Tobas, Agoyas, Taynuies, Aguilotes hombres y mujeres, con que éstas quedan feas sobremanera, aunque a su parecer muy hermosas. Y para que se pelen las mujeres, se les suele aparecer el diablo en figura de una india, que sale del bosque más cercano tapada con una red, y les dice que las que no se quieren dejar pelar, no habrán de comer pescado, porque si sin pelarse le comen, se morirán; con que si alguna por el dolor se resistía a dejarse arrancar los cabellos, luego abraza ese dolor, por no privarse de la comida del pescado, que es la que más apetecen. Otras de estas naciones no se abren el camino que dijimos, sino que totalmente se arrancan todos los cabellos de la parte anterior, como cosa de cuatro dedos. Y algunos de los Mataguayes se arrancan el cabello de en medio

de la cabeza formando una corona, por donde se llaman Coronados, aunque los Mataguayes Churumatas andan como los Tobas y Mocobíes.

Al tiempo que los varones de noche se ocupan en asar al fuego las carnes de sus enemigos, para darles sepulcro racional en sus brutales vientres, suelen estar las viejas, que son ordinariamente hechiceras, y las veneran como a sacerdotisas, cantando toda o casi toda una noche los triunfos contra sus enemigos o las endechas por los difuntos; mas si han tenido mal suceso en la guerra, a la vuelta no se oye una palabra en todos los pueblecillos o rancherías que participaron de la desgracia, observando estrecho silencio en señal de su sentimiento, y todo lo atribuyen a varios agüeros. Duran en esta tristeza algunos días hasta que poco a poco se van olvidando y saliendo de sus ranchos; que entonces los parientes de los muertos empiezan a convidar a los demás para la venganza, y es ley inviolable que dichos parientes hayan de capitanear a los demás, exponiéndose a los trances más peligrosos; pero no han de ir más al lugar donde sucedió la desgracia, porque imaginan que si allí pelean, serán fijamente vencidos.

No siembran, sino que viven de la caza y pesca, para que andan vagos por los bosques y ríos, y en volviendo a casa, lo ordinario es embriagarse con el vino que hacen de la miel silvestre o de la

algarroba, y les dura la embriaguez hasta que la falta de provisión les hace salir a buscar de nuevo otra, y si algún rato les queda libre, le ocupan en labrar las armas para sus guerras. Algunos de ellos como los Mocobíes, y Aguilotes, fuera de la caza y pesca comen también langostas o asadas o cocidas. Para todo lo demás hacen todas estas naciones, que sus mujeres les sirvan con bastante fatiga; porque cortan ellas la leña, y la conducen en sus hombros al rancho, aun llevando juntamente su hijo a los pechos; así el agua del río, y lo demás, con tal rigor, que en los caminos anda solo el marido a caballo, haciendo que la mujer y su hijo tierno le sigan a pie. Y la madre no más piadosa con la criatura, que ya empieza a andar, la obliga a caminar a pie por llevar ella en sus brazos al perro, que les hace compañía. Es verdad que todo este trabajo es en las indias de estas naciones más tolerable por ser ellas de muchas fuerzas y muy robustas, de cuya robustez es prueba lo que hacen luego que paren pues yéndose con la criatura al río o arroyo más cercano, se echan en él a nadar, y se lavan muy bien, sin que por esto experimenten el menor daño. No obstante si los maridos cautivan alguna mujer de otra nación bárbara o española, la perdonan la vida, para que sirva a su mujer, como esclava, y también para manceba, aunque ha de ser con recato de que no lo entienda la propia

mujer, porque son sobremanera celosas, y les afrentan si llegan a Españolas.

En la nación de los Mocobíes llega a ser el exceso en la embriaguez, más notable que en las demás; pues no sólo se embriagan los varones, sino también las mujeres contra lo que las demás estilan, y así se siguen en ellas los demás efectos de vengar entonces los agravios con heridas y muertes. Persigue y trabaja mucho a estas naciones la enfermedad de las viruelas, que hace en ellos horrible riza por no tener más médicos, que los viejos chupadores, que sino le sanan al enfermo, que es lo más ordinario, le desamparan totalmente. Cuando alguno muere, los que acaso se hallan presentes, le abren allí mismo la sepultura y le entierran tendido y sobre la sepultura clavan un dardo con el casco de algún cristiano o enemigo suyo en la punta, y luego desamparan el lugar, sin volver jamás a pasar por allí, mientras dura la memoria. No se ha reconocido en ellos rastro de religión, sino que son finísimos ateístas, sin conocimiento alguno o de la otra vida o de la inmortalidad del alma. A sus hechiceros tienen algún respeto, más por el mal que temen les hagan con sus hechizos, que por bien que esperen de ellos, aunque ellos se esfuerzan en persuadir a los demás, que en su mano está la salud o enfermedad, y éstos son los que hacen más vigorosa resistencia al Evangelio,

oponiéndose a que no reciban los suyos, ni dejen administrar a sus hijos el santo bautismo, persuadiéndoles a que les quita la vida, para que se valen de lo que pasa a los principios de cualquier misión, cuando sólo bautizan los misioneros a los que están en el artículo de la muerte, y como poco después los ven ordinariamente morir; se arraiga más en sus cortos entendimientos este error tan perjudicial.

Capítulo 13

XIII. De la nación Malbalá

Inmediatos a todos éstos estaba la nación malbalá, a orillas del río Grande. Son indios por lo común bien agestados y de buen talle. Aunque andan desnudos, no es con tanta brutalidad como las naciones de que hemos hablado, porque para cubrir las partes, que recata la vergüenza natural, usan el ceñirse unos cueros o redes de chagüar por la cintura. Las mujeres se cubren todo el cuerpo con sus mantas, y hasta que se casan son bien blancas, pues hasta entonces no se pintan, como usan desde niños las naciones referidas. En casándose se permite a las mujeres pintarse el rostro con unas rayas azules, que comenzando desde la frente, termina la de en medio en la punta de las narices, y las otras hasta la barba. Los varones casados se pintan también la frente con cuadrángulos y cruces azules. Cásanse con sola

una mujer, y para este matrimonio y contrato pide el novio a la mujer a sus padres, quienes cogiendo aparte a la muchacha la toman el consentimiento, y en dándose la entregan a su marido. Guardan entre sí mutua fidelidad, y si la mujer comete adulterio, no la castiga el marido, sino sus padres o parientes, que en público ejecutan severamente en ella el castigo merecido. Las viudas que no se quieren volver a casar, sirven de mujeres comunes, y después aunque mucho lo soliciten, ninguno casará con ellas, por tenerlas por infames.

Las de esta nación no se pelan la frente, como las otras, sino que se dejan crecer el cabello, le cortan alrededor sobre los hombros, menos los viudos, que en señal de luto le dejan crecer más, y no le cortan, ni comen pescado todo el tiempo de la viudez. Las armas son las que usan las otras naciones, excepto que el dardo no se permite promiscuamente a todos, sino a solos los caciques y capitanes, y así viene a ser ésa su insignia y distintivo. Profesan declarada enemistad con todas las naciones mencionadas, como Mocobíes, Tobas, etc., y sólo son amigos de los Chunipies y Velelas, de quien ya hablaremos; y así a sus enemigos hacen cruda guerra. No siembran cosa alguna, sino viven de la pesca y caza; sólo si crían algunas ovejas no tanto para su sustento, cuanto para de su lana tejer algunos ceñidores colorados y esmaltados con lentejuelas de conchas blancas,

que curiosamente labran, y de estos ceñidores se ponen en la cabeza, como diademas, y plumas de varios colores por la cintura, para celebrar sus fiestas y borracheras, en el cual tiempo dicen ellos se les aparece un hombre en traje de Español, que es el demonio, y habla solamente con los viejos chupadores, a quienes revela los sucesos futuros, que ha podido rastrear; pero no por eso le dan algún culto, porque son totalmente ateístas sin conocer a Dios, ni otra vida, y dicen expresamente, que en muriendo, todo se acaba. Son sí muy supersticiosos y agoreros, creyendo en cantos de pájaros, aullidos de perros, etc., por donde pronostican sus sucesos faustos o infelices, y por ahí gobiernan sus resoluciones.

A los que mueren, si eran guerreros los entierran de pie en una hoya profunda; a los demás, echados; pero ni les ponen comida, ni bebida, ni otra cosa alguna, como usan otros bárbaros de estas partes. Sólo sí se abstienen de no tocar, ni tomar las armas de los que mueren en las refriegas, y de no pasar otra vez por el paraje donde les sucedió la desgracia por el mal agüero que forman. Celebran algunos días al alba las exequias del difunto, con grandes alaridos y llantos, y allí cesa toda la memoria, y se acaba el sentimiento. Entre los caciques o capitanejos de esta nación se hallaron algunos con nombres parecidos a los de los Judíos, v. g. uno llamado

Jonays, otro Jonapaín, otro Jonastete, y otro Jonayso, formados al parecer del nombre de Jonás, y otros a este tono; de donde algunos han querido decir, se confirma la opinión de los que sienten se poblaron parte de las Indias de las diez tribus de Israel, que el año nono del reinado de Oséas, rey de Israel, y sexto de Ezequías, rey de Judá, que vino a ser el de 3993 de la creación del mundo, 721 antes de la venida de Cristo, hizo cautivos, y sacó de Judea, Salmanasar, rey de los Asirios, para lo cual se fundan en el capítulo trece del libro cuarto apócrifo de Esdrás. Y de ver la semejanza de estos nombres con el de Jonás, como deducción de él, y hallar los de David, Sansón y Salomón entre los Calchaquíes, como también de lo dado a ceremonias exteriores que son las naciones de los indios, infieren, que descenden de Judíos. Mas volviendo a los Malbalaes digo, que de esta nación, como tenía enemiga mortal con los Mocobíes, Tobas, Mataguayes, etc., se presume que no eran enemigos de los Españoles, ni concurrían a los daños que esas otras naciones ejecutaban contra las ciudades de la frontera del Chaco; por lo cual en la guerra que a las naciones del Chaco empezó a hacer el insigne y esclarecido gobernador de esta provincia del Tucumán, brigadier don Esteban de Urizar y Arezpacochoaga, caballero del hábito de Santiago, los admitió a la paz; pero con condición que habían de salir del Chaco, y

juntarse en una reducción para ser doctrinados en los misterios de nuestra santa Fe; y en consecuencia de esto los mandó conducir, para que se poblasen en el puerto de Buenos Aires; pero ellos ya quizás arrepentidos de esta mudanza al pasar por Santiago del Estero, se rebelaron, y matando a un capitán y cuatro soldados, e hiriendo a otros, procuraron huirse a sus tierras; resistieron los demás soldados del convoy, y mataron algunos Malbalaes, y del resto otros se escaparon de hecho, y volvieron a sus tierras uniéndose con los enemigos del Español, pero la mayor parte pasó a la jurisdicción de Buenos Aires, para ser catequizados. Toda la nación sería de más de quinientas almas, y se supo después ejecutaban sus crueldades con los Españoles, como las demás.

Capítulo 14

XIV. De las naciones Tequet, Chunipí, Guamalca, Yucunampa y Bilela

Caminando por el río Grande o Bermejo al oriente, después de la nación de los Malbalaes, se signen las naciones Tequet, Chunipí, Guamalca, Yucunampa, Velela. Todas estas naciones son indios de a pie, y más pacíficos que los demás del Chaco, de quienes nunca se sabe hayan hecho hostilidad al Español, ni aun contra otros infieles, sino solamente guerra defensiva, para lo cual se

convocan todos los pueblos, que dicen pasan de cincuenta situados a una y otra ribera del río Bermejo hasta cuatro o cinco jornadas antes que éste desagüe en el río Paraguay, y se junta numeroso ejército con tan buen orden, que se hace formidable a las demás naciones.

"Es común voz (dice el doctor Jarque) que algunos de aquellos pueblos tuvieron su origen de indios y cristianos, que de las provincias del Paraguay, Río de la Plata, Tucumán, y aun del Perú, huyéndose de la tierra de Españoles, por no servirles se alejaron entre infieles a aquel paraje, donde sus descendientes, aunque infieles, se conservan con algunas costumbres de cristianos, juntándolos a rezar sus caciques algunos días, cultivando la tierra y criando ovejas para sustentarse, absteniéndose de guerra ofensiva en particular contra los Españoles, porque éstos no tengan pretexto con debelarlos". Hasta aquí Jarque, y lo que dice de cultivar la tierra y criar ovejas es así, porque de sus lanas se visten algunos. El día de hoy son amigos de los Españoles, especialmente los Chunupies, con quien por mandato del gobernador don Esteban de Urizar estableció paces el año de 1710, el maestro de campo don Juan de Elizondo, dejándoles cartas por donde constase de su amistad, con orden de que si llegasen otros Españoles a hacerles guerra, se las mostrasen, como ellos lo ejecutan.

Antiguamente hubo grande fama, de que en las tierras de estas cinco naciones había una población muy grande, que tenía seis leguas de largo, a las márgenes del Bermejo, a la cual llamaban Ococolot, de la cual hace mención el licenciado Luis de Vega en su Descripción del Chaco, y de ella deponían uniformes las muchas naciones de indios, que acudían a la ciudad de Santiago de Guadalcazar, según consta por una información jurídica que allí se hizo el año de 1630. En busca de este gran pueblo de Ococolot salió de Guadalcazar por julio de 1630, el gobernador Martín de Ledesma Valderrama, llevando veinte y nueve soldados en su compañía anduvieron sesenta leguas a orillas del Bermejo; pero cuando estaban pocas jornadas distantes de las naciones de Guamalca, Chunupies, Velelas, donde situaban a Ococolot, encontraron el día quince de agosto ocho corredores que despachaba por delante, tantos y tan grandes caminos, que parecían de república de Españoles, que todos iban a dar a las dichas naciones; dieron luego con los indios de otra nación distinta, que venían a caballo. Siguiéronlos los corredores, y no les pudieron dar alcance hasta las primeras poblaciones de dicha nación, y a las voces que los indios iban dando, salió de ellas gran multitud de infieles a caballo, fuera de tener otros muchos atados en la cercanía, por tener gran número de los que se alzaron en la ciudad de la Concepción

de Bermejo. Llegado el gobernador Ledesma, y todos los soldados, requirió muchas veces a aquella nación con la paz, y se habló con ellos en cuatro diversas lenguas, y en todas hubo indios entre ellos que respondiesen, pero siempre constantes en que deseaban pelear, y no querían ser amigos de los Españoles, y poniéndolo en ejecución, y acometiendo al gobernador, éste ordenó a los suyos les disparasen las bocas de fuego; con que a pocas cargas cayendo algunos muertos se desbarataron los indios, y pusieron en fuga, apresando los Españoles los muchos caballos que dejaron; mas como los Españoles eran tan pocos, y se oyese las cornetas y mucho ruido de gente que venía sobre ellos, trataron de retirarse lo mejor que pudieron, dejando por esta causa de descubrir las naciones de Tequetes, Guamalcas, Chunupies y Vilelas, y el famoso pueblo de Oocolot. Todo consta de la información citada hecha aquel mismo año, en que deponen testigos que se hallaron en dicha jornada. Lo que yo presumo de dicho pueblo es, que como estas naciones son numerosas y cogieran sus pueblos seis leguas del río Bermejo, llamaban a aquellas rancherías o un solo pueblo o rancherías, por estar muy juntas y de ahí se abultó la fama; porque aunque después han llegado allí Españoles, nunca han descubierto tal población.

Los indios pues de las cinco naciones de que vamos hablando, son de buenos naturales, a lo que muestran; los semblantes alegres, mirando cuando hablan, de hito en hito, al contrario de otros bárbaros de este Chaco. Son a su modo muy corteses y cumplidos, y así cuando el año de 1711, llegó a las rancherías de los Chunupíes el maestro de campo de tercio, de la ciudad de Salta, don Fernando de Lisperguer y Aguirre con sus soldados, luego mandó el cacique a sus vasallos tuviesen los caballos de las riendas, para que se apeasen, y cogiéndolos de la mano, los fué metiendo en su casa y dándoles asiento que tenía formado de paja; cortesías todas, que aunque tan ordinarias en naciones políticas, fueron muy apreciables en ésta por desdecir tanto de la rusticidad huraña y descortés de las naciones circunvecinas, en quienes no se descubre el menor indicio de cortesía.

Fuera del sustento ordinario de todas las demás naciones del Chaco, que es caza y pesca, hacen grandes sementeras de maíz, que les rinde abundante cosecha. No acostumbran pintarse o embijarse el cuerpo o el rostro; sólo se horadan las orejas, al modo que las mujeres españolas, y del agujero traen pendientes unos hilos de varios colores. No se pelan las frentes o cabeza: pero sólo dejan crecer el cabello hasta los hombros, y otros más corto, y por delante usan unas crinejas

pequeñas, que atan hacia detrás de las orejas con un hilo de chaguar. Andan los Tequetes, Guamalcas y Chunupíes totalmente desnudos, sin cubrir parte alguna de su cuerpo; mas los Velelas crían ovejas, y se visten de los tejidos de su lana. Sus armas son las ordinarias, y para colgar la macana traen ceñido todos, un cordel por la cintura. Son enemigos capitales de los Tobas, Mocobíes, etc., mas nunca les hacen guerra, sino provocados, y entonces degüellan a los vencidos, como usan los Mocobíes. En todos los pueblos (que son semejantes a las rancherías de los otros bárbaros) tienen en campo raso muchas columnas de madera, poco más gruesas de lo que puede abarcar un hombre con ambas manos, y de dos estados de alto; píntanlas curiosamente de colorado, blanco y negro, y en el medio de las labores o flores de las pinturas, forman una cruz de los mismos colores; al pie de las columnas hay dos arcos pequeños, que miran al oriente, y otros dos al poniente, y luego consecutivamente otros en fila por ambos lados. Algunos presumen que todo esto es para idolatrar o adorar al demonio, y así en la entrada o campaña del año 1711, el maestro de campo Esteban de Nieva y Castilla jefe de los más principales de aquella facción, teniendo por cierta esta opinión, y encendido en celo de la religión mandó a sus soldados derribasen dichas columnas en ambas márgenes del río Bermejo, donde halló muchas; mas otros juzgan que sólo

sirven para sus festejos, pues en ninguna ranchería suya se ha hallado ídolo ninguno, ni se descubre en ellos rastro de que tengan algún género de religión o de que adoren al demonio; antes sí señales de su buena índole de que abrazarán nuestra santa Fe.

Capítulo 15

XV. De la nación de los Abipones

Por fin del río Bermejo, y caminando a orillas del Paraná el rumbo al sur, está la nación de los Abipones. Fué antiguamente muy numerosa, pues en un solo pueblo de ellos cercano a la ciudad de la Concepción, halló el Padre Juan Fonte, uno de los primeros obreros de esta provincia, más de ocho mil almas, y en la nación de los Matarás o Amulalas, que estaba ocho leguas de la misma ciudad, encontró pueblo de más de siete mil, y es constante había más de cien mil indios en el contorno de aquella ciudad del río Bermejo. El día de hoy se mantiene un pueblo cristiano de la nación de los Matarás en la jurisdicción de Santiago del Estero; los demás, y los Abipones no son tantos como antiguamente; pero es nación numerosa, y la que tiene casi arruinada a la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz. Llámanse el día de hoy Callagaes, que antiguamente se llamaban Abipones.

Dichos Abipones andan totalmente desnudos, aunque las mujeres se cubren con mantas de pellejos bien aderezados, a que llaman queyapí. Usan las armas que todos los del Chaco, y se pelan la cabeza al modo que los Guaycurús, aunque el cabello, que les queda algo largo, lo atan atrás con una trenza, porque no les impida cuando anclan en el agua, que es muy de ordinario, por ser grandes nadadores. Son de grande y fornida estatura, y bien agestados, pero se labran la cara y cuerpo, y se embijan, con que encubren la blancura natural. Taládranse el labio inferior de que pende un barbote o como acá llaman mbetá. Son muy dados a la milicia, ejercitándose de continuo en la guerra sobre leves causas, que las más ordinarias son sobre si vino a pescar o cazar dentro de sus límites. Estos los amojonan con unos horcones largos, y en ellos cuelgan las cabezas de los muertos, por haber violado los términos de ajena jurisdicción. Desde niños se van curtiendo y sajando el cuerpo, para hacerse robustos en su desnudez, y así tienen viejos diputados que les sajan a ciertos tiempos pies, piernas, brazos y cuerpo con puntas del pez raya muy agudas, y lo que es más, la lengua, que da compasión verlos, y ellos lo pasan riendo. Los mozos al modo que los Guaycurús no entran con los demás a beber, ni a otras acciones, hasta que pasan por el martirio de que cuatro viejos les traspasen como, y cuantas veces gustaren con

espinas, la parte que más recata la honestidad, lo que han de tolerar sin dar la menor muestra de flaqueza, ni un quejido, y desde entonces se pueden ya juntar con los valientes. Cuando salen a la guerra se punzan muy bien la lengua, y con aquella sangre se untan todo el cuerpo, y sobre este matiz hacen mil labores con carbón, y de esta suerte, dicen ellos con el dolor que llevan, que cuanto topan lo destruyen sin distinción de edad o sexo, y su mayor alabanza es matar a cuantos más pudieren, y según el número de los que hubieren muerto, se les permite poner otras tantas plumas en el dardo. Con ser en muchas cosas semejantes a los Guaycurús, tienen con ellos ordinariamente guerra, y sólo divide a ambas naciones el río Bermejo.

Cuando se anega su tierra, que es en los cinco meses del año, se retiran a vivir en islas, y aun sobre los árboles, y en enjugándose la campaña, se acercan a las lagunas donde hay dehesas de lindísimos pastos para ganado. Suelen sembrar algo, pero muy poco, y cuando cautivan algunos Españoles, los primeros meses los ocupan en guardar las sementeras. Su ordinario sustento es la pesca y caza, en que no perdonan a los tigres, cuyas hediondas carnes aprecian mucho, y las reparten en pedazos, como por reliquia entre los parientes y amigos, porque dicen, que con las

carnes de esta fiera se les infunden bríos y valentía.

No tienen conocimiento alguno de Dios, viviendo como bestias, sin policía, ni gobierno y sólo hay algunos caciques a quienes los de su familia y emparentados únicamente siguen, y sólo cuando van a la guerra tienen cabeza superior, que los gobierne. Hechiceros sí que hay muchos entre ellos, que hablan con el demonio, quien se les aparece en sus fiestas y borracheras, feo y abominable, y a su semejanza se embijan los indios por darle gusto, sin tributarle ninguna adoración o culto. Y aunque a las veces el demonio no se quiera aparecer a los hechiceros, ellos fingen que se les ha aparecido, para que así los demás les teman y honren, y les llamen en sus enfermedades para que les curen, lo cual hacen chupándoles, fingiendo que con eso les saca del cuerpo la causa de sus enfermedades, que son palillos o piedras o cabellos que llevan encubiertos en la boca; mas guárdese el hechicero de no acertar la cura y que muera el doliente, porque luego se conjuran los parientes, y le matan, porque dicen, ha sido él la causa de la muerte.

No obstante la falta de conocimiento de alguna deidad, creen la inmortalidad del alma, y dicen que va a una tierra de sumos deleites, donde danzan y beben a su gusto, en que está la felicidad de esta gente ciega. Cuando muere el marido, la mujer

guarda celibato, y ayuna un año, que es abstenerse de comer pescado, y al tiempo salen estas viudas al campo, diciendo que su marido viene ya a darles licencia, para que se casen con otro. No tienen de ordinario más que una mujer, y éstas son curiosas y diestras en hilar el hilo de chaguar, y labrar algunas cosas para gala suya, y en particular en coser las pieles de las nutrias o venados para sus mantas, que las cosen tan curiosa y prolijamente, que admira. En esto se ocupan las mujeres, que los varones fuera del tiempo de guerra son haraganes, y sólo se entretienen por las tardes en hacer alardes, y los muchachos desde el amanecer en correr, para ejercitar las fuerzas. Aunque ellos son muy entregados a la embriaguez, las mujeres son muy abstemias, y sirven de esconderles en aquel tiempo las armas, porque no se maten.

Cuándo la mujer pare o el hijo enferma, el marido se echa en la cama hasta que pasan algunos días, y se abstiene de comer pescado, porque con eso dicen sanará el hijo y la madre, y sino morirá. Las mujeres no crían más que dos hijos o hijas; los demás que paren, los matan por evitar el trabajo de la crianza, que es cosa bien particular y ajena del amor natural de las madres, aun entre bestias fieras, y es sin duda permisión divina, para que no se aumente demasiado tan bárbara gente, y tan enemiga de cristianos.

Junto a la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, que es la parte meridional del Chaco sobre las riberas del río Salado estaba la nación de los Calchaquíes. Es de advertir, que en estas provincias hubo dos naciones llamadas Calchaquí, la una y más numerosa caía en frente de las ciudades de Salta y San Miguel de Tucumán veinte y cinco leguas distante a la parte del poniente, y vivían en un valle llamado Calchaquí, que confinaba con el célebre despoblado de Atacama, que corre desde Coquimbo, ciudad de Chile, hasta el Perú; fué nación muy valerosa, que se resistió a la sujeción de los Españoles, e inquietó muchos años la provincia del Tucumán, hasta que gobernándola segunda vez don Alonso de Mercado y Villacorta, caballero de la orden de Santiago por los años de 1665, los sujetó a fuerza de armas, y los desnaturalizó de su valle, que ha quedado desde entonces despoblado, trasladándolos a las cercanías de Buenos Aires, por mandato de la Real Audiencia, que hubo en aquel puerto. De esta nación no hablamos aquí, porque no pertenece al distrito del Chaco.

Hubo otra nación de Calchaquíes (y es la de que hablamos) que vivieron hacia la ciudad del río Bermejo, llamada la Concepción de Buena Esperanza, donde estuvieron encomendados a los Españoles, y tenía entre ellos el rey, un pueblo encabezado en su real corona, que le rendía no

pequeño tributo. Mas apurados sobremanera del continuo trabajo en beneficiar el algodón, y tejer lienzos, y viendo a sus mujeres muy afanadas con el perpetuo hilado y rigor con que se les pedía la tarea aún a la más ocupada en criar sus hijos, les forzó la necesidad a buscar el desahogo. Para esto se confederaron los Calchaquíes con los Mogosnas, Naticas, Callagaes, Abipones y matando buen número de Españoles, forzaron a los que quedaron con vida a que desamparando del todo la ciudad se retirasen a la ciudad de San Juan de Vera de las Corrientes distante treinta leguas, Paraná en medio. Y aunque saliendo de las Corrientes el maestro de campo Manuel Cabral de Alpoin noble lusitano, gran soldado y servidor de nuestros monarcas acompañado de competente milicia hizo el esfuerzo por recuperar aquella tierra, volver a poblar la ciudad y sujetar a estos bárbaros, y no fué posible.

Después los Calchaquíes disgustados por no sé qué con los Abipones se retiraron hacia las cercanías de la ciudad de Santa Fe la vieja, a que por muchos años dieron mucho en que entender con sus atroces hostilidades, y aunque procuró domar su orgullo el gobernador don Mendo de la Cueva y Benavidez juntando para esta guerra el mayor número de Españoles e indios amigos que se pudieron sacar de las ciudades de la provincia del Río de la Plata con seiscientos Guaraníes,

estando el gobernador más acostumbrado a las batallas en Flandes con enemigos que resisten a cuerpo descubierto, que a las de estos bárbaros, que pelean sólo con ardides, sin jamás hacer frente al Español, se malogró la facción, apresando solamente nuestros Guaraníes a trescientos Calchaquíes quedando lo restante de la nación más hostigada contra los Españoles, hasta que diecisiete años después, el de 1757, auxiliado también de nuestros Guaraníes los sujetó del todo el maestro de campo Juan Arias de Saavedra, y se hicieron amigos de los Españoles, y enemigos de los Abipones, como se experimentó desde los años de 1710 que empezaron éstos a infestar con sus correrías la jurisdicción de Santa Fe, oponiéndose valerosos a la furia de los Abipones, hasta que el año de 1718, en la peste general que abrasó estas provincias, se consumió la mayor parte de esta nación, de que sólo quedaron nueve o diez familias, que retirándose de la costa del río Salado, donde muchos años vivieron, se poblaron camino de Buenos Aires. Son gentiles como los demás, aunque se precian de ponerse los nombres de cristianos.

Es gente muy altiva y soberbia; andan vestidos, aunque para sus guerras se desnudaban y embijaban, pintándose tan fieros, que de sólo ver al cacique de ellos, que llamaban el Papa, tan horrible, se quedó desmayado un capitán español,

que había militado en Europa. Eran grandes flecheros, y muy belicosos. Cuando entraban Españoles a su valle a guerrearlos, se escondían en lagunas de cieno y agua hasta la garganta entre las espadañas y hierbazales, a donde no podían llegar los Españoles, ni aún alcanzar con sus mosquetes y donde no había hierbas que los ocultasen cubrían sus cabezas con cortezas de calabazos, que allí se crían muy grandes, y se mantenían ocultos comiendo las hierbas, pescado o sabandijas que encontraban, hasta que asegurados de no haber Españoles en la comarca, salían a morada menos bruta. Por esta razón costó mucho pacificarlos. Estuvieron siempre obstinados, y así murieron gentiles con estar tan cerca y comerciar con los Españoles.

Capítulo 16

XVI. De la nación de los Lules

La última nación del Chaco, de quien resta que hablar, es la de los Lules o Tonocotés, que se dividen en Lules grandes y pequeños. Los pequeños son los que propiamente mantienen en su parcialidad el nombre Lules; porque los grandes se vuelven a dividir en otras tres parcialidades de Toquistinés, Yxistinés y Oxistinés, y los grandes y pequeños son entre sí muy opuestos. Sus ascendientes ahora ciento cuarenta años fueron cristianos, y reducidos a pueblos por

San Francisco Solano su primer apóstol, y cultivarlos por el venerable padre Alonso de Bárzana de nuestra Compañía, formando numerosas encomiendas, que gozaba la ciudad de Talavera de Madrid, llamada comúnmente Esteco; mas hostigados con los malos tratamientos y apremio de los encomenderos, mataron a uno de ellos, y se retiraron a los antiguos bosques, que son unos secadales, a donde por falta de agua no podía penetrar el Español, y vienen a caer entre Tucumán y Salta, río Valbuena abajo, aunque otros Tonocotés se internaron en el Chaco. Los que quedaron inmediatos se ocultaron de manera que aunque tenían comunicación con una parcialidad de los Mocobíes, que vivía sobre las márgenes del dicho Valbuena, no tuvieron nunca noticia de ellos los Españoles, hasta que desde el año de 1700 por la carestía de mantenimientos salieron algunas familias de dichos Lules a las ciudades de la frontera, que se quedaron al abrigo de los Españoles, y muchos de ellos recibieron la Fe, y dieron noticia de los demás.

Es gente comúnmente de buen talle y disposición corporal, despierta, briosa, y de genio muy alegre, que raras veces admite cosa que les cause pesadumbre o tristeza, y si alguna vez entra en sus ánimos, como en la muerte de sus padres, hijos o deudos muy cercanos, les dura el sentimiento tanto, cuanto dura la presencia del

cuerpo difunto a vista de sus ojos. Son de buen instinto para las cosas mecánicas; pero en lo racional parece anduvo escasa la naturaleza, pues son muy cortos en discurrir, y esta cortedad manifiesta su idioma nativo, que es muy defectuoso en muchas cosas necesarias, y que tiene muchas palabras distintas para significar lo que en latín o castellano se dice en una. No tienen en su idioma persuasiva alguna, ni para retraer de lo malo, ni para excitar a lo bueno, dilatándose en alegar motivos o razones; por lo cual si quieren persuadir algo, todo se reduce a decir, haz esto o aquello, porque es bueno o no lo hagas porque es malo; y si el sujeto a quien persuaden, responde que no lo quiere hacer, ahí se les acabó toda la retórica, sin añadir más palabra.

Son por extremo difíciles en creer a quien no es de su nación, principalmente a los Españoles por la suma desconfianza, que hacen de ellos, y a quienes apellidan con el nombre de enemigos; al contrario son muy crédulos para con los suyos, a quienes dan tanto crédito, que por más que sea la cosa claramente falsa, les dan firme asenso, sin admitir razón alguna en contrario, que desvanezca y manifieste la falsedad, cerrándose obstinadamente en que el dicho de sus paisanos es la pura verdad.

Son vengativos, conservando con gran disimulo por muchos años la memoria de los agravios,

hasta lograr la coyuntura para desplicarse, que ordinariamente suele ser en sus borracheras, porque en no estando tomados de sus brebajes, rara vez riñen entre sí, y si estando en su corto juicio alguna vez se vengan, es con gran alevosía. Es gente muy interesada, que no da nada sin la paga, y sólo movidos de interés por lo que esperan se muestran con alguno cariñosos, porque en lo demás a nadie parece que tienen verdadera voluntad, y aun se muestran incapaces de poder ganarles con beneficios; pues por mucho bien que se les haga, todo imaginan que se les debe; conque ni lo agradecen, ni lo reconocen por beneficio.

Con haber sido sus ascendientes cristianos, no reconocen deidad alguna a quien rindan culto o adoración, ni creen otra bienaventuranza, que la brutal de dar en esta vida todo gusto a sus desenfrenados apetitos, y gozar de una perniciosa libertad nacida de una voluntad sin rastro de sujeción, ni a Dios, ni a los hombres. De la inmortalidad del alma los más de ellos nada saben, excepto algunos viejos o viejas, que en sus borracheras fingen se les aparecen las almas de los suyos, y que éstas vaguean y beben, como cuando vivían en este mundo, sin ahondar más con el discurso en este particular. Lo mismo les sucede con las cosas del cielo, que parece no tienen más entendimiento que sus ojos: pues no

pasan a penetrar más, ni a saber más de lo que sus ojos ven, con ser en lo demás naturalmente curiosos. Lo que saben y discurren de los astros son unas puras fábulas y mentiras heredadas por tradición de padres a hijos. Dicen que el sol y la luna se mueren, cuando se eclipsan, y del eclipse del sol añaden que proviene de ponérsele delante un pájaro grande, que extendiendo las alas embaraza sus luces. A algunas estrellas llaman con nombre de avestruz y de venado; al planeta Marte, araña colorada, y con otros desatinos semejantes nombran a otros astros.

A la lluvia llaman Epucué, a las gotas de agua los ojos de este Epucué, y unos gusanitos, que después de los aguaceros suelen aparecer sobre el haz de la tierra, dicen que son los piojos del Epucué.

Cuando desean agua para sus sementeras ruegan a los viejos que llamen la lluvia, y éstos haciéndose soplar con un canutillo en las narices de suerte que les penetren muy adentro los polvos de la semilla del árbol llamado Cebil, que son tan fuertes que les privan del juicio, comienzan ya fuera de sí a saltar y brincar en descampado dando gritos y alaridos, y cantando con voces desentonadas, con que dicen llaman la lluvia, y porque algunas veces sucede o ha sucedido llover después de este embeleco, creen firmísimamente que por virtud de aquellas rogativas viene la lluvia.

De las enfermedades, sólo a las viruelas que hacen en ellos gran riza confiesan por tal, porque las ven con sus ojos. Todas las demás no hay forma de persuadirles provienen muchas de causa intrínsecamente, sino meramente del Ayaquá, que quiere decir gorgojo del monte o del cerro. Este, dicen, tiene arco y flecha de piedra, y a quien quiere, y en donde o en la parte que quiere le asesta y dispara la flecha, y ésta es la que dicen causa el dolor, la enfermedad y la muerte. Para curar de este achaque tienen sus médicos, que son famosos embusteros, y se señalan en este arte, porque dicen han hablado con el Ayaquá, que los que no han tenido la dicha de hablarle o verle, no tienen tal ciencia. Hacen pues estos médicos en secreto, y labran con mucha curiosidad gran copia de flechas, y escondiendo dentro de la boca sin ser vistos una de ellas, se llegan al enfermo, que por lo común es, cuando están bien bebidos, y haciendo sus monerías sajan con un cuchillo la parte en que siente el enfermo el dolor; chúpánle la sangre, y arrojando con ella de la boca una flecha, la muestran al enfermo, diciendo que se la han sacado, y con eso quedará sano: y recibiendo en pago un plato de comida, se vuelve a su casa muy contento. Es tanta la creencia que tienen en esta bobería, que por más evidentes razones que se les quieran traer para persuadirles lo contrario, se quedan siempre muy fijos en su error.

En confirmación de esto suele referir el Padre Antonio Machoni, rector de este Colegio Máximo de Córdoba, y procurador electo a Roma por esta provincia, algunos casos, que le pasaron los nueve años que trabajó en la conversión de esta gente. Una vez entre otras adoleció un muchacho de mal de oídos, a que le aplicó el Padre algunos remedios, sin que remitiese tan presto la fuerza del dolor. Preguntó a la mañana a su padre, cómo había pasado su hijo la noche. A que respondió; había estado en un grito continuo, y anadió compasivo: te admiraras si vieras los oídos de mi hijo; llenos los tiene de flechas del Ayaquá. Rióse el Padre, y después de haberle cansado en persuadirle con muchas razones, que no había tales flechas, ni tal Ayaquá, no sacó otro fruto sino que soltasen la risa todos los circunstantes, añadiendo un viejo: el Padre no entiende de estas cosas. En otra ocasión dijo el Padre a una enferma que al tiempo de curarla le llamase, que él les haría evidencia del embuste de sus médicos ; prometiéndolo, pero no lo cumplió, porque lo repugnan los embusteros, para que no se manifiesten sus marañas; hízose la cura, estando enferma y médico bebidos, y luego éste trajo al Padre la flecha, que decía haberle sacado. Quitósele el Padre de las manos, y él admirado le dijo : Padre, qué haces, que te ha de matar el Ayaquá, si te quedas con la flecha. Para que

veáis, le replicó el Padre, que todo lo que vosotros decís, es patraña y embuste, me quedo con ella, y veréis como nada me hace vuestro Ayaquá. No recibió daño, quedándose con ella, pero ellos se quedaron más obstinados en su antiguo error.

Del demonio no tienen más conocimiento que el que diré, y es que en tiempo de sus borracheras celebran una fiesta, que llaman la junta del diablo, y se hace de esta suerte: forman dentro del bosque un cercado, alrededor del cual tienen sus ranchos los convidados y devotos, y en medio del cercado levantan un buen rancho, que llaman la Casa del Diablo. Este, dicen que sale debajo de tierra, y mora en aquella casilla, mientras duran las borracheras, que a veces llegan a un mes, y en la realidad el diablo es un indio de ellos, tiznado y emplumado, hecho en la apariencia y traje un demonio, y no obstante que saben quien es el indio que hace este papel, todos creen que es el verdadero demonio que sale debajo de tierra. A éste le regalan todo el tiempo de la fiesta con chicha, que es la bebida, con que se embriagan, y con otras viandas de legumbres, que a este fin guardan todo el año, y con harina de maíz y otros platos. De esta comida va repartiendo el que hace el papel del demonio a los convidados, que lo reciben y comen como cosa bendita.

Lo que este fingido demonio hace en el tiempo que está encerrado, es salir a tiempos de su

rancho, y coger las indias que le parecen mejor, y son ordinariamente solteras y aun algunas de poca edad, y las mete en la casilla, sin que nadie le contradiga, antes sus padres lo estiman por gran favor. Tiénelas todo el tiempo, que gusta, y al restituir las les pone nombres, como v. g. a una, *hijita del diablo*, a otra *el diablo la arañó*; *hija del diablo*; *el diablo a caso*, y otros semejantes, de que hacen tanto aprecio, que dejando y olvidando sus antiguos nombres, se quedan con solos éstos. A estas fiestas concurre muchísima gente de todas edades, y sexos, ya por la curiosidad, ya para que se críen en esta falsa creencia, a que tienen tal adhesión, que habiendo ido en una ocasión uno de los misioneros a esta junta para desengañarlos de su error, sucedió salir el que hacía oficio de diablo de su rancho en circunstancia que el Padre estuvo presente, y vio y conoció al indio pero por más que les afeó el afirmar era el demonio, cuando veían por sus ojos era fulano el que hacía aquel papel, no hubo forma de disuadirse, respondiendo siempre que era el verdadero demonio, y que así lo creían ellos. Parece increíble que haya hombres que aseveren y crean, contra lo que la evidencia ocular les demuestra pero es así la verdad, y la experiencia de muchos años lo ha enseñado a los que han vivido entre ellos y con ellos. Estas estolideces y otras semejantes, son comunes y ordinarias entre esta gente, motivo porque se ha dudado de su racionalidad, y

absolutamente se ha juzgado estar casi apagada en ellos la luz de la razón o que están obstinados con diabólica terquedad en sus errores en castigo de la apostasía de sus mayores.

En consecuencia de esto no se ha reconocido en ellos virtud alguna moral, ni acción política o de comedimiento o de compasión con su prójimo. Ha sucedido vez, que muriendo una india cristiana recién bautizada que estaba criando un hijo, llevaban a enterrar la criatura con la madre, porque no hubo india alguna, ni aun de sus más cercanas parientas que le quisiese criar, ni aun darle una vez siquiera de mamar, rogándose el Padre misionero y ofreciéndoles por ello paga; con que fué preciso sustentarle con leche de oveja el poco tiempo que vivió. Barbaridad bien reparable y singular; pues no hacen otro tanto con las bestias, porque si mataran a una perra recién parida, criarán a sus pechos todos los cachorros, sin matar ninguno por la suma afición, que les tienen, de suerte que cuantos cachorros paren sus perras, tantos crían, y si la perra por ser muchos no puede criarlos, las indias les dan de mamar a sus pechos, como a sus hijos, sintiendo la muerte de aquellos, tanto como la de éstos, y quitándose la comida de la boca, por dársela a los perrillos.

Los que con los brutos tienen este género de compasión, muestran entrañas de fieras con los racionales. En tiempo de peste es lo ordinario huir

todos del enfermo, a quien dejan solo en su rancho con un calabazo de agua a la cabecera, y ellos se alejan por miedo de que se les pegue el contagio, y se van huyendo no por vía recta, sino siempre por oblicua; porque dicen que así no les podrá seguirla peste, cansada de los matorrales y revueltas. En tiempo de las enfermedades ordinarias su asistencia al enfermo se reduce a llamar los médicos, que hagan con el doliente sus embustes. Para darle de comer le ponen la vianda por delante en un plato, y en diciendo el enfermo que no quiere, como sucede ordinariamente por estar desgannados, lo vuelven a la olla, sin hacerle alguna instancia, y allí dejan el manjar hasta que acedándose lo arrojan. Sólo los hijos tienen mejor pasada en sus enfermedades, porque sus padres les asisten con cariño; mas si enferma el padre o la madre, por más hijos e hijas que tenga, aunque como solteras estén todavía en su casa, quedan en un total desamparo, como si tales hijos no tuvieran.

En muriendo, la primera diligencia es quemar todo lo que servía al uso del difunto, y era combustible hasta el rancho de paja, que lo que no es, como ollas y cántaros, al punto lo quiebran. Si el que muere es párvulo, no queman la redecilla en que le solía cargar su madre, ni cualquier otro juguete que servía al niño; pero se lo dan gratis a otra india, por no conservar cosa alguna que con su

vista les recuerde la memoria del hijito. El modo de amortajar los cadáveres es liarlos en postura de sentados, de suerte que atan las cabezas con las rodillas, y en esta forma los cargan en una red y llevan lejos a algún bosque donde cavan una fosa de suficiente profundidad, y en ella le sepultan.

Capítulo 17

XVII. Prosigue la materia del antecedente

El modo de vivir que tenían en su barbarismo era estar divididos, unos de otros por familias por el horror que tienen a vivir en común. Allí no reconocían sujeción alguna, ni a Dios, ni a los hombres. No a Dios, porque no le conocían. Tampoco a los hombres, porque aunque tienen sus caciques o curacas, que en otras de estas naciones son los superiores, mas entre los Lules, eran y son acatados como los indios más viles de su nación sin hacer aprecio alguno de ellos, ni guardarles respeto u obediencia. Lo mismo sucede entre los padres y los hijos contra las leyes de la misma naturaleza, mandando los hijos a los padres y obedeciendo éstos sin atreverse éstos a corregir, o reñir a aquéllos por más desacatos que les hagan. El traje de los varones es un plumaje que se atan a la cintura, a que añaden por adorno una madeja de muchos hilos torcidos que también se ciñen y en la cabeza traen algunos por gala, una plumas. Las mujeres traen calzones, que son

de una tela listada, que ellas mismas tejen con sus labores de hilo de paja, y tendrá tres cuartas o media vara de ancho y tina de largo y también traen como los varones su madeja de hilo ceñida. Crían, hombres y mujeres, cabello que sólo le cortan en señal de luto o en caso de grave enfermedad. Las armas son flecha, dardo y macana.

Comúnmente tienen una sola mujer, que cansada del marido o éste de ella, tienen franqueza y libertad de separarse, y tomar otra, u otro a su antojo. Cásanse de mucha edad, después de haber vivido a sus anchuras y libertad cuando ya están cansados de sus torpezas, en que no experimentan entre sí ni el temor ni la vergüenza que la naturaleza mezcló sabiamente en los placeres vedados para contener en la raya de lo debido la concupiscencia desenfrenada. Si alguna mujer antes de casarse concibe, mata la criatura o antes de parir, o después del parto, sin que esto sea nota o infamia por la cual no sea admitida, y aun pretendida para mujer. El modo de casarse (si merecen llamarse casamientos) es coger el varón a la soltera que escoge para mujer sin decir palabra a sus padres, aunque los más políticos se las piden, y con el consentimiento de ellos las llevan a sus casas sin más ceremonia.

Hacen sus cortas sementeras de maíz, calabazas y legumbres, con que se sustentan hasta que se

acaba, que es muy en breve; después se mantienen de la miel que sacan de los árboles y debajo de tierra, donde labran sus panales algunas abejas, y también con frutas silvestres, de las cuales y de la miel hacen todo el año las bebidas para sus borracheras, que celebran con grande solemnidad, cuando la cantidad de bebida es copiosa. El modo que en esto observan, es el siguiente: la víspera de la borrachera, una hora después de haber anochecido concurren a una plazuela los indios e indias que han de beber; en ella tienen un palo clavado, junto al cual está en pie la mujer o hija del que hace la fiesta con un báculo o caña en la mano, de cuya extremidad está pendiente multitud de uñas de jabalíes y venados, que remedan el son de los cascabeles, y ésta es la que lleva el compás de los que han de cantar, dando con la punta del báculo golpes en el suelo, y en comenzando ésta, prosiguen los varones con el canto puestos en fila, y tras de ellos las mujeres también en fila. El que tiene mejor voz de los varones, guía el canto, y andan dando vueltas alrededor de aquel palo, saltando y brincando al mismo compás del canto, ni más ni menos que una manada de yeguas cuando trillan una hera de trigo. Lo que cantan no es en verso, cuyo artificio ignoran, sino en prosa, sin decir algo que arguya ingenio o aun entendimiento, y este baile y canto dura hasta que nace el sol ; entonces comienzan a beber de suerte que cuando llegan

las ocho de la mañana, ya están bien calientes, y de esta manera hombres y mujeres se retiran a sus ranchos, para vestirse de gala.

Esta se reduce a que los varones pintan sus cuerpos remedando las manchas del tigre; cíñense unos plumajes, y se ponen una cola de raposa. y en las cabezas unas coronas de cuero adornadas de plumas de varios colores, y en las manos traen dos plumas a modo de aspás. Las mujeres se tiznan la cara de negro y colorado, y ciñen la cabeza con un plumaje rojo, y el mismo adorno de plumaje trae la que lleva el compás, que ordinariamente no bebe de manera que se prive. La mujer del indio que convidó para hacer la bebida lleva en la mano un manojo de cáñamo silvestre, que acá llaman chaguar. El modo que tienen en convidar para la fiesta, no es de palabra sino dando o enviando el que convida un manojo de paja trenzada al que ha de hacer la bebida, y si acaso acontece alguna vez, que se niegue al convite, lo cual es rarísimo, restituyen la trenza de paja al que se la envió, o si por entonces no puede hacer la bebida guarda la trenza aunque sea hasta el año que viene para otra vez.

Engalanados pues en sus ranchos, van a las casas de los que hacen la bebida, y puestos en frente de ellas en alguna distancia, ordenados por filas, como dijimos, guiando siempre la del compás, comienzan otra vez su canto y baile, que

dura, o hasta que han consumido totalmente la bebida, o están del todo beodos y privados del juicio, que se caen por los suelos; para poder beber durante el baile, se sientan en el suelo alrededor de un palo cóncavo, en que tienen los brebajes, cogiendo cada uno primero un poco de paja, que tienden en el suelo, para que le sirva de alfombra, y esta paja la tiene antes prevenida y a mano el que hace el convite; y su mujer e hijas van distribuyendo sus porciones en unos calabazos que les sirven de vasos, dando a cada uno cinco o seis veces. En estos ejercicios se entretienen hasta mediodía, sin que los excesivos calores del estío hagan en ellos impresión alguna.

Ya bien bebidos empiezan los garrotazos, flechazos, estocadas, y pependencias en que se hieren malamente, y a veces se matan, que en eso para siempre toda la fiesta, en que llevan la peor parte las mujeres casadas, hasta que vencidos de la fuerza de la bebida se tienden o caen por los suelos, y allí pasan la noche, y en volviendo en sí al otro día nadie se queja del otro por más que haya maltratado en la gresca ni sirve esto de escarmiento para que deje de asistir a las otras borracheras, y asistiera todos los días, si todos los días las hubiera. Tan desordenada es su afición a la embriaguez.

Ya dijimos, que viven en tierras que son áridas y secas sobremanera; en ellas como gitanos no

tienen estación fija, sino que andan de una parte a otra o para beber o para buscar comida, cuando se les ha acabado. El agua que usan para beber, es la que de las lluvias se recoge en unas lagunas y secándose éstas con los ardentísimos soles que allí hace se valen de las sandías que siembran y cogen con abundancia, o de unas raíces llamadas yacol, tan grandes, como una botija de media arroba, que tienen la carne muy blanca y suave; éstas cortándolas por arriba, y metiéndolas dentro un palo con que muelen aquella carne de la raíz, sacan un agua clara, cristalina y fresca en bastante cantidad, y ésta es la que beben.

Estas son algunas de las muchas naciones que pueblan las dilatadísimas provincias del Chaco Gualamba; éstas sus costumbres, éstos sus ritos, bárbaro todo, y poco menos que de brutos, como de gente que carece del conocimiento del Dios verdadero, y está sepultada en las espesísimas tinieblas de la gentilidad o ateísmo. Su desamparo en noche tan lóbrega de vicios, errores e ignorancias debe despertar los corazones de los ministros celosos de ambas majestades, para que les acudan con la luz de la Fe, avivando antes en ellos la de la razón, que casi tienen apagada; pero debe advertirse, que si no cooperan con su auxilio los ministros reales, a quienes nuestros piísimos monarcas los reyes católicos encomiendan de continuo estas conversiones, poco podrán obrar

los ministros evangélicos en gente tan brutal, naciones fronterizas y enemigas del Español, con quien tienen continua y cruel guerra. A éstas de que en la reducción de estas naciones del Chaco a la santa Fe no sólo se interesa el bien espiritual de tantas almas, sino aun el temporal de la quietud, paz y sosiego de las tres provincias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. y aun la de Santa Cruz de la Sierra, como se ve al presente en la guerra que le están haciendo los Chiriguanás; y sujetadas estas naciones al yugo de la Fe, cesarán tantas hostilidades, y se asegurará el vasallaje a la majestad católica. Para estímulo de los que al presente gobiernan y avivar el celo en los ministros evangélicos referiré ahora lo que en varios tiempos han obrado algunos ministros reales y obreros apostólicos para convertir estas naciones, que aunque no surtió cabal efecto por la inconstancia de los naturales, es cierto que aquel celo debe ser imitado y que puede ser que a nuevas diligencias de los Españoles y de los misioneros tenga Dios vinculada la conversión de estas gentes, ablandando los corazones bárbaros e inspirándoles amor a la ley evangélica, que hasta aquí han aborrecido.

Capítulo 18

XVIII. Lo que han obrado algunos ministros reales para reducir estas naciones

Lo cierto es que en la Nueva España se hicieron por muchos años muchas entradas sin fruto a los Itzaés y Lacandones y al fin usando nuevas diligencias a los fines del siglo pasado el valeroso caballero don Martín Ursua y Arizmendi, sin acobardarle los sucesos infaustos antecedentes, logró su conversión a la Fe y sujeción al dominio católico. En la nación de los Guaraníes se experimentó por más de sesenta años después de la conquista, mucha altivez, orgullo y rebeldía contra los Españoles y al fin instando el piadosísimo y valeroso gobernador Hernandarias de Saavedra por medio de los misioneros jesuítas de esta provincia, se fundó entre ellos una cristiandad tan florida, como el día de hoy gozamos. Ni falta ejemplo en el mismo Chaco, pues aunque sus naturales y entre ellos las dos más protervas naciones de Tobas y Mocobíes se resistieron (después de la destrucción de la ciudad de Guadalcázar) por más de cuarenta años a la ley evangélica y al yugo español, al fin convidándoles con la paz el gobernador don Angelo de Peredo, la abrazaron, se sujetaron al rey de España y se juntaron en una reducción el año de 1673, con esperanzas bien fundadas de su conversión a la Fe más de mil ochocientas almas; aunque todo se frustró por seguir el dictamen de quien persuadió se encomendasen a Españoles, que aunque entonces pareció acertado, la experiencia mostró lo contrario. Los Malbalaes se

resistieron más tiempo y no obstante haciendo nuevas diligencias el insigne gobernador don Esteban de Urizar y Arezpacochaga, se le entregaron de paz en sus manos para ser doctrinados. Pues ¿por que han de presumir menos de su valor y de la misericordia de Dios los Españoles presentes, pudiendo hacer con su esfuerzo, si toman con empeño esta empresa, un tan gran servicio a Dios y a nuestro católico monarca?. A la verdad según la tradición, que corre en toda la tierra de Salta, el gloriosísimo San Francisco Solano primer apóstol del Chaco predijo la ruina de la ciudad de Esteco, que ya ha cuarenta años se cumplió y añadió, que después de algunos años de su reinado se había de fundar otra ciudad distinta entre Salta y San Miguel de Tucumán con otros moradores distintos de los de Esteco y descubrir minas en aquellas sierras, y que entonces se convertirían los infieles del Chaco. La ciudad no se ha fundado; pero sí se han descubierto ya el año de 1729, minas de plata en Xuxuy y Salta; conque parece se puede esperar ver en breve cumplida la profecía del santo apóstol, si se emprende con fervor la conquista temporal de estas enemigas naciones, que la espiritual de éstas y de las que lo son la desean mucho y ofrecen dedicar gustosos a ella sus vidas los Jesuitas de esta provincia para que dan voces a sus hermanos que están en Europa, porque les vengán a ayudar y esperan según es

su celo de la salvación de las almas, se desterrarán alegres de sus patrias para emplearse en tan santa ocupación y gozar de las delicias celestiales, de que empleados en estas conversiones del Chaco, trabajando apostólicamente con los Lules abundaba el espíritu del venerable Padre Juan de Viana y de Hernando de Monroy, que eran tantos, que decían: *vereri se, ne solatia illa, divinitus ad temous immissa, praemia forent laborum ab se susceptorum cum coelestis mercedis detrimento*. Y añadía el venerable Padre Viana: *cumulatissime cerumnas suas coelitus in animan deliciis, absque ceterni proemii spe, videri sibi compisatas*. Así lo refiere el cronista de esta provincia Padre Nicolás del Techo. Mas vamos ya a nuestra relación.

Para tener a raya estas naciones fundaron los gobernadores de Tucumán algunas ciudades en las fronteras del Chaco, como fué la de Santiago del Estero en el año de 1562, que fundó el teniente general Francisco de Aguirre, que siendo después gobernador por el virrey mandó a su sobrino Diego de Villaroel reedificase el año de 1564 la de San Miguel de Tucumán; el tirano Diego de Heredia fundó el año de 1567 la ciudad de Talavera de Madrid, alias Esteco; el gobernador licenciado Hernando de Lerma la ciudad de San Felipe de Lerma, valle de Salta el año de 1582 y por orden del gobernador Juan Ramírez de

Velazco reedificó el año de 1593 la ciudad de San Salvador de Xuxuy don Francisco de Argañaraz noble vascongado, en el sitio mismo de donde dos veces habían expulsado los bárbaros al general don Pedro de Zarate. Con estas ciudades pusieron freno a la altivez de muchos indios del Chaco, y tuvieron en ellos muchas encomiendas los Españoles por la parte de Tucumán, siendo juntamente instruidos en los misterios de nuestra santa Fe hasta que hostigados del servicio personal se rebelaron.

Por la parte que mira el Chaco a Santa Cruz de la Sierra empezó con el mismo intento a fundar otra ciudad el capitán Andrés Manso, uno de los primeros conquistadores del Perú; mas durmiendo con más descuido del que pedían las circunstancias, le dieron los bárbaros en la cabeza a él y a todos los suyos, dando con su muerte cual otro Ícaro al piélago, nombre a la tierra comúnmente llamada por esta desgracia los Llanos de Manso. Por la parte oriental del Chaco a treinta leguas antes de desembocar el río Bermejo en el del Paraguay, para freno y reducción de los Guaycurús, Abipones, Matarás, Calchaquíes y Mogosnas fundó el año de 1570 el adelantado del Río de la Plata don Alonso de Vera y Aragón una ciudad, que llamó la Concepción de Buena Esperanza, situada junto a una gran laguna, y tres años después el general Juan de Garay en la

parte meridional fundó otra, que llamó Santa Fe de la Vera Cruz sobre el río Quiloasa, que desagua en el Paraná. La de la Concepción no llegó a subsistir sesenta años; la de Santa Fe permanece hoy situada sobre las márgenes del río Salado doce leguas distante del primer sitio y pero casi arruinada de los enemigos Abipones y Mocovíes.

Pedro Lozano